
Grupo Editorial
Portal
EL HIJO
RENEGADO
DEL
JUEZ GRIEGO
CLÁUDIA CASTRO

CLÁUDIA CASTRO

EL HIJO RENEGADO DEL JUEZ GRIEGO

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Portada
Dennis Romoaldo

Diseño
Mylene Ferreira

Revisión
Equipo Portal

Libro digital
1.ª edición
Cláudia Castro

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, sea cual sea la forma utilizada, tangible o intangible, incluida la fotocopia, sin la autorización por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o han existido realmente en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Resumen

Resumen
Sinopsis
Dedicatoria
Prologo
  Picazón
  (Tres meses antes)
Capítulo 1
  A NIX
Capítulo 2
  Me cansé
Capítulo 3
  La noche promete
Capítulo 4
  Transferencia
Capítulo 5
  Veredicto: culpable
Capítulo 6
  Venganza dolorosa
Capítulo 7
  Mejor alejarme
Capítulo 8
  Tremenda resaca
Capítulo 9
  Noticia bomba
Capítulo 10
  El nacimiento de una madre
Capítulo 11

Renacida
Capítulo 12
Sorpresa aterradora
Capítulo 13
Cuidado con la venganza
Capítulo 14
La curiosidad que mueve a l
Capítulo 15
Noche loca
Capítulo 16
El destino dándome una bofetada en la cara
Capítulo 17
Fin de la noche
Capítulo 18
Dos semanas después
Capítulo 19
Primera victoria
Capítulo 20
Dos días después
Capítulo 21
El comienzo de una guerra
Capítulo 22
No voy a renunciar a ellos
Capítulo 23
No puedo creerlo
Capítulo 24
Maldito vino
Capítulo 25
Ella se escapó de nuevo
Capítulo 26

La verdad no duele más que la omisión. Solo duele de otra manera.
Capítulo 27
Papá me encontró
Capítulo 28
Yo reparto las cartas
Capítulo 29
Nace un padre
Capítulo 30
El chico era mi papá
Capítulo 31
Los niños hacen que todo parezca tan fácil
Capítulo 32
Un papá y una mamá para mí – Mateus
Capítulo 33
Corazón en pedazos
Capítulo 34
El cumpleaños de Mateus
Capítulo 35
Mi mundo se derrumbó
Capítulo 36
¿Dónde está
Capítulo 37
La mejor fiesta de todas
Epílogo
Un año después, en el
Carta para las lectoras
Sobre la autora
Lea también:
Redes sociales (de la editorial)

Sinopsis

Él fue entrenado para juzgar. Ella nació para desafiar.

Pero cuando el amor es rechazado... el destino encuentra la manera de cobrar.

Alexander Stéphanos, un renombrado juez penal, es tan implacable como irresistible. A los treinta y ocho años, fue trasladado a la ciudad maravillosa tras un escándalo que casi le cuesta su carrera y su cordura. Controlador, frío y acostumbrado a mantener el mundo bajo su orden, no esperaba que una mujer lo cambiara todo.

María Luisa Alcántara Mendonça, veinticuatro años, un currículum brillante y heridas aún abiertas. Recién salida de una relación tóxica, decidió convertir su dolor en fuerza. No se deja intimidar, no baja la cabeza y se prometió a sí misma que nunca más volvería a ser engañada, y mucho menos por un juez arrogante con ojos de acero y juicios crueles.

El encuentro entre ellos es explosivo, sensual e inesperado.

Pero cuando la entrega se convierte en consecuencia... él la rechaza.

Embarazada y sola, Malu decide empezar de nuevo sin mirar atrás. Durante cuatro años, cría a su hijo con dignidad, mientras Alexander vive sin saber lo que ha perdido... hasta que el destino los pone frente a frente en lados opuestos de un tribunal.

Ella quiere venganza. Él descubre la verdad.

Y en medio de una guerra de rencores, verdades ocultas y amor sofocado... hay un niño con ojos atentos y un corazón dividido entre dos mundos.

Ahora, el juez necesitará algo más que leyes para recuperar el derecho a ser llamado padre. Y tal vez... a ser amado de nuevo.

Con amor para Ailton Germano Souza, ¡el mejor padre del mundo!

(in memoriam)

Dedicatoria

A todas las mujeres que han sido juzgadas por amar demasiado. Y aun así... siguieron en pie.

Aquellas que fueron desacreditadas, silenciadas, rechazadas, pero nunca dejaron de ser madres, hijas, amantes o guerreras.

A ti, que alguna vez te rompieron el corazón alguien que no escuchó tu verdad... Y aun así, encontraste fuerzas para volver a empezar con dignidad.

Este libro es tuyo.

Porque tú sabes lo que es caminar con el alma herida y, aun así, ofrecer amor.

Pero no se equivoquen, este libro también es para todos los hombres que tengan el valor de leerlo...

Que aprendan: rechazar a una mujer embarazada no es un error, es un abismo.

Y solo los que aman de verdad son capaces de atravesarlo.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Prologo

Picazón

(Tres meses antes)

Había llegado mi turno de hacer las consideraciones finales, pero un maldito picor en la entrepierna me estaba desconcentrando.

Aunque estaba loca por meter la mano debajo de la falda lápiz y rascarme hasta sangrar, tuve que usar toda mi energía para levantarme y hablar con el jurado.

— Señores y señoras del jurado, observen que en ningún momento la acusación ha presentado pruebas reales para incriminar a este joven. Un chico de veintiún años... al que mi noble colega quiere condenar de forma irresponsable... — Joder, el picor... Tuve que hacer una pausa y respirar hondo.

Me picaba tanto que me desconcentraba. Era como si me estuvieran quemando viva, además de sufrir pinchazos como si me

clavaran agujas. Apreté los muslos uno contra otro para aliviarme y volví a hablar:

— Carlos Alberto Nogueira, un joven estudiante, que está sentado allí, en el banquillo de los acusados, porque una testigo que no se presentó en la audiencia dijo haberlo visto. Según ella, identificó a ese joven como el autor, pero tengan en cuenta que era más de medianoche y llovía mucho en el momento del crimen. Mi cliente estaba en casa, estudiando a la misma hora que figura en el certificado de defunción. Una vez más nos encontramos ante un caso de racismo, y esto es inadmisible. Estoy segura de que ustedes no permitirán que se cometa la injusticia que la acusación está tratando de cometer.

Tenía mucho más que decir, pero mi estado de salud me lo impidió. Al menos el resultado fue favorable y mi cliente fue absuelto.

Saludé a los familiares del chico, estreché la mano de mi colega de la acusación y salí corriendo hacia el aparcamiento. En cuanto me vi dentro de la seguridad de mi coche, abrí las piernas y me rascé con fuerza la vagina.

Llamé a mi ginecóloga y conseguí una cita de urgencia. ¡No tenía ni idea de lo que me esperaba!



Capítulo 1

A NIX

¡Joder!

A Nix[1] bailando debería estar prohibida por atentado violento contra la pudor.

La diosa de ojos cerrados me llamó la atención. Su largo cabello enmarcaba su rostro, el vestido corto mostraba todas sus curvas, sus largas piernas con muslos gruesos y los tacones rojos le daban un aire peligroso...

Sus caderas anchas se contoneaban al ritmo de la melodía, realzando su feminidad, y la letra de la canción era una combinación perfecta.

«... *muéstrame un pedazo de tu corazón, un pedazo de tu amor. Te estoy llamando para que te involucres, te involucres, te involucres. La forma en que nos tocamos nunca es suficiente. Te*

estoy llamando para que te involucres, te involucres, te involucres. Muéstrame un pedazo de tu corazón, un pedazo de tu amor».

Me quedé hipnotizado viéndola actuar en solitario.

Era mi primera noche en la famosa ciudad maravillosa. Hasta ese momento no había visto nada diferente del sur, pero esa mujer logró demostrar lo hermosas que podían ser las cariocas. Al final de la canción, abrió los ojos, caminó sensualmente hacia mí y se sentó en la silla vacía a mi lado.

— Querido, tráeme un Tropical en el capricho. — Después de pedir su bebida, me miró y me tendió la mano—. Malu Mendonça, encantada.

— Alexander Stéphanos. El placer es mío. — Llevé su mano a mis labios y le di un beso prolongado mirándola a los ojos.

Su expresión fue un misterio para mí. La sensual diosa se pasó la mano por el cuello, se levantó el pelo y se acarició la nuca.

— ¡Guau! Había olvidado lo mucho que me gustaba bailar. Me siento más viva que nunca.

— Me di cuenta de lo viva que estaba... — le dije mirándola.

— ¿Y tú? Un hombre tan guapo solo en este bar desde que llegaste... ¿estás esperando a alguien? ¿Te han plantado?

— Observándote bailar. No, basta de preguntas. Ah, gracias por el cumplido. — Ella se rió mostrando su hilera de dientes blancos en una boca perfecta para chuparme la polla.

¡Dios! ¿Qué me estaba pasando? Desde la muerte de las dos personas más importantes de mi vida, no había sentido deseo por ninguna mujer como el que sentía por ella.

— No hay de qué, no tienes por qué dar las gracias.

— Ahora es mi turno: ¿por qué no bailabas más? ¿Quién te hizo tanto daño como para no sentirte viva?

Su bebida llegó toda decorada, ayudándola a desviar la atención de mi pregunta. Le dedicó una sonrisa deslumbrante al

camarero, probó la bebida y, sin duda, lo dejó con las piernas temblorosas.

— ¡Dios mío! Sabes usar las manos, Tom. Estás delicioso — dijo con sensualidad.

El hombre la miró casi invitándola a salir con él, pero no lo hizo por respeto a mí.

— Siempre hago lo mejor para complacer a las clientas. Gracias, Malu. — Le guiñó un ojo y se fue a atender a otra persona.

Ella giró su banco hacia mí, cruzó las piernas dejando al descubierto sus muslos gruesos, bebió un poco de la bebida de una forma muy sexy y luego me respondió.

— Digamos que yo... eh... estaba muerta en vida, pero hoy es tu día de suerte, Alex. ¿Puedo llamarte así? — Asentí con la cabeza.

— Sin duda tengo mucha suerte, Malu. — Se pasó la lengua por el borde del vaso, se acercó a mi oído y me susurró una invitación impredecible.

— Te he elegido para una aventura sexual inolvidable. ¿Te apuntas? — Me bebí el resto del whisky, pasé la mano por detrás de su cuello y la atraje hacia mí.

Tomé sus labios y el sabor dulce de su bebida se mezcló con el del whisky. Chupé su lengua con voracidad, sintiendo su respiración entrecortada. Cuando nos separamos, ella sonrió y me provocó.

— Solo sígueme, guapo.

— Cuenta con ello, Nix. — Ella sonrió al oír cómo la llamaba.

Me tomó de la mano y se alejó caminando con ese hermoso trasero.

Pasamos entre varias personas que bailaban hasta llegar a un pasillo que conducía a una escalera. Subimos los escalones hasta llegar a una pasarela de cristal que pasaba por encima de la pista de baile y daba acceso a los palcos y salas VIP.

Entramos por la última puerta y las luces parpadeantes, como flashes, creaban una ilusión en los ojos como si todos se movieran a cámara lenta. Algunos jóvenes bebían y reían a carcajadas, parejas se besaban acurrucadas en cómodos sofás, mientras yo seguía siendo llevado por la diosa de la belleza.

Nos detuvimos en el fondo del camarote, donde había un lujoso sofá con espacio para dos personas. No recordaba que ninguna mujer me hubiera seducido de esa manera. Malu era auténtica, atrevida, seductora y hermosa.

Me miró, me dedicó una sonrisa lasciva y, sin ningún pudor, se quitó lentamente las bragas y, acto seguido, me entregó esa minúscula prenda.

Mi polla estaba a punto de explotar. Cogí el pequeño trozo de tela negra, lo llevé a mi nariz y aspiré con fuerza. Joder, su aroma de excitación actuó como un afrodisíaco potente y letal.

Guardé la lencería en mi bolsillo y, sin decir nada, me senté y la atraje hacia mi regazo. Su culo redondo sobre mi polla me volvió loco. Acerqué mi boca a su oído, le mordí el lóbulo y le dije con voz ronca:

— Te voy a follar en este sofá hasta dejarte las piernas temblorosas, Malu. — Se le erizó la piel y un pequeño gemido salió de su boca.

Empecé a besar y morder su cuello sin importarme la intimidad. Esa noche fue la primera de muchas aventuras en mi vida. Necesitaba volver a vivir.

Besé su boca con intensidad, nuestras lenguas se enzarzaron en un duelo en el que no habría vencedor. La urgencia de nuestros toques, las respiraciones entrecortadas... todo nos conducía al presagio de algo apasionante.

Dejé sus labios hinchados y me lancé al escote de su vestido. Sus pechos turgentes, redondos y naturales estaban listos para ser chupados. A diferencia de mi difunta esposa, Malu no tenía

silicona, y me encantó la sensación de poder apretar ese pecho suave, con los pezones entumecidos.

Pasé lentamente la lengua por sus pezones, los agarré con los dientes y los chupé con ganas. Ella gimió y echó el cuerpo hacia atrás, dándome más acceso a su cuerpo. No le bajé el vestido, porque ese espectáculo era solo para mí.

Compartir nunca ha formado parte de mi repertorio. Mientras me deleitaba con sus deliciosos pechos, bajé la mano derecha hasta sus muslos y, con movimientos suaves, subí hasta llegar a su coño mojado.

Pasé el dedo lentamente con movimientos de vaivén sobre la entrada de su coño, haciéndola gemir desesperadamente en mi oído.

— Te voy a meter en tu coño mojado hasta que grites mi nombre, Malu.

— Demuéstralo, Alex. Menos palabras y más acción —dijo toda atrevida.

¡Qué mujer tan infernal!

Para dejarme aún más fuera de control, empezó a mover su enorme culo sobre mi polla. Le mordí el hombro mientras mis dos dedos la penetraban haciéndola gemir fuerte.

Hice el movimiento de vaivén con fuerza, sintiendo una excitación arrebatadora al sentir su piel caliente, húmeda y su canal apretado.

Joder, entramos en una especie de trance. El ambiente oscuro con luces similares a flashes, el sabor del whisky en la boca y la diosa Nix gimiendo y contoneándose nos hicieron perder cualquier pensamiento racional.

Condones, prevención, embarazos inesperados, nada de eso pasó por mi cabeza en ese momento. Mi único pensamiento era follar con fuerza hasta que se volviera loca en mis brazos.

Sin poder esperar, abrí la cremallera de mis pantalones y dirigí mi polla hacia la entrada de ese coño goloso. Levanté su

cintura, metí mi miembro en su entrada y solo tuve que darle una orden a Malu para que me llevara a las nubes.

— Cabálgame ahora, Malu. — Ella me miró con las pupilas dilatadas, me besó salvajemente y empezó a hacer lo que le había pedido.

Mientras su cuerpo subía y bajaba sobre mí, sus uñas arañaban mi hombro. Mis manos la ayudaban con los movimientos sobre mí, pero cuando me pidió algo, perdí el control.

— Alex, muérdeme, hazme gozar sintiendo dolor.

— Joder, mujer, así no voy a aguantar mucho.

— Sigue metiéndola. No pares. — Hice lo que me pidió.

Hundí los dientes con fuerza en el hueco de su cuello con el hombro y escuché gemidos enloquecidos en mi oído. El sabor metálico de la sangre en mi boca me hizo disminuir la fuerza del mordisco.

Llegamos al clímax juntos. Permanecimos abrazados unos minutos hasta que nuestra respiración se calmó. Fue la experiencia más loca que he vivido. Sin embargo, no esperaba lo que sucedió justo después del sexo salvaje que tuvimos.

Malu se levantó de mi regazo con elegancia, se arregló el vestido, me dio un beso en la boca y me dejó perplejo.

— Gracias por el sexo caliente, Alexander. Ha sido un placer conocerte. Adiós —dijo en un tono frío, dejándome perplejo.

Nix me dio la espalda dejándome con la polla fuera de los pantalones y desapareció en la noche. Me subí rápidamente la cremallera e intenté encontrarla, pero después de buscarla por todos los rincones de la discoteca, acabé por rendirme.

Volví al bar para tomarme un doble de whisky.

— ¿Una noche difícil, jefe? —Le fruncí el ceño sin entender. — Con todo respeto, pero le vi salir con una morena muy guapa. Volvió con una expresión desanimada.

Pensé en mandarlo a preocuparse por su vida, pero hice lo contrario.

— ¿Te pagan para vigilar a los clientes? ¿O lees el lenguaje corporal? —le dije mirándolo seriamente.

Quería ver hasta dónde llegaba su valentía.

— No, solo soy observador. Disculpe si le molesté.

— No pasa nada. Olvídalo. Solo necesito una doble dosis de tu mejor whisky. — El camarero me dedicó una sonrisa consoladora y me miró con complicidad.

— ¿Puedo hacerte una pregunta? — Lo miré pensando si debía permitirlo o no, pero al final asentí con la cabeza, dándole permiso para entrometerse donde no le habían llamado.

— Todavía estoy aquí, ¿no? Eso significa que estoy dispuesto a escucharte. — Se rió y no entendí por qué. — No entiendo por qué te ríes. ¿Tengo cara de payaso?

— Oye, tranquilo. Solo quiero saber si te tiraste a la morena.

— Tráeme mi whisky, por favor. El tema está zanjado. — El chico se dio cuenta y levantó las manos en señal de rendición.

El chico era muy despistado.

Me bebí la bebida de un trago y decidí irme a casa. Odiaba perder la capacidad de razonar. Esa puta era una desconocida y había hecho lo que siempre había criticado a los hombres: follarme a una mujer sin usar un puto condón.

—Demasiado tarde para quejarte, Alexander Stéphanos — me dije a mí mismo.

Esperé a que el aparcacoches trajera mi coche y terminé la noche cabreado por haber sido despreciado con un simple «gracias».



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 2

Me cansé

Cansada.

Cansada.

Cansada.

María Luisa de Alcántara Mendonça, veinticuatro años, abogada penalista, tonta, exnovia, idiota, imbécil, cornuda, reprimida y ama de casa. Pasé dos meses llorando, atiborrándome de helado y castigándome por haber sido la mujercita perfecta del hijo de puta de Raúl.

Seis años juntos y nunca me llevó a un maldito motel. Siempre decía: «*No es lugar para mi mujer*».

Poco sabía la tonta de aquí, que él solo quería una marioneta programada para ser su esposa trofeo.

Guapa, discreta, hija perfecta, inteligente, dedicada, responsable, llena de habilidades consideradas femeninas, delicada y rica.

Crecí escuchando a mi padre decir:

— Maria Luiza Mendonça, compórtate. No te manches la ropa.

— Las señoritas deben tener buenos modales, hija mía.

— Las niñas no juegan con los niños.

— Ese color es de hombres, las niñas usan rosa. Y ni se te ocurra usar ropa corta e indecente.

Estas frases fueron dictadas como reglas en mi infancia y preadolescencia.

Después, cuando empecé a salir con Raúl, pasé a estar regida por sus normas. Cada vez que intentaba maquillarme, el desgraciado me recriminaba:

— El maquillaje no va bien con una abogada seria, es cosa de putas.

Llevaba gafas con cristales muy gruesos, siempre llevaba el pelo recogido sin un solo mechón fuera de lugar, mi armario estaba repleto de ropa negra, gris y blanca, por este orden.

Debido a mi profesión y a toda la reprimenda con la que me criaron, acababa vistiéndome de forma seria, pero me cansé de llevar ropa discreta como la de una monja.

Raúl, mi querido novio, solo se olvidaba de usar el maldito condón con las zorras con las que se acostaba y acabé descubriendo su traición de la peor manera posible.

Fue en una consulta de urgencia con mi ginecóloga y el resultado fue una bacteria que solo se transmite por vía sexual. El maldito picor era consecuencia de una infección de transmisión sexual que me había contagiado el irresponsable de mi ex.

Salí de la consulta dispuesta a matar al desgraciado. El muy desvergonzado aún tuvo el descaro de intentar negar sus escapadas

con mujeres que no tenían nada que ver conmigo. No contento con joderme la salud, al no poder mantener su mentira, decidió culparme a mí por haber sido engañada.

— Si fueras una mujer más sexy, más femenina y sensual, seguro que no habrías buscado otra coño en la calle. — Solo tuve que oír eso para perder la cordura.

Me abalancé sobre él con odio.

Le golpeé, le di puñetazos y, finalmente, le tiré un vaso a la cara, haciéndole un corte en la ceja. Me llamó loca, chiflada, insulsa y un montón de nombres despectivos.

Pasé por una época de depresión, sintiéndome como la mierda de un mosquito en el coco de un elefante. Sin embargo, después de mucho llorar, decidí tomar otro camino. Decidí asesinar y enterrar la antigua versión puritana que me habían impuesto mis padres.

Ya no necesitaba su permiso ni su aprobación para nada. Tenía mi propio dinero, vivía en mi ático, pagado casi en su totalidad, y acababa de cambiar mi coche por uno de mis sueños.

Me desperté ese sábado dispuesta a darle un giro a mi vida organizada. Maria Luíza Alcantara Mendonça daría paso a Malu Mendonça. Salí de casa animada y llena de planes para esa noche.

Fui al salón más famoso de Leblon. Tenía el pelo enorme, casi hasta el culo, y necesitaba hidratación. Llegué a *Glamour Hair* y me encontré con mi amigo peluquero, Osvald.

— Dios mío, la vida nunca deja de sorprender, ¿verdad? ¿Dónde estabas, mujer?

— Haciendo el papel de tonta con un hombre vagabundo que me engañó y aún tuvo el descaro de negarlo.

— Vaya, ¿qué escándalo es ese? Cuéntamelo todo. — Le expliqué lo sucedido de forma muy resumida, no quería hablar del difunto. — ¡Vaya! Yo lo mataría.

— Sí, pero cambiemos de tema. Quiero un corte moderno hasta la mitad de la espalda. Si es posible, quiero donar el resto a esa institución que cuida a pacientes con cáncer.

— Sí. Y tienes el pelo muy largo, te quedaría muy bien un mechón así y no te quedaría corto.

— Genial. Después de cortarlo, quiero un castaño con mechas. Un cambio radical para comenzar la era de la nueva Malu Mendonça.

— Ahhhhhhh, me encanta, Malu, me gustan las cosas de adultos. — Me eché a reír y me entregué a sus manos mágicas.

Durante todo el proceso, escuché a Osvaldo narrar con detalle todos los últimos cotilleos sobre famosos. Me asusté cuando gritó.

— Ahhhhhhhhhh... para todo. Se me olvidaba que eres una abogada tan buena... — dijo y soltó una risa excéntrica.

— Sí, soy abogada. Lo de buena es cosa tuya.

— Lo sé, nena. Sigo las noticias y veo a la poderosa Maria Luiza Alcantara Mendonça siendo ovacionada por su actuación. — Lo miré por el espejo y le extendí la palma de la mano abierta.

— Esa ya murió, cariño. A partir de hoy, la doctora Malu Mendonça se hace cargo de mi nueva vida.

— ¡Esperaaaaaaaa...! ¡Qué mujer tan fuerte, así me gusta!

— Pero... ¿qué tiene de malo ser abogada? ¿Por qué gritaste tanto? — Me puso las manos en los hombros, me miró por el espejo y me habló en tono conspirador.

— La noticia candente que circula entre las socialités es que ha llegado un nuevo juez a nuestra comarca... — Le interrumpí llena de curiosidad.

— ¿Estás seguro? No sé nada, Osvald.

— Claro que no, ¿verdad, nena? Ayer estabas muerta. Según las señoras a las que cuidan esas manitas caras, es alto, fuerte, de ojos azules intensos y pelo negro bien cortado. Vaya, solo de

pensarlo siento un calor en el vientre. — Me mordí los labios tratando de recordar si había visto a alguien con esas características, pero no se me ocurrió nada.

— Todavía no he visto al guapo, pero ya me imagino que será uno de esos arrogantes insoportables que no se creen Dios, sino que están seguros de que lo son.

— Eso no lo sé, pero dicen que lo han trasladado de su estado por medidas de protección.

— ¡Vaya! Debe de haberse metido con alguien importante.

— No sé, pero también he oído que es un hombre serio, malhumorado y de mano dura. — Me reí y dije en tono malicioso.

— Me encanta desafiar a esos machos alfa.

— ¡Cuidado! No te metas en líos, guapa! — Le sonreí, curiosa por conocer al nuevo Dios del foro. Oí sonar mi móvil y lo saqué del bolso. — Un momento, Osvald.

— Buenos días, amiga. Dime...

— ¡Guauuuuuu, Dios mío, han cambiado a mi abogada favorita por otra? — Me eché a reír.

— Sí, amiga. Ahora estás hablando con Malu Mendonça, la antigua Maria Luíza murió por estupidez aguda. — Fernanda se echó a reír.

— Ahhhh, qué delicia. Buenos días, amiga, me alegra oír tu voz alegre. ¿Dónde estás? — Me hice un selfie con Osvald con las tijeras en la mano y una gran sonrisa y se lo envié.

— ¡Guauuuuuuu, ya me gusta! Una mujer empieza a transformarse por el pelo.

— Sí, después me haré la manicura y luego te invito a ir al centro comercial conmigo a comprarte un nuevo guardarropa.

— Claro que voy. Me encanta ir de compras... — me gritó al oído.

— Entonces te espero en el centro comercial Leblon sobre las doce y media.

— Genial. Quedamos así, doctora Malu. Me encanta.

— Muy bien, estoy emocionada.

— ¡Genial! Vamos a celebrar esta nueva etapa en la inauguración de la discoteca Night Oblivion en Leblon. Tengo invitaciones VIP.

— ¡Qué nombre tan sugerente! Olvido nocturno... jajaja, muy bueno.

— Vale, amiga. Tengo que colgar porque tengo que acelerar el análisis de un caso. Besos en el culo.

— Besos, loca. — Colgué el teléfono con Osvaldo mirándome con curiosidad.

— ¿Qué es eso de la Noche del Olvido?

— El nombre de la discoteca que va a inaugurarse aquí en el barrio: Night Oblivion.

— Ahhhh, he oído que va a ser la comidilla del momento. Hoy trabajo hasta las ocho, pero si sigo viva para entonces, me pasaré a conocer el nuevo local. — Seguimos charlando amigablemente y aquella mañana fue como el bautismo de la nueva Malu. Aproveché para pedir cita para maquillarme a las nueve y media.

Salí del salón de belleza alrededor de las 12:30. Ese día sería el comienzo de otro caos en mi vida.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 3

La noche promete

Me encontré con Fernanda en el centro comercial a la hora acordada.

Mi amiga montó un escándalo al verme.

— Dios mío... ¿Quién eres? ¿Dónde está María Luiza? — Gritó tan fuerte que llamó la atención de quienes pasaban cerca de nosotras.

Abrí los brazos y di una vuelta de trescientos sesenta grados.

— ¿Te gusta?

— ¿Que si me gusta? Noooo, me encanta... — Me reí al ver su expresión de asombro.

— Estoy harta, Fê. Nadie más me dirá qué hacer, cómo comportarme, con quién salir o con quién acostarme. A partir de ahora soy dueña de mí misma.

— Eso es, Malu, así se habla. Una mujer nueva necesita ropa nueva.

— Sí, mucha ropa nueva, porque la vieja ya está toda empaquetada para donarla.

— Así se habla, amiga. — Salimos caminando por el centro comercial abrazadas.

Ella y yo éramos como hermanas. A Fernanda nunca le gustó el difunto. Todas las veces que me lo advirtió, no le di importancia, pensaba que solo era una manía suya.

Entramos en varias tiendas. Compré vestidos atrevidos, otros adecuados para audiencias, vaqueros, pantalones cortos, bikinis, lencería y un modelito atrevido para la noche.

Fê aprovechó para comprar algunas cosas que necesitaba. Aprovechamos también para comprar joyas sencillas. Terminamos las compras con sandalias, chanclas, zapatillas y zapatos de tacón.

Llevamos las bolsas a mi coche y volvimos al patio de comidas.

— Estoy hambrienta. No he comido nada en todo el día.

— ¿En serio? ¿No desayunaste?

— Llegué tarde con un caso, Malu. Después necesito tu ayuda, pero ahora vamos a comer, ¡por el amor de Dios!

— ¿Quieres almorzar? ¿O comer cualquier cosa?

— ¿Dónde está tu alimentación equilibrada?

— Se acabó. Hoy me apetece pizza de pepperoni y de postre helado con mucho sirope.

— Vale, por mí también.

— Genial, vamos a comer esa pizza. — Comimos entre risas y chismes, hasta que el tema del nuevo juez surgió en la conversación.

— ¿Sabes del nuevo juez, Malu?

— Osvald me lo ha contado, pero aún no lo he visto. ¿Tú ya lo has visto?

— Sí. Joder, ese hombre debería estar prohibido. Es un auténtico atentado contra la moral. — Me reí con tu expresividad habitual.

— Ahhh, seguro que tiene algún defecto.

— Hum, no sé. Dicen que es un tipo muy serio. Aun así, yo me lo tiraría.

— Jajajaja, tú no eres un referente, Fê. No puedes ver a un hombre guapo sin querer ligar con él.

— ¿Ah, sí? Pues espera y verás.

— Está bien. Cuando conozcas al guapo inalcanzable, te lo contaré.

— Sigue bromeando... Bueno, tengo invitaciones para el palco VIP. Vamos, ¿no?

— Claro. Apúralo, hoy me voy a acostar con el primer guapo que me mire.

— Uhuuuuuuu... ya veremos... — Salimos del centro comercial alrededor de las tres de la tarde, cada una en su coche.

El resto de la tarde pasó rápido. Fernanda y yo quedamos en ir a la discoteca en taxi, porque nos apetecía beber. Conducir y beber alcohol estaba prohibido.

Llegamos a la discoteca y nos quedamos impresionadas con el lujo del lugar. Había focos de luz circulando por el techo. Llegaban coches caros con famosos internacionales.

Con nuestra invitación VIP, no tuvimos ninguna dificultad para entrar. Nos quedamos perplejas al descubrir que nuestro camarote era el más importante de la noche.

— Fê, ¿cómo has conseguido semejante hazaña? —Sonrió con aire pícaro—. Dios mío, ¿a quién te has ligado esta vez, chica?

— Créelo si quieres, pero no sabía quién era hasta que me dio las invitaciones... — Nos interrumpió un hombre rubio y guapo de ojos verdes.

— Ahhh, qué bien que aceptaste mi invitación, Fernanda — dijo y le tomó la mano dándole un beso.

— Nunca te haría una grosería así, Rômulo. Ah, ella es mi amiga, Malu Mendonça.

— Encantado, Fernanda. Bienvenidas a casa.

— Gracias. Todo está precioso, enhorabuena. — Asintió con la cabeza y volvió su atención hacia mi amiga.

— Tengo que recibir a los invitados, pero volveré. Espérame, por favor —dijo mirándola fijamente.

— Aquí estaré, Rômulo. — En cuanto se alejó, la provoqué.

— Guauuu... ¿Cuándo pensaste en contárselo a tu amiga, eh, guarra? — Ella soltó una risita y se sonrojó—. Dios mío, no me digas que estás enamorada.

— ¿Estás loca, Malu? Claro que no.

— ¿Es bueno en la cama?

— No llegamos a acostarnos, pero digamos que el tipo sabe cómo volver loca a una mujer. Ahora basta de charla y vamos a beber.

Nos sentamos en una mesita de cristal cerca del cristal que permitía ver la planta baja. Estaba fascinada con la ostentación del lugar. El suelo era todo de cristal, con luces LED debajo, lo que le daba un aire mágico al lugar. Los camareros eran amables y nunca dejaban nuestros vasos vacíos.

— Fê, tu guapo rubio viene hacia nosotras. Aprovecha la noche, amiga. Voy a bailar. — Le guiñé un ojo y me dirigí hacia la pista de baile.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la música. Dejé que mi cuerpo se moviera al ritmo, sin pensar en nada. Allí era el comienzo de todo. Bailé hasta quedar exhausta y sudada.

Cuando abrí los ojos, me encontré con un hombre guapísimo mirándome. Estaba sentado en la barra del bar, con sus profundos ojos azules y aire mandón.

Sentí un escalofrío en la nuca.

En ese momento supe: él era el elegido de la noche.



Capítulo 4

Transferencia

La bebida bajaba por mi garganta quemándome. El sexo salvaje con Nix y la forma en que se despidió sacudieron mis cimientos. Desde la muerte de mi esposa y mi hija, ninguna mujer me había afectado tanto.

Sonreí con amargura ante la patética situación: yo, un juez de renombre, siendo utilizado como un objeto.

— Alexander, las únicas que merecían tu dedicación ya no están en la Tierra. Concéntrate en tu profesión y sigue siendo implacable como siempre has sido.

Terminé con una botella de whisky y acabé durmiendo en el sofá de mi habitación de hotel. La mansión de mi bisabuelo necesitaba algunas reformas, no podía instalarme allí sin que terminaran las obras.

La decisión de mudarme partió del juez como medida de protección hacia mi persona. Todo sucedió demasiado rápido y no tuve tiempo de organizarme.

El cambio inesperado fue necesario para salvar mi vida, ya que había recibido algunas amenazas de muerte.



Mis funciones como juez penal consistían en proteger los derechos de las partes implicadas en el proceso legal y proporcionar orientación a los abogados y a las partes sobre cuestiones legales y procedimientos.

Los delitos dolosos, o intencionados contra la vida, solían durar largos periodos de tiempo. Después de ser presentado a los funcionarios del tribunal, conocí a mi asesor, mi asistente técnico y mi becaria. Mi despacho estaba bien equipado, con muebles austeros y cómodos.

En cuanto me acomodé, mantuve una breve reunión con mi equipo. Les conté un poco de mi historia, resumí los motivos de mi traslado sin entrar en muchos detalles y les expliqué a cada uno lo que esperaba de ellos.

— En fin, si alguien quiere hacer algún comentario o pregunta, estoy a su disposición. Si no tienen nada, pueden ocupar sus lugares. — Los tres permanecieron en silencio durante unos segundos hasta que mi asesor habló.

— Excelencia, ¿es usted pariente de Arthur Stéphanos[2] , que era capitán del BOPE? Esperaba alguna pregunta sobre el trabajo, pero no me costó responder.

— Su padre es hermano de mi padre.

— ¿También nació usted en Grecia?

— Sí, pero vine a Brasil cuando tenía ocho años. Mi primo y yo siempre hemos sido amigos, pero ahora él ha vuelto a nuestro país. Bueno, vamos al trabajo. — Todos se levantaron y salieron de mi despacho.

Un expediente sobre la mesa me llamó la atención. Después de leer la petición inicial, descubrí que se trataba de un crimen pasional un poco diferente de lo habitual.

La esposa había planeado la muerte de su marido para que pareciera un robo. Quería cobrar el seguro y vivir con su amante. Estaba concentrado en mi lectura cuando el asistente llamó dos veces a la puerta.

— Pasa.

— Doctor, tenemos una petición adjunta al caso que está leyendo. — Me entregó el papel y se marchó.

Después de leerlo, no podía creer el abuso de la abogada responsable. Fui a la firma y me llevé un susto al leer su nombre: *Maria Luíza de Alcântara Mendonça*.

Era demasiada coincidencia.

La mujer del club nocturno se había presentado como Malu Mendonça.

La segunda audiencia estaba marcada para las dos de la tarde de ese mismo día. Sería interesante descubrir quién era la audaz abogada que había añadido esa petición.

Empecé a prepararme para mi debut en Río de Janeiro. Oí que llamaban a la puerta y autoricé la entrada.

— Doctor, perdone que le moleste, pero hay una abogada que insiste en hablar con usted. Según ella, es urgente. — Pensé en no contestar, pero la curiosidad me hizo hacer lo contrario.

— Dile que pase.

— Sí, señor. — Me senté y esperé la entrada de la insolente profesional con el valor suficiente para buscar a un juez unos minutos antes de una audiencia.

Antes de que se abriera la puerta, mi olfato identificó un perfume conocido. Moví la cabeza de lado a lado como si quisiera dejar de oler la fragancia. Me estaba volviendo loco, porque era el olor de la mujer de la discoteca.

Cuando entró en mi despacho, confirmé mis sospechas: era la misma diosa diabólica de la discoteca. La expresión de miedo en su rostro no duró más de diez segundos, y pronto se recompuso.

— Buenas tardes, Meritísimo. — Fingió no reconocerme. Decidí seguirle el juego.

— Buenas tardes, doctora.

— María Luisa Alcántara Mendonça —dijo con su nariz respingona—. Abogada del caso Ferreira Del Luma.

— ¿En qué puedo ayudarla, doctora Maria Luíza? — pronuncié lentamente su nombre, mientras la miraba como un depredador.

— Tengo motivos concretos para creer que el caso está siendo manipulado por la defensa al amenazar a los testigos de mi cliente... — Sin mucha paciencia, la interrumpí.

— ¿Tiene pruebas, señora? —Ella se tensó al oír mi pregunta.

Conocía bien el lenguaje corporal como para sospechar que la abogada no tenía cómo respaldar su acusación.

— Todavía no, pero estoy segura... — Di un golpe en la mesa, haciéndola dar un respingo asustada.

— No trabajo con creencias infundadas, sino con pruebas materiales. Debería saberlo, María Luisa de Alcántara Mendonça. — Vi cómo se le alteraba la vena del cuello, su respiración cambió y esperé a que se manifestara.

Mi sistema interno estaba en ebullición, pero estaba entrenado para mantener una expresión impasible. Seguí mirándola como si pudiera penetrar en su alma.

— Quiero solicitar una prórroga, Su Señoría, para que podamos reunir pruebas para el proceso. — Solo pudo haberse golpeado la cabeza cuando era niña.

— Doctora, con todo respeto, no hay solicitud de prórroga en los procesos juzgados por mí. Solo yo tengo el poder de querer o hacer algo, ¿entiende? Ahora, por favor, retírese de mi sala. — La mujer respiró con dificultad, se acercó a mi mesa, puso las manos abiertas sobre ella y habló exaltada.

— ¿Todo este rencor es porque te dejé con las ganas en la discoteca y me fui, Alex? ¿Hice daño a tu ego de macho alfa? ¿O nunca te han dejado después de follar?

Sentí que me hería la sangre. Era mucho valor y audacia por parte de esa mujer. Había sobrepasado todas las normas de conducta permitidas con un magistrado.

— Doctora, usted ha sobrepasado todos los límites de la actuación profesional y los derechos inherentes al ejercicio de la abogacía. Yo soy el juez, yo mando y no actúo con rencor. — Pulsé el botón de emergencia de mi mesa que avisaba a los policías del juzgado—. Considérese detenida por desacato a la autoridad.

Ella se quedó pálida, pero no mostró miedo ni arrepentimiento.

Dos policías entraron en mi despacho.

— Señor, disculpe, usted nos ha llamado. Estamos a su disposición.

— Lléven a la doctora por desacato a la autoridad. Necesita un tiempo para reflexionar sobre sus actos en la sala de contención. — Ella me miró con el pecho subiendo y bajando, su mirada era de puro odio. — Esperará mi decisión final sobre su conducta, Maria Luíza de Alcantara Mendonça.

Los policías se acercaron para sujetarla del brazo, ella los empujó y les habló con enfado.

— No me toquen, no voy a huir. Voy con ustedes por mi propia voluntad. — Los hombres de seguridad me miraron y yo hice un pequeño gesto con los ojos.

En cuanto salieron de mi despacho, llamé a mi asesor. El chico llegó pálido ante mí.

— Sí, señor. — Pensé en pedirle solo un favor, pero decidí explicarme, no quería causar una mala impresión al equipo.

— Leandro, he tenido que tomar una medida enérgica con la abogada porque ha sido muy desafortunada en sus palabras, pero no quiero perjudicarla. Dile a los policías que no levanten acta. Dejemos que la chica se calme y luego la dejamos marchar.

— Entendido, señor. Voy a hablar con los policías. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted? — Se me pasó una idea por la cabeza y tomé una decisión impredecible.

— Pídales a los policías que encierren a la abogada en la sala de interrogatorios y tráigame la llave. — Me miró confundido, pero no se atrevió a preguntarme nada.

Salió rápidamente de mi despacho.

Respiré lentamente y me reí solo.

Nix era realmente valiente y, en el fondo, las mujeres como ella me desafiaban.

Y a mí me encantaban los buenos retos.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 5

Veredicto: culpable

Bastó con que me encerraran en una sala de interrogatorios para que me partiera de risa hasta empezar a llorar de rabia.

Con tantos hombres en el mundo, acabé acostándome y siendo follada por el poderoso y arrogante juez.

El dios.

Hijo de puta.

— Joder, Malu. Tu primera noche de libertad y te has metido en un lío de cojones —me dije a mí misma.

Caminé de un lado a otro como un animal enjaulado.

En el fondo, sabía la gravedad de mis actos.

En toda mi carrera nunca había dado un paso en falso.

Fui la mejor alumna de la clase, me gradué con honores y tenía una imagen intachable ante mis compañeros de profesión.

No supe explicar qué me llevó a actuar así con un juez. Quizás el hecho de que me ignorara como si fuera una desconocida me enfureció mucho.

Cansada de estar de pie, me senté y bajé la cabeza sobre mis brazos apoyados en la mesa.

Intenté calmarme haciendo ejercicios de respiración, medité, recité mi mantra de paz, pero nada funcionó.

La descarga de adrenalina acabó por hacerme dormir. Me desperté asustada al oír que alguien movía la cerradura.

Me acomodé rápidamente en la silla, me pasé las manos por el pelo y me arreglé el escote de mi camisa roja. Cuando se abrió la puerta, el juez, con su indecente cuerpo cubierto por su impecable y caro traje, apareció mirándome con algo que parecía fuego y deseo.

Entró en silencio, giró la llave y nos encerró por dentro. A pesar de sentir cómo se contraía mi vientre y cómo todos los poros de mi cuerpo reaccionaban ante él, permanecí en silencio, mirándolo con rabia.

Demostrando control y poder, arrastró la silla y se sentó frente a mí. Seguimos mirándonos durante unos minutos en un juego de poder.

En ese momento, no sabía si allí estaba el juez o el hombre detrás del cargo. Después de casi perder la paciencia, respiró hondo y habló en tono desafiante.

— Buenas noches, doctora Maria Luiza de Alcantara de Mendonça o simplemente Malu Mendonça. ¿Con quién estoy hablando ahora?

— Buenas noches. Depende del papel que desempeñe Su Señoría. ¿Está aquí como juez o solo como Alex? —Me pasó el dedo por el brazo y me dio un escalofrío.

— ¿La doctora abogada no tiene miedo de ser arrestada por desacato a un magistrado? Debería pensar un poco mejor antes de

abrir esa boca tan bonita, Malu Mendonça. — Sentí ganas de mandarlo a la mierda, pero me contuve.

— Mire, doctor Alexander Stéphanos, nunca he actuado así. Sé lo equivocado que fue y conozco la pena que me corresponde por mi delito. Le pido perdón por la forma en que actué con Su Excelencia y entenderé si decide aplicar la ley. — Se pasó la lengua por los labios lentamente, provocándome.

Fingí que no me afectaba, aunque se me erizó la piel y me delató. Alexander miró su carísimo reloj y respiró lentamente por la nariz.

— Son casi las ocho. Todos se han ido, pero tenía que liberarla o arrestarla. Aún no he decidido cuál será su sentencia, doctora. — Decidí cambiar de estrategia porque ya me había dado cuenta de que lo que quería era sexo.

— ¿Hay algo que pueda hacer por Su Excelencia para suavizar mi actuación de chica mala? —dije fingiendo inocencia.

Él se acomodó en la silla, se desabrochó el botón del traje y se aflojó la corbata.

— La doctora ha sido una niña muy mala y merece ser castigada. Sin embargo, yo soy bueno y me conformo con tu boca en mi polla, Malu. — Lo miré con toda mi sensualidad.

Me puse de pie y fui debajo de la mesa. Él abrió un poco más las piernas, dándome acceso a su polla. Le desabroché lentamente el cinturón, luego el botón y puse mis dientes en su cremallera, bajándola con la boca.

Un gemido ronco salió de su garganta, dejándome llena de excitación por mi poder. Esa fue la primera vez que me sentí tan femenina y atrevida. A mi ex no le gustaba el sexo oral y durante mucho tiempo me culpé a mí misma pensando que no sabía hacerlo. Bastó con abrirle los pantalones para ver su miembro grande y duro saltando hacia fuera.

La cabeza rosada era bonita, su ingle no tenía vello y eso me dejó maravillada. Era casi involuntario no compararlo con el imbécil

que me jodió en el pasado.

Alex olía bien. Limpio, exhalaba poder y una agresividad sexual que me atraía mucho. Antes de tenerlo en esa discoteca, no sabía lo mucho que me gustaba el sexo duro y fuerte.

Empecé a pasar la lengua por toda la longitud de su miembro. Estaba tan concentrada en lo que hacía que cerré los ojos y, en ese mismo instante, él puso su mano sobre mi barbilla y me la levantó.

— Abre los ojos, Malu. Quiero que me mires, ¿entendido?

— Sí, señor. — Volví a lamerlo lentamente y, a veces, lo miraba como si tuviera hambre.

Después de lamerlo varias veces, comencé a chuparle la punta y a hacer círculos con la lengua por todo el diámetro. Cuanto más aceleraba los movimientos, más gemía él, dejándome muy mojada.

Cuando le metí los huevos en la boca y los chupé, el hombre llegó a temblar. Me agarró del pelo y me empujó la cabeza hacia abajo.

— Qué buena estás, Nix.

Seguí chupando y lamiendo sus pelotas y, de repente, Alex tiró de mi cuerpo hacia arriba y me besó la boca con voracidad. Su gran mano sujetaba mi cuello, alternando la presión y dejándome casi sin aire, marcando el ritmo de nuestro beso.

Nunca imaginé sentir algo así en toda mi vida. Era todo muy placentero. Empecé a derretirme en sus brazos, entregándome por completo, cuando él dejó de moverse.

— Malu, quiero que te sientes en esa silla. Obedece mis órdenes y solo ejecuta mis órdenes. — Asentí con la cabeza, habría dado incluso una voltereta si me lo hubiera pedido.

Me senté y esperé.

Sonrió con malicia, se levantó, se subió la cremallera de los pantalones y se acercó a mí. Se detuvo detrás de la silla, me agarró

por el cuello y empezó a besarme.

Mientras su lengua exploraba cada rincón de mi boca, me apretaba hasta dejarme sin aire. Fue lo más erótico de mi vida.

Miedo.

Deseo.

Placer.

Lujuria.

Todo al mismo tiempo.

Me volvía vulnerable en sus manos.

Podía estrangularme, romperme el cuello y nadie lo sabría, pero, inexplicablemente, quería más.

Esa sensación era indescriptible.

Cuando casi perdí la capacidad de respirar, Alex me soltó de golpe y volvió a sentarse.

— Malu, quítate los pantalones junto con las bragas y sigue con los tacones. — Se podía oír mi corazón latiendo aceleradamente.

— Sí, señor. — Hice todo lo que me pidió y me quedé de pie con la parte de arriba de mi ropa y los tacones.

Me miraba como un lobo hambriento acechando a su presa. Al principio me sentí un poco avergonzada, pero bastó con recordar a la nueva mujer en la que quería convertirme para actuar con atrevimiento.

— Ahora quítate el resto, menos los zapatos de tacón. — Desabroché lentamente los botones de mi camisa.

Quería provocarlo y hacerle sentir algo parecido a lo que yo había sentido.

Alex respiraba con dificultad, dejando ver lo mucho que le había afectado mi improvisado striptease.

Me quedé desnuda. Solo las sandalias rojas contrastaban con mi piel. Alex se pasó la lengua por los labios y sonrió con

perversidad.

— Estoy esperando sus órdenes, señor.

— Sí, chica mala. Siéntate y empieza a tocarte para mí, pero solo puedes hacer lo que yo te diga. Si no, puedo ser cruel, doctora abogada. — Tragué saliva y le respondí sumisa.

— Puede estar seguro, señor. No volveré a desobedecer. — Caminé contoneándome hasta la silla e hice lo que me pidió. — Abre las piernas y no las cierres en ningún momento. Quiero ver tu coño mojado mientras te tocas para mí. — Asentí con la cabeza, pero él no quedó satisfecho. — Responde cuando te hable, Malu.

— Sí, señor. No cerraré las piernas.

— Buena chica. Ahora tóquese los pechos, despacio, sintiendo la textura de la piel. Luego agarre esos hermosos pezones y apriételos. — Jadeé haciendo lo que me pidió. Estaba a punto de correrme cuando oí su voz. — Para ya. Baje la mano y tóquese el coño. Pase el dedo por toda la raja y apriete el clítoris con movimientos de vaivén.

Empecé a hacer lo que me dijo.

Mi pecho subía y bajaba rápidamente, cuando estaba a punto de perder la capacidad de pensar, me dio una orden difícil de cumplir.

— Para y no cierres las piernas. — Respiré hondo, casi sintiendo dolor por las ganas que tenía de cerrar las piernas y apretarlas para calmar mi deseo.

— Sí... Sí... Nhorrrr... — Alex se levantó, caminó hacia mí, se arrodilló y con las manos me sujetó la parte interna de los muslos, manteniéndolos muy abiertos.

Su mirada era feroz y había algo detrás que no pude identificar en ese momento. Me acarició las piernas y, acto seguido, bajó la boca hasta mis rodillas y empezó a lamerme hasta llegar a la parte más sensible de mi cuerpo.

Pasó la lengua por toda la abertura de la vagina y luego comenzó a chuparme, mordisquearme, soplarme, darme palmadas y penetrarme con los dedos.

Mi cuerpo se ondulaba, casi muriendo de excitación.

Estaba a punto de correrme cuando Alex se detuvo, se puso de pie, se pasó las manos por la ropa y me miró con frialdad y crueldad.

— Gracias, Maria Luíza de Alcantara Mendonça. Que te vaya bien. — Se giró hacia la puerta y la abrió.

Apenas podía respirar. Intenté no gemir, pero fue en vano.

— Ahhhhh... — Se detuvo, me miró y me pagó por haberlo dejado en la discoteca con la polla fuera.

— Antes de que se me olvide, ya has cumplido tu castigo por faltarme al respeto. Al salir, apaga las luces. Buenas noches, doctora.



Capítulo 6

Venganza dolorosa

Salí del foro casi sin poder caminar.

¡Joder!

¡Qué mujer!

Cancelé la audiencia, trabajé toda la tarde como si nada hubiera pasado, y cuando todos se fueron, me levanté y fui hasta donde estaba la abogada abusiva.

No lo hice todo premeditado. Pensé en vengarme de ella, pero no como acabé haciéndolo. Malu me estaba poniendo a prueba sin saberlo. La puta Nix se entregaba sin miedo. Solo confiaba.

Eso me excitaba y me cabreaba al mismo tiempo. ¿Cómo podía ser tan descuidada y confiar en un hombre al que apenas conocía?

¿Y si yo era un sádico loco?

Las mujeres me dejaban atónito por la forma en que se entregaban sin preocuparse por el carácter del hombre. Fui testigo de muchos crímenes atroces cometidos contra cuerpos femeninos, y casi siempre estaban relacionados con relaciones iniciadas en el mundo virtual.

Hombres perversos las maltrataban, las herían y las mataban. Algunos incluso llegaban a grabar escenas bárbaras de tortura y las vendían a precios exorbitantes en el mercado criminal de Internet.

Por no hablar del altísimo número de mujeres viudas o separadas, con alto poder adquisitivo, que caían en las redes de depredadores escondidos bajo piel de cordero.

El conductor me esperaba a la salida del juzgado. Mi guardaespaldas estaba listo ante la puerta.

— Buenas noches, Meritísimo.

— Buenas noches, Tomás. — Que alguien siguiera mis pasos se había convertido en algo habitual desde hacía tres años.

No pude traer a Marcos conmigo, tenía familia, así que el propio juez se encargó de mi protección. Me parecían extrañas las formalidades del novato, pero con el tiempo ya le encontraría la vuelta.

Me abrió la puerta trasera, asentí con la cabeza y me senté. Mientras el coche avanzaba por el tumultuoso tráfico de Río de Janeiro, mi cabeza hervía pensando en Nix.

Joder, qué mujer tan cabrona.

Me ha hechizado.

Tenía que ser tan... tan... jodidamente guapa.

Después de veinte minutos llegamos al hotel. El guardia de seguridad se bajó delante, echó un vistazo al lugar y solo entonces pude entrar.

Llegué a mi habitación con dolor en los huevos.

Joder, mi idea ya no me parecía tan buena. La venganza acabó volviéndose contra mí mismo.

Me quité la ropa y decidí darme una ducha caliente. Era imposible no masturbarme pensando en ella. Joder, no recordaba la última vez que había corrido tanto en mi vida. Mi semen brotó por la pared del baño como un chorro.

Salí del baño con las piernas temblorosas y muy frustrado.

Todavía con la toalla enrollada en la cintura, caminé hasta la ventana de la habitación y vi a varias personas abajo corriendo por el paseo marítimo. Mi hotel estaba frente a la costa de Barra da Tijuca.

Mi guardaespaldas se alojaba en el mismo lugar y le había dicho que no saldría. Pensé en llamarlo para salir a correr, pero al final desistí. Necesitaba estar solo un rato.

Me puse unos pantalones cortos y una camiseta blanca, me calcé las zapatillas de correr y bajé. Hice ejercicio durante casi dos horas y fue genial agotar mi cuerpo. Antes de volver al hotel, paré en un quiosco y compré una botella de agua con gas, pedí hielo y limón.

Bajé a la arena y me senté frente al mar. Me quedé observando el ir y venir de las olas, recordando a mi esposa. Ella amaba el mar. Nadie en el mundo disfrutaba más que ella sentir la brisa del océano en su rostro.

Justo al lado, una niña jugaba empujando un carrito con una muñeca dentro y eso me recordó cómo a mi hija le encantaba hacer lo mismo. Respiré hondo, tratando de controlar las ganas repentinas de llorar.

Desde que enterré a las dos personas que más quería, apenas había llorado. Fui criado por un padre tradicional que me educó diciendo que los hombres tenían que ser proveedores, protectores y duros. Pero nunca imaginé que no dar voz al dolor del corazón pudiera ser tan cruel.

Mis ojos comenzaron a arder y, sin poder controlarme, una lágrima resbaló por mi mejilla. Antes de poder controlarme, me sorprendió la niña, que corrió y se detuvo a mi lado.

— Tío, ¿estás triste? — La miré asustado y me pasé el dorso de la mano por la cara.

— Hola, preciosa. No estoy triste... — Ella puso su manita sobre mi brazo y me interrumpió.

— Sí que estás triste, porque te sale agua de los ojos, igual que cuando yo estoy triste.

— Pero el tío está bien. Los hombres no lloran. — Se puso las manitas en la cintura y abrió mucho los ojitos, asombrada.

— ¿Quién ha dicho eso? Qué tontería, tío. Todo el mundo llora. — Acabé riéndome de su inocencia.

— Tienes razón, princesa. Todo el mundo llora. — Una mujer apareció corriendo.

— Isabel, Dios mío, no puedes salir así y molestar a la gente. Lo siento, señor. — Mi corazón dio un vuelco, era exactamente el nombre de mi hija.

— No se preocupe, no hay problema. Ha sido un placer conocerte, pequeña. — De forma muy espontánea, me abrazó y me habló con cariño.

— Cuídate, tío —dijo y me dio un beso en la mejilla.

Me quedé allí, parado, observando cómo se alejaban las dos y me permití llorar.

Era la primera vez que lloraba sin sentir culpa. Debería estar prohibido decirle a un niño que los hombres no pueden llorar. El afecto siempre ha tenido que ver con las personas. Los seres humanos sienten dolor físico y emocional, mueren de nostalgia y deben expresarse.

— Joder, padre, ¿por qué me has hecho esto?

Tenía el corazón roto. Era una noche calurosa, mi cuerpo estaba empapado en sudor, así que me quité las zapatillas y me metí

en el mar. Necesitaba lavar mi alma.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 7

Mejor alejarme

Nunca me había sentido tan humillada en toda mi vida. Alex fue cruel al dejarme en esa habitación desnuda y casi muerta por falta de un orgasmo completo.

Entendí su propósito.

Era una venganza por haberlo dejado en la discoteca, pero lo que se suponía que era divertido me dolió, y no estaba en los planes de la nueva Malu sufrir por ningún hijo de puta.

Me vestí, cogí mi bolso, las llaves del coche y salí del juzgado rezando a Dios para no encontrarme con nadie. Me sentía muy avergonzada. No sé si fue suerte o la Providencia Divina, pero conseguí llegar al aparcamiento sin que nadie me viera.

Conduje hacia mi barrio escuchando a Gusttavo Lima cantar Desejo Imortal.

Cierro los ojos, me quito la ropa

Solo tu boca tiene miel

Que calma mi deseo

Y me lleva al cielo

Surreal y demasiado bueno

Lástima que cada vez

Hacemos el amor

Y me siento mal

Tú ya tienes a alguien

Y te parece normal

Canté como una loca. Sin importarme si el conductor del coche de al lado en el semáforo me encontraba excéntrica. En realidad, la nueva Malu era realmente una mujer diferente.

Cuando llegué, aparqué en mi plaza y cogí el móvil.

— Fernanda, desacaté al juez, me arrestaron en el juzgado y el hijo de puta me... ¿sabes qué? Te espero para una noche de pijamas. — Envié el audio sabiendo que estaría en mi ático en menos de media hora.

Para evitar que me insultara, apagué el móvil y fui directamente al ascensor de la torre A. Vivía en un condominio con seguridad las veinticuatro horas. Había seis torres de apartamentos, un parque infantil, un salón de fiestas, un gimnasio y un centro comercial exclusivo para los residentes. Comprar el ático fue uno de mis grandes logros.

Antes de que llegara mi amiga, me di una ducha, me lavé el pelo y, sin poder evitarlo, me toqué imaginando la polla del juez. Alcancé rápidamente un orgasmo apasionado.

Solía usar mi vibrador, pero confieso que evitaba pensar en alguien cercano. Casi siempre me imaginaba con el actor italiano que hacía la serie Inferno de Gabriel. Joder, era mi sueño erótico. Sin embargo, masturbarme pensando en Alex no fue una experiencia positiva.

Aunque aliviaba mi excitación reprimida, terminé sintiéndome puta de rabia al pensar en él tocándome. Ese hijo de puta nunca volvería a ponerme la mano encima. Me puse mi pijama viejo favorito, ese que todas las mujeres tienen y usan cuando no quieren sensualizar.

Puse pollo a la brasa y patatas fritas en la Airfryer con horno eléctrico. Luego cogí mi móvil y concerté una cita con mi ginecóloga a través de la aplicación. Intenté encontrar una cita cercana, pero no lo conseguí. No me quedaba más remedio que esperar treinta y cinco días.

Follar sin condón fue la mayor estupidez que he hecho, sobre todo después de haber pasado por esa maldita infección de transmisión sexual. Hice algunos cálculos mentales y me sentí aliviada al descartar mi periodo fértil.

— Qué bonito, Malu. VIH, sífilis, gonorrea y tantas otras enfermedades asquerosas. Quizás un hijo sería el menor de los problemas —me dije a mí misma.

Oí sonar el interfono y empecé a reírme, sabía que mi audio sería infalible. Autoricé el acceso a mi querida amiga para que utilizara mi ascensor privado. Este daba acceso al vestíbulo de la ático.

Aproveché para coger una botella de vino de la mejor cosecha de la bodega y llevé dos copas a la zona de la piscina. La noche era muy bonita. Me serví una generosa copa y, cuando probé un sorbo, oí el escándalo de Fê.

— Sabes que te voy a matar, ¿no? — Me reí y la llamé.

— Aquí arriba, en la piscina. Ven rápido. — Llegó alterada y enseguida empezó a preguntarme.

— Joder, Malu, eso no se hace. Casi choco el coche viniendo aquí. — Intenté contener la risa, pero no pude. — ¿Todavía te ríes, zorra?

— No me queda nada más... lo siento, amiga. Te necesitaba. — En ese mismo instante, me abrazó.

Fernanda era ese tipo de persona que era payasa, bromista, pero bastaba con darse cuenta de que alguien la necesitaba para que su lado protector tomara el control.

— Estoy aquí. Cuéntame todo lo que ha pasado. — Le llené la copa y, antes de empezar a narrarle mi drama, tuve que comprobar los aperitivos.

— Espera, tengo que darle la vuelta al pollo y a las patatas.

— Genial, me muero de hambre —reí.

— El día que no estés en la broca, será el fin del mundo. — Ella se rió y me siguió hasta la cocina.

Decidimos esperar a que terminara de hornearse. Mientras esperábamos, comencé a narrar mi día loco en el foro. Cuanto más avanzaba la historia, más asustada se ponía Fernanda.

Lo conté todo, sin omitir ningún detalle. En el fondo, decir en voz alta lo que había pasado me sirvió para darme cuenta de lo absurda que era aquella situación tan extraña.

Cuando terminé, Fê se quedó callada durante unos segundos, lo que me puso nerviosa.

— ¡Di algo, joder!

— Joder, te has superado esta vez, Malu. Por primera vez no sé qué decir.

— ¿Tan malo fue? — Respiré hondo y exhalé con fuerza.

Ella negó lentamente con la cabeza y se bebió el resto del vino.

— Malu, has insultado a un juez, te han detenido y te has entregado en cuerpo y alma a un maníaco.

— Claro que no. ¿Estás loca? No me entregué a nadie, solo disfruté del momento. — Se pasó la mano por la cara y me miró asustada.

— Amiga, sé que el tipo es guapo, juez, lleno de poder, pero ¿y dejaste que casi te estrangule? No conocía ese lado tuyo. — Moví

los hombros hacia arriba y hacia abajo.

— Fernanda, nunca había hecho nada parecido. ¿Y sabes qué? Me gustó la sensación...

— Amiga, confiaste en un completo desconocido. ¿Y si era un maníaco? ¿Un loco?

— Estás exagerando, ¿no crees?

— No. Un juez sabe cómo esconder un cadáver. — Llené mis pulmones de aire y lo exhalé lentamente por la boca.

— Está bien, pero relájate, no habrá otra vez.

— ¿Cómo que no? — Abrí la boca para responder, pero nos interrumpió el sonido de la Airfryer.

— Vamos a comer. A ver si te calmas. — Me miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza.

Puse las patatas y el pollo en una fuente y volvimos a la zona de la piscina. Comimos en silencio durante unos minutos hasta que ella volvió a hablar.

— Malu, puede que haya exagerado un poco, pero...

— ¿Pero?

— Ten cuidado, amiga. Los hombres como ese Alex pueden ser peligrosos y hacerte más daño que el idiota de tu ex. — Tenía razón.

— Lo sé, Fê, y por eso he tomado una decisión muy importante.

— ¿Cuál? —Me interrumpió.

— No habrá una segunda vez. No volverá a acercarse a mí.



Capítulo 8

Tremenda resaca

Ese fue el juicio más extraño de toda mi vida.

Desde la noche en que castigé a Nix por faltarme al respeto, nuestras conversaciones solo tenían lugar en el ámbito laboral. Ella me despreciaba profundamente y me trataba con un respeto exagerado.

Intenté varias veces crear una situación para acercarnos, pero Malu siempre lograba escapar. Siempre fui un cazador nato, y su rechazo solo me hacía estar más dispuesto a ganar el desafío.

Ella estuvo brillante en todas las audiencias. A pesar de que yo intentaba dificultar o entorpecer su defensa, nada la afectaba.

La doctora Malu Mendonça consiguió pruebas suficientes para demostrar la manipulación de los testigos y dio un recital en su declaración final. Cada día se superaba a sí misma, aumentando mi admiración por su brillante actuación.

Y, por supuesto, por su cuerpo lleno de curvas, sus pechos voluptuosos, su gran culo y su cintura fina. Tenía unas piernas largas y torneadas. Sus sandalias de tacón me ponían la polla dura bajo la toga.

Muchas noches llegaba a casa y me la masturbaba pensando en ella. Se estaba convirtiendo en un hábito nocturno: masturbarme pensando en esa mujer tan sexy.

Malu ganó el caso y, al final del juicio, se alejó rápidamente con sus pasantes y su clienta.

Acabé sumergiéndome en el trabajo. Mi predecesor me dejó varios casos pendientes para que los terminara. En algunas ocasiones intenté averiguar algo sobre la abogada, pero fue en vano.

Los días pasaban, la rutina me absorbía, hasta que recibí una invitación para dar clases. Al principio pensé en rechazarla, pero necesitaba ocupar mi mente al máximo para suprimir los recuerdos de mi esposa y mi hija.

Tres meses después del juicio, todavía no había podido olvidar las dos veces que puse mis manos sobre el cuerpo de aquella mujer diabólicamente hermosa.

Nix me afectó con su boca dura y su actitud desinhibida. Durante las audiencias, algunas veces la vi mirándome de forma diferente, pero enseguida se recompuso.

Volví al club nocturno varias veces con los jóvenes del Foro y nunca la encontré. Llegué al punto de desahogarme con el camarero.

— ¿Qué tal, jefe?

— Ponme un whisky doble, al estilo cowboy.

— Ahora mismo. ¿Una noche difícil?

— No. Solo buscando a la morena de anoche. ¿Te acuerdas? — Me miró un rato y luego esbozó una sonrisa burlona.

— Ahhhh, claro. La morena guapa que te dejó plantado. — Me eché a reír, era terrible.

Me bebí el trago de un trago. Bajó ardiendo, como debía ser.

— ¿La has vuelto a ver por aquí?

— No.

— ¿Estás seguro?

— Nunca olvidaría ese escote.

— Sí, un escote de verdad.

— Je, jefe, te derribó en la pista, ¿eh?

— Ahhh... tú no me conoces. Todavía no ha nacido la mujer que pueda derribarme. La única que lo hizo ya no está aquí. — Me miró con el ceño fruncido. — ¿Has perdido a alguien a quien amabas, Tom?

— ¿Mi perrita cuenta? — Sonreí con amargura.

— Perdí a mi esposa y a mi hijita en un accidente. ¿Y sabes qué es lo peor? — Otro trago.

— ¿Qué?

— Fue culpa mía. Llegué tarde a recogerlas y acabaron cogiendo un taxi. Entonces pasó lo peor. Un borracho se saltó el semáforo y chocó de lleno contra el coche.

— Lo siento mucho, jefe.

— Esa noche, con la morena guapa, fue la primera vez que me acosté con una mujer después de perder a la mujer que amaba.

— Ahhh...

— Y la desgraciada me dejó con la polla fuera. Otra doble. Por cierto, pásame la botella.

— ¿Está seguro, jefe?

— Totalmente seguro.

Seguí bebiendo y lamentándome hasta que cerró la discoteca. Mi asistente me llevó a mi piso. Me había mudado hacía

dos meses. Despedí al guardaespaldas y mantuve al chófer. Ya no necesitaba ir con un armario detrás todo el día.

Me desperté a la mañana siguiente con la peor resaca del mundo. Parecía que mi cabeza pesaba diez toneladas. Por suerte, tenía dos días libres por delante. Tuve que correr al baño antes de vomitar todo el apartamento.

La escena era patética. Yo, un juez de renombre, sentado en el suelo vestido solo con unos calzoncillos negros y abrazado al inodoro. Después de casi treinta minutos vomitando, conseguí levantarme y meterme en la ducha.

Me costó terminar de ducharme. Las náuseas me mareaban. Cuando conseguí salir del agua, me envolví la toalla alrededor de la cintura, fui a la cafetera y me preparé un café bien fuerte. Me bebí ese líquido haciendo muecas, pero era la única bebida capaz de aliviar mi resaca.

Volví a la cama y dormí un sueño agitado. Me desperté por la noche muerto de sed. Miré el reloj y me asusté al ver que había pasado casi doce horas durmiendo.

Me senté lentamente en la cama para evaluar mi estado. Después de unos segundos, logré mantenerme en pie. Fui al frigorífico, cogí una botella de agua y me la bebí toda sin respirar.

En cuanto me hidraté, mi estómago rugió. Era la señal de que la resaca había pasado, pero aún sentía un ligero dolor de cabeza. Tomé un medicamento y cogí mi móvil para pedir comida.

Había un montón de mensajes de mi asistente técnico preguntándome si estaba bien. Tenía suerte con mi equipo. Le respondí y le agradecí su preocupación por mí.

Salí a la terraza y disfruté de la noche. El cielo estaba estrellado y la luna llena dibujaba un camino de luz sobre las aguas del mar. Era una vista privilegiada.

Respiré hondo y me dije a mí mismo:

— Alexander Stéphanos, ¡necesitas unas vacaciones!



Capítulo 9

Noticia bomba

Ya había renunciado a encontrarla, hasta que uno de los técnicos de mi oficina me invitó a su cumpleaños. No pude rechazar la invitación, porque eran muy buenos amigos y competentes.

Estábamos todos en el palco celebrando, hasta que decidí ir al bar. Después de tomar dos tragos de whisky, miré hacia la pista de baile y no podía creer lo que veían mis ojos. Linda, vestida con unos pantalones cortos negros y una blusa brillante, estaba Nix bailando seductora como siempre.

La observé durante unos minutos mientras me tomaba el whisky. Estaba decidido a llevármela a la cama. Terminé la bebida y, cuando pensé en acercarme a ella, me impactó ver a un hombre que se acercaba y le tapaba los ojos.

Malu sonrió maravillosamente, apartó las manos del hombre y, cuando lo vio, se quedó maravillada. Lo abrazó con fuerza y luego

mostró una alegría exagerada. No me quedé a ver el desenlace. Pedí la cuenta al camarero, me dirigí a la salida y, sin despedirme de nadie, volví a mi casa.

Mientras conducía, sentí odio por haber perdido el control y haber terminado interesándome por una mujer. Había hecho una promesa en la tumba de mi esposa de no involucrarme con nadie más, pero terminé dejándome llevar por la abusiva abogada.

Llegué a casa sintiendo un torbellino de emociones en mi alma. Mi corazón latía acelerado, me faltaba el aire y la rabia se apoderaba de mí. Decidí hacer un poco de ejercicio para quemar el alcohol y la decepción.

Me puse unos pantalones cortos, una camiseta y unas zapatillas y me fui al gimnasio de la mansión. Golpeé el saco de arena durante casi una hora, luego corrí como un loco en la cinta y terminé el entrenamiento muy sudado y cansado.

Pasé ese fin de semana viendo maratones de series policíacas. Entre un episodio y otro, terminé soñando con mi esposa. Ella bailaba en la discoteca vestida con la misma ropa que Nix. Me acerqué a ella feliz de volver a verla, pero su rostro y el de la abogada se mezclaban.

En un momento dado, me cogió de la mano y me llevó por una puerta que daba a un jardín precioso, lleno de flores, como si fuera un mundo paralelo. De repente, mi mujer llevaba un vestido largo rosa, tenía pequeñas flores blancas en el pelo y su rostro parecía más joven.

Nos sentamos bajo un árbol bonito, me hizo recostar la cabeza en sus piernas y empezó a acariciarme el pelo como solo Verónica sabía hacerlo. Después de casi media hora mirándonos, vi una sonrisa en su rostro y oí su voz.

— Alex, mi amor, te libero de la promesa que hiciste en mi tumba. Estamos bien, querido, y queremos verte feliz. Vuelve a empezar tu vida, marido. Siempre te amaré y protegeré, pero sé feliz con la doctora.

Me desperté asustado, con el corazón acelerado. Estaba seguro de haber oído claramente la voz de Verónica. Me levanté, tomé un vaso de agua fría y fui al baño a darme una ducha caliente. Durante todo el tiempo que estuve bajo la ducha, oía su voz repitiéndose mil veces.

Me puse ropa cómoda y salí a tomar un aperitivo. No tardé mucho porque al día siguiente tenía que levantarme temprano para asistir a una reunión. Me habían invitado a ser director del foro y esa mañana tenía que dar mi respuesta a todos.

Me acosté temprano y esa vez no tuve sueños. Me quedé dormido y solo me desperté con el sonido del despertador a las seis de la mañana. Me aseé, me puse mi traje gris italiano ajustado, me puse perfume y salí con mi chófer.

El entusiasmo de aquella mañana me sorprendió. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan animado como aquel lunes. Como era de esperar, pasé la mayor parte de la mañana en una reunión con los demás jueces y el magistrado. Acepté el reto de un nuevo cargo. Cuanto más me involucraba en diversas tareas, menos pensaba en ellas y en el accidente.

Después de celebrar en la sala contigua a la de reuniones, volví a mi despacho. Tenía que recoger mis cosas para mudarme al despacho del director del Foro. Estaba distraído guardando mis libros en una caja cuando mi asesor llegó a la puerta con los ojos muy abiertos.

— ¿Qué pasa, Leandro? ¿Has visto un fantasma?

— Doctor, esa abogada... es... ah, sí, la doctora Maria Luíza está aquí y dice que necesita hablar con usted urgentemente. — Mi corazón se aceleró, pero me esforcé por no parecer muy interesado.

— ¿Estás seguro de que es ella?

— Sí, doctor. Solo parece un poco abatida, pero es ella.

— Está bien, déjela pasar. — Salió a llamarla y aproveché para sentarme.

No podía permanecer de pie, porque necesitaba calmarme y respirar lentamente. Como la otra vez, su perfume llegó antes que ella, haciéndome añorar su cuerpo.

En cuanto apareció en la puerta, comprendí por qué Leandro la había encontrado decaída. Parecía que no había dormido en cuatro días. Tenía la piel pálida y los ojos hundidos, como si hubiera llorado mucho.

— Buenos días, doctor Alexander. ¿Puedo pasar?

— Buenos días, doctora María Luisa. Pase, por favor. Siéntese aquí. Estoy ordenando mis cosas. — Su mirada aprensiva me preocupó.

— ¿Se va a mudar?

— Solo de despacho. He aceptado la dirección del Foro.

— Enhorabuena. Le deseo suerte en este nuevo reto.

— Gracias, pero no ha venido aquí para hablar de mí, ¿verdad? ¿En qué puedo ayudarla, doctora? Espero que no sea otra denuncia sin pruebas. — Ella esbozó una sonrisa triste, sin llegar a los ojos, lo que me dejó preocupado.

Malu se pasó la mano izquierda por la cara y agarró con fuerza el asa del bolso, como si alguien fuera a pasar corriendo en cualquier momento para robárselo. Luego llenó los pulmones de aire y sopló con fuerza. Yo seguí callado, esperando a que se manifestara.

— Bueno, Alexander, no hay otra forma de decirlo. Quiero que sepas que no fue planeado, pero sucedió y tienes derecho a saberlo... — Se calló y tuve que preguntarle.

— ¿Qué necesito saber, Malu? Me estás preocupando. ¿Has descubierto alguna enfermedad y no sabes cómo decírmelo? Tuvimos relaciones sexuales sin condón, pero te puedo garantizar que estaba limpio... — Malu me interrumpió agitada.

— No es nada de eso, Alexander. Yo también estaba limpia y sigo estándolo —dijo exasperada.

— Entonces, ¿qué problema tan grave tengo que saber? Dímelo ya. No me gustan las medias palabras.

— Estoy embarazada de dos meses, Alex. — Abrí y cerré la boca sin entender por qué necesitaba hablar conmigo. Yo no tenía nada que ver con su bebé.

— Felicidades a ti y a tu novio, Maria Luíza. — Ella me miró como si no entendiera.

— Tienes que estar bromeando, ¿no? ¿Qué novio? Ese bebé es tuyo, Alex. — Me levanté de un salto y empecé a aplaudir.

— ¿De verdad crees que soy tan idiota, doctora? No tengo nada que ver con tu hijo. ¿Con cuántos te acostaste antes y después de mí? Ahhhh... ¿cómo era tu frase? Ahhhh... ya lo recuerdo: *ahora quiero vivir, Alex.* — Su pecho subía y bajaba rápidamente. Su mirada de asombro no me afectaba.

— ¿En serio? ¿Eso es lo que piensas?

— No lo creo, querida. Estoy seguro. Lárgate de mi vista. No soy tan idiota como crees, doctora. Si quieres, puedo hacerme una prueba de ADN cuando nazca tu bebé. — María Luisa se puso de pie, me miró con desprecio y me escupió en la cara.

— Vete a la mierda, Alex. Métete el ADN por el culo. Puedes estar tranquilo, ese hijo será solo mío. — Intenté responder, pero ella me dio la espalda y desapareció por la puerta.

Me quedé mirando al vacío, asustado por todo lo que había oído y seguro de haber actuado correctamente.

No sabía que ese sería el comienzo de mi calvario.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 10

El nacimiento de una madre

El tiempo no dio tregua, simplemente siguió su curso.

Salí de su habitación muy enfadada por su mirada. Era como si fuera un fraude. Me sentí humillada, menospreciada como mujer. Sin embargo, las horas seguían pasando rápido, sin darme tiempo para recuperarme.

Pasé por crisis de ansiedad, tristeza, desánimo y autodestrucción. No era que lo amara, solo creí por unos minutos que actuaría como un adulto. Y el hecho de haber sido tan descuidada al tener relaciones sexuales sin protección me frustraba aún más.

Mil cuatrocientos sesenta días desde que Alexander me expulsó de su vida como si fuera un error que tenía que corregir.

¡Cuatro años!

Al principio sentí tanta rabia, como si la ira me corroía por dentro, provocándome una sensación de quemazón. Era como si yo misma me condenara a la hoguera en la que quemaron a muchas mujeres de mis antepasados.

Cada recuerdo de su tacto, de su olor... venía acompañado de su mirada fría al despedirme. Cada madrugada en vela, sintiendo el peso de mi vientre crecer, el odio se mezclaba con algo peor: la nostalgia.

No podía entregarme a un sentimiento banal por un hombre que me trataba como a un animal, pero el deseo parecía tener vida propia. Era insoportable oír su voz, verle reconocer que nuestro hijo no era un error, sino un regalo.

El embarazo fue un campo de batalla. Mi cuerpo no solo se convirtió en el refugio de una nueva vida, sino en una fortaleza que debía resistir el agotamiento, el miedo y la soledad.

No podía flaquear.

Había una vida inocente creciendo dentro de mí. Durante el día me perdía en los códigos, las doctrinas, los libros apilados sobre la mesa de mi despacho, que estaba en la planta baja del ático.

Cada párrafo memorizado era un ladrillo en el muro que construía para proteger mi cordura. Necesitaba aprobar el examen de la fiscalía. Era la única salida, mi único camino de vuelta a la dignidad que él intentó robarme.

Después de casi cinco horas ininterrumpidas de estudio, solté el lápiz, hice un estiramiento y respiré hondo. Miré mi reflejo en el cristal de la mesa y me dije a mí misma:

— Malu, serás la mejor fiscal de Brasil y harás que ese juez idiota se arrepienta del día en que nació.

Guardé mis apuntes, cerré el portátil y decidí refrescarme con una ducha fría. Me encantaba el momento de la ducha, porque mi bebé se movía al ritmo de los movimientos de mi mano sobre mi vientre.

Por la noche, cuando todo estaba en silencio, el bebé dentro de mí se movía estirándose contra mis costillas, la heroína en mí vacilaba. Sola, en la penumbra de mi habitación, lloraba hasta quedarme dormida.

Las lágrimas representaban toda la frustración de pasar toda la gestación sola, de no poder contar con el padre a mi lado cuando llegara el momento del parto, de no ser mimada con caprichos locos en mitad de la noche. Todo lo que había idealizado toda mi vida se fue por el desagüo del abandono.

En los momentos de mayor vulnerabilidad, soñaba que él aparecería. Que vendría a mí, que me miraría a los ojos y se daría cuenta de todo lo que había perdido. Alex me pedía perdón... pero solo era un sueño. Y los sueños no eran más que meras ilusiones.

Fernanda me llamaba unas cuatro veces al día. Mi amiga era mi mayor apoyo emocional, pero tuve que ser dura con ella cuando descubrí que estaba embarazada.

La loca quería a toda costa ir tras el juez y exigirle que actuara como un hombre.

— No irás tras ese imbécil, Nanda. No quiero, ¿entendido?

— Pero, Malu, él no tiene derecho a tratarte así...

— Sin «pero», Nanda. No lo necesito para nada.

— ¿Y cuando nazca mi ahijado? —dijo enfadada con la mano en la cintura. La miré con la misma rabia.

— ¿Qué pasa? Nacerá y tendrá una madre y una madrina, así de simple.

— Claro que no es tan simple, Malu. Ese niño tiene derecho a tener un padre.

— Nanda, no jodas. Tengo la cabeza demasiado liada para pensar en eso ahora, por favor, déjame en paz. — Levantó las dos manos como si se rindiera y dio por zanjado el tema.

Unos días antes del parto, mi primo Daniel llegó de Estados Unidos, había terminado su máster en Derecho Penal y vino a pasar

una temporada conmigo.

Cuando lo invité, se resistió un poco por miedo a estorbarme con el bebé, pero yo sabía que el motivo era otro: su novio Felipe. Dani aún no se había atrevido a contarles a sus tíos su relación. De hecho, su madre soñaba con casar a su único hijo con la hija de la vecina.

Era increíble cómo la tía no se daba cuenta de que a su hijo nunca le habían gustado las mujeres. Mi primo decía que ella prefería no verlo, porque en el fondo aún tenía la esperanza de que algo cambiara.

Estaba sola en ese ático enorme, así que lo pensé mucho antes de hacer la invitación.

— Dani, tenemos mucho espacio aquí para una sola persona. Trae a Felipe a pasar una temporada con nosotros, hasta que os instaléis definitivamente. — Me miró emocionado y me abrazó.

— ¿Estás segura, prima? No queremos molestar, y tú estás a punto de tener al bebé... — Lo interrumpí.

— Una razón más para tener brazos fuertes en esta casa. Necesitaré refuerzos para cuidar de Mateus. — Se rió y fuimos a la cocina a preparar algo para comer.

El parto llegó en una madrugada tormentosa. Me desperté toda mojada y con una extraña sensación de peso en el vientre. Llamé a mi primo, que enseguida acudió a mi habitación.

A partir de ahí, fue como una escena de película. Él y mi novio estaban más nerviosos que yo.

Llegamos al hospital en menos de media hora. Me llevaron directamente al centro obstétrico. Daniel iba a acompañarme durante el parto. Estaba pálido y, por unos segundos, temí que no pudiera soportarlo. Le agarré la mano y le dije entre jadeos:

— ¿Estás seguro de que puedes acompañarme?

— Claro que sí, prima. No te dejaré sola en este momento. — Asentí con la cabeza, respirando rápidamente para aliviar el dolor lacerante de otra contracción.

— Llama a Fernanda, Felipe. Me matará si no le avisas del bebé.

— Déjame a mí, Malu. — Las enfermeras empujaron mi silla hacia el centro obstétrico.

Me prepararon rápidamente y me llevaron a la sala donde nacería el bebé. Permanecí tumbada en posición supina, con las piernas flexionadas, apoyadas en unas piernas metálicas y separadas.

Mi corazón latía a toda velocidad, porque siempre había tenido miedo de ese momento. Había tantos «si...».

Las contracciones se fueron espaciando cada vez más, en medio del dolor que me partía en mil pedazos, Daniel entró en la sala y me cogió la mano.

— Vamos, prima. Eres una luchadora. — Solo asentí con la cabeza.

En esa sala de partos, lo deseé más que nunca, pero Alex no estaba allí. Estaba con mi primo, luchando por traer al mundo a un bebé que había sido rechazado y que nunca conocería el tacto de su padre.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 11

Renacida

Una última contracción...

Un cuchillo cortándome por la mitad...

Y de repente, allí estaba ese pequeño ser. Una bolita de carne bañada en mi sangre y mi primer pensamiento fue: *Dios mío, ¿y ahora qué? No viene con manual de instrucciones.*

Sí, yo era la loca que leía todos los manuales de los aparatos. No empezaba a usar nada sin antes conocer cada función o modo de uso. Y cuando la doctora me mostró a mi bebé, sentí que el pánico se apoderaba de mí.

¿Y si no sabía cuidar de ese pequeño ser?

¿Y si era una madre horrible?

¿Y por qué no lloraba emocionada como las madres de la televisión y las revistas?

Todos en la sala de partos sonreían y celebraban la llegada de mi hijo, y nadie se dio cuenta del terror en mis ojos. Tenía miedo incluso de tocar al bebé.

La enfermera vino con él, toda sonriente, y me lo puso en los brazos, y lo que dije fue absurdo:

— ¿Puedo tocarlo? — Ella sonrió de forma sincera, pero su respuesta me asustó aún más.

— Claro que puedes, mamá, es todo tuyo.

Mi... Esa pequeña palabra aumentó aún más mi angustia. Tan pronto como nos llevaron a la habitación, me informaron de que necesitaba mamar. Amamantar hasta los dos años siempre había sido mi sueño. En mi idealización, me veía como una madre con los pechos llenos de leche y el bebé mamando feliz, pero nada fue como había imaginado.

Mateus nació con un hambre voraz, pero mi leche no salía por nada. Comencé el calvario con médicas, enfermeras, bancos de leche y un montón de profesionales que me decían que solo tenía que calmarme. Que amamantar era natural, que el bebé pronto aprendería.

Una verdadera tortura.

Cada profesional que aparecía con miles de consejos en mi cabeza, más me sentía una madre incompetente. Algunos me juzgaban solo por mi mirada.

La desesperación llegó en la primera visita al pediatra, cuando descubrimos que el bebé estaba perdiendo peso. Fue como recibir un sello en la frente que decía «la peor madre del mundo».

Mi primo siempre me acompañaba, intentaba apoyarme, pero nada me hacía dejar de llorar.

Con la dificultad para amamantar, llegó el miedo de que algo le pasara a Mateus. Lloraba en mis brazos y bastaba con que Daniel o Felipe lo cogieran para que se calmara y se durmiera. Eso me frustraba mucho, era como si mi hijo no me quisiera.

Los primeros meses fueron una locura. El llanto incesante, el miedo a equivocarme, el cansancio que me quemaba los músculos como brasas vivas. Había noches en las que, agotada, pensaba que no lo conseguiría.

Mi mente gritaba que iba a fracasar. Llegué a esconderme en el rincón del armario y llorar durante horas. Poco a poco, con la ayuda de mi primo, su novio y Fernanda, las cosas fueron mejorando.

Me di cuenta de que Mateus era más fuerte de lo que imaginaba. Incluso en los momentos más oscuros, cuando la desesperación quería apoderarse de mí de nuevo, me aferraba a mi nuevo lema: tú puedes, Malu. Tenía que poder. Por mi hijo, por mí, por todo lo que estaba por venir.

Veía los rasgos del maldito juez en el rostro de mi bebé. El mismo mentón decidido. La misma mirada penetrante. Y en cada una de sus sonrisas, un pedazo del amor que intenté enterrar.

No quería admitirlo, pero los pocos momentos que pasé con Alex me marcaron como fuego ardiente. Me perseguía como un espectro inquietante de un fantasma del pasado.

Una parte de mí aún anhelaba al doctor Alexander. No solo por ser el padre de mi hijo, sino por ser el hombre que me rechazó de la peor manera posible. Ese sentimiento me enfurecía aún más.

El deseo carnal me consumía. No podía permitir que eso se convirtiera en una dependencia, así que me concentré en cuidar de mi bebé y de mi carrera.

Han pasado cuatro años desde el día en que fui rechazada.

Cuatro años de lucha, de cicatrices, de reconstrucción, pero estaba lista. Si el doctor Stéphanos se cruzaba en mi camino una vez más, no me rendiría. La fiscal Malu Mendonça estaba lista para enfrentarse a él.

Lo enfrentaría como el fuego se enfrenta al agua, con una fuerza imbatible, imposible de ignorar. Y cuando nuestros ojos se encontraran de nuevo, él lo entendería.

Ya no existía la mujer que él dejó atrás. Pegué los pedazos que él rompió, endurecí mi material y me juré a mí misma que pagaría por cada lágrima que derramé.

El ruido de los niños corriendo por el jardín me trajo de vuelta a la realidad. Respiré hondo, sintiendo el suave aroma de los globos y del pastel de chocolate. Estábamos en el tercer cumpleaños de mi hijo, mi pequeño milagro.

Tuve que posponer la fiesta tres meses para conciliar la agenda de la madrina, que estaba terminando un curso fuera. Mateus corrió hacia Daniel y yo me eché a reír. Ya sabía lo que vendría.

— *¡Tío Dani! ¡Tío Dani!* ¡*Ven a saltar conmigo*! — Su voz infantil era música para mis oídos.

Mi corazón se llenó de alegría al instante. Sus rizos dorados se balanceaban mientras corría hacia Dani con los bracitos extendidos.

Dani ya estaba descalzo y sudando, vestido con sus vaqueros y una camiseta de Huck, el personaje favorito de su ahijado.

— ¿En el trampolín? ¿Estás seguro? — Dani hace una mueca graciosa, fingiendo estar aterrorizado.

— ¡Sí, tío! ¡Vamos! — Mi hijo le cogió de la mano y empezó a tirar de él con una fuerza sorprendente para un niño tan pequeño.

— Ay, ay, creo que me vas a romper la columna, grandullón.

— ¡*Yo te cuido, tío*! —respondió serio, frunciendo las cejas de una manera que me dio ganas de abrazarlo.

— ¿Cuidas de mí? ¿Cómo? — Dani levantó una ceja con una sonrisa pícara.

— *Igual que mamá hace conmigo. Ella me da besitos, me pone medicamento y luego me pone una tirita de Huck.* — Mi primo sonrió y le besó la cabecita.

— ¡Está bien, vamos!

Corrieron juntos hacia el castillo hinchable y no pude evitar que una sonrisa se dibujara en mi rostro. Mi hijo gritó de alegría cuando Dani empezó a saltar torpemente, riendo mientras los niños a su alrededor gritaban juntos.

— ¡Más alto, tío! ¡Más alto! —pidió entre risas.

Dani fingió que iba a saltar más alto, pero tropezó a propósito y cayó de espaldas, provocando las carcajadas de mi hijo. Este se subió al pecho de Dani, riendo hasta quedarse sin aliento.

—¡Dani! ¿Has sobrevivido? —Felipe llegó riendo, con una amplia sonrisa y las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino.

— ¡Casi! —respondió Dani, todavía con el niño encima.

— ¡*Tío Fê*! *¡Ya llegaste*! —Mi hijo se levantó de un salto y corrió hacia Felipe—. ¡*Ven a saltar con nosotros*!

Felipe sonrió, agachándose hasta quedar a su altura.

— ¿Y crees que puedo seguirles el ritmo a los dos? ¡Sois demasiado rápidos para mí!

— ¡*Te agarro de la mano, tío Fê*! —dijo mi hijo con la mayor convicción del mundo, agarrando las dos manos de Felipe.

Él se rió y miró a Dani.

— Parece que no tengo otra opción, ¿verdad?

— Ninguna —dijo Dani levantándose con un gemido fingido —. Él es el jefe aquí.

Mi hijo sonrió con los ojos brillantes.

— *¡Yo soy el jefe!*

— ¿De verdad? —Felipe levantó una ceja—. Entonces, ¿tú me mandas saltar?

— *Sí, tío. ¿No sabes que los jefes mandan?* — Dijo con seriedad, con las manitas en la cintura.

— ¡Es verdad, tienes razón, Mateus! —Mi hijo agarró a Felipe de la mano y lo arrastró hacia el castillo hinchable.

Él lo siguió y, en pocos segundos, los tres estaban saltando juntos. Dani volvió a tropezar a propósito, haciendo que Felipe cayera de rodillas. Mi hijo se rió tan fuerte que se dobló de tanto reír.

— *¡Tío Fê, eres peor que el tío Dani*! —dijo entre risas.

— ¡Claro que sí! —respondió Felipe, riéndose mientras intentaba levantarse.

— ¡*Entonces tienes que entrenar más*! —Mi hijo puso sus manitas en la cintura, lleno de autoridad.

Yo observaba la escena con el corazón pesado y ligero al mismo tiempo. Mateus era como su padre, seguro, con voz de mando, aún tan joven. Mi hijo era feliz, querido.

Dani, Felipe y Fernanda siempre estuvieron con nosotros. En algún lugar en lo más profundo de mi corazón, sabía que eso debería ser suficiente, pero una parte de mí aún deseaba que Alexander hubiera actuado de otra manera cuando se enteró del embarazo.



Capítulo 12

Sorpresa aterradora

Mis planes para esa noche de viernes no eran precisamente estar en un evento lleno de gente ostentando lujos y adulando a los demás, pero no había forma de evitarlo.

La invitación con el escudo del tribunal iba acompañada de un mensaje personal del juez que no dejaba alternativa: era ir o ir.

«*Presencia indispensable*».

Me puse mi traje más caro, me ajusté la corbata y salí solo para cumplir con el protocolo.

El salón estaba decorado con mucho gusto, lleno de importantes figuras de la justicia, políticos y empresarios influyentes. El tipo de reunión en la que cada palabra y cada mirada tenían segundas intenciones.

Estaba aburrido escuchando a la esposa de un colega del tribunal contar el viaje de su hijo a Europa, con mi vaso de whisky

casi vacío, cuando el presentador llamó la atención al micrófono:

— Buenas noches, señoras y señores, invitamos al escenario al Excelentísimo Sr. Juez Antônio de Bragança. — Todos se pusieron de pie y lo aplaudieron durante casi dos minutos seguidos.

Era una figura respetada en el ámbito, tenía una personalidad fuerte y una presencia que dejaba a todos concentrados en su discurso.

— Buenas noches a todas las personas que han venido a brindar con nosotros esta noche de viernes. Les agradezco su cálida acogida. Por favor, tomen asiento. — Todos ocuparon sus lugares y continuaron prestándole atención. — Este es el momento en que rendimos homenaje a una profesional que se ha destacado en el Sistema de Garantía de Derechos. Es un honor para mí reconocer el trabajo excepcional de una joven que se ha destacado por su compromiso con la justicia y la verdad. Una mujer que, en tan poco tiempo, ya ha demostrado ser implacable en la defensa de la ley y los principios éticos. —Sonrió—. Y que, por ironía del destino, recientemente ha asumido un caso que pondrá a prueba la integridad y la postura de algunas figuras muy conocidas en esta sala.

La sala quedó en silencio, porque el peso de las palabras del juez asustó a muchas personas.

— Invito al estrado a... la Dra. Maria Luiza Mendonça, fiscal. — Mi corazón dio un vuelco al oír ese nombre.

Levanté la vista, casi sin aliento debido a los latidos acelerados de mi corazón.

Era ella, la misma Malu que había atormentado mis sueños eróticos durante mucho tiempo. Miré hacia la mesa cercana al estrado y la vi entre dos hombres. Uno de ellos se inclinó hacia ella y le dijo algo que la hizo sonreír.

Ella puso la mano sobre el brazo de él con una naturalidad que me golpeó como un puñetazo en el estómago. Luego se levantó,

deslizando los dedos por el brazo de él antes de soltarlo, y comenzó a caminar por el salón.

Llevaba un vestido negro ajustado y elegante que delineaba peligrosamente cada curva de su cuerpo. Sus pasos sobre las sandalias de tacón resonaban en el suelo con una confianza que me hizo tragar saliva.

Su cabello suelto en ondas brillaba bajo la luz, y su rostro... Dios, su rostro. Los mismos ojos profundos, los mismos labios que había besado tantas veces. Solo que ya no había dulzura en ellos. Solo una calma fría y letal.

Vi al hombre sonreírle, orgulloso.

Como en un flash, me acordé de él agarrándola en la discoteca, en la maldita noche en que fui tras ella. Ya lo había visto antes. Cuatro años atrás, Malu bailando con él, los dos muy juntos, las manos de él en su cintura. El padre del hijo de ella, a quien la malvada intentó engañarme con un embarazo.

Volví la mirada hacia ella, que subía los escalones del escenario sin vacilar. Malu recibió el premio de manos del juez y se colocó frente al micrófono con la seguridad de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

— Juez, gracias, me siento muy halagada por este reconocimiento —comenzó, con voz firme y clara—. Pero el verdadero premio es poder servir a la justicia sin dejarme influir por presiones externas o intereses particulares. —Sonrió levemente—. Porque, al fin y al cabo, todos somos iguales ante la ley.

Sus ojos recorrieron la sala hasta encontrar los míos.

Y allí... sentí el golpe.

El juez volvió al micrófono, sonriendo.

— La Dra. Maria Luiza Mendonça asumirá, a partir de la próxima semana, el caso que involucra el desvío de fondos públicos de uno de los bufetes de abogados más importantes del estado. El caso será juzgado por el juez Alexander Stéphanos. Algo me dice

que la fiscal tendrá que esforzarse, porque será un duelo de gigantes.

Mi sangre hirvió al escuchar la provocación. Ella sonrió con cinismo y terminó con su golpe fatal.

— En todos los casos en los que he participado, he derrotado a muchos gigantes, excelentísimo señor —dijo mirándome con aire desafiante.

Él sonrió, el público la aplaudió y Malu recibió su placa y su medalla. Estaba prestándole atención cuando mi colega dijo:

— Esa fiscal era la abogada que se enfrentó a ti por un caso, ¿no es así, Stéphanos? — Preferí hacerme el despistado.

Fruncí el ceño como si estuviera tratando de recordar y mentí sin ningún remordimiento.

— No recuerdo haberla visto antes. — Su esposa me salvó.

— Es joven y guapa, pero tiene un aire muy peligroso en su forma de actuar. — Mi amigo solo hizo un gesto de asentimiento y yo preferí mantenerme callado.

Volví la mirada hacia ella, que bajaba del escenario con la misma postura impecable. Malu se aseguró de dar la vuelta y pasar cerca de mi mesa. Su proximidad fue suficiente para que sintiera el perfume floral que me golpeó de lleno, despertando recuerdos peligrosos.

— Doctora Maria Luiza Mendonça, enhorabuena... — No sé qué me pasó, pero cuando me di cuenta ya había hablado demasiado alto.

Ella se detuvo.

Giró ligeramente la cara, ese perfil perfecto, y me miró con una media sonrisa que no llegó a los ojos.

— Qué sorpresa verle aquí, Meritísimo. — La palabra sonó cargada de sarcasmo—. ¿No se acuerda de mí?

Respiré hondo tratando de mantener una expresión neutra y mentí.

— No. ¿Debería? — Ella sonrió, dio un paso adelante, casi pegando sus labios a mi oído.

— Cuidado, juez, ahora soy yo quien dicta las reglas. — Se apartó, me guiñó un ojo y se marchó.

Intenté ignorar la expresión de curiosidad de la pareja que estaba en la mesa conmigo y me quedé observándola mientras regresaba a su mesa.

El hombre de la discoteca se levantó, la abrazó con entusiasmo, seguido por el otro que estaba con ellos. En cuanto ella se sentó, le dijeron algo que la hizo reír.

Apreté el vaso con la mano, sintiendo el hielo derretirse entre mis dedos. Ella me lanzó una última mirada, calculada, fría, devastadora.

Sabía lo que eso significaba: había vuelto para vengarse. Y estaba en la posición perfecta para destruirme.



DANIEL

Capítulo 13

Cuidado con la venganza

Vi todo suceder en cámara lenta.

El donante de esperma de Mateus parecía haber recibido un puñetazo en el estómago. Su rostro se endureció en el momento en que se anunció el nombre de Malu, pero el verdadero golpe llegó cuando ella subió al escenario con esa sonrisa fría y encantadora, el tipo de sonrisa que dice: «He ganado, idiota».

Felipe, a mi lado, se rió entre dientes, agitando su vaso de whisky con aire satisfecho.

— Eso sí que es lo que yo llamo un regreso triunfal.

Malu volvió a la mesa con ese andar seguro, los tacones resonando en el suelo de mármol. La abrazamos y luego le acercamos la silla con calma. Sus ojos brillaban de satisfacción cuando se sentó entre nosotros.

No pude contenerme y tuve que hablar antes que ella.

— Maluzinha, si pudieras ver su cara ahora... — solté, inclinándome hacia delante—. Fue épico.

Malu sonrió, con ese tipo de sonrisa que nos hacía sospechar si estaba a punto de hacer algo genial o completamente loco.

— Lo vi. — Dio un sorbo de champán, desviando la mirada hacia el juez al otro lado de la sala. — Fue delicioso.

Felipe se rió a carcajadas.

— ¡Dios, estoy tan orgulloso de ti! — Miré a los dos, sintiendo el peso de la situación acumulándose en mis hombros.

Los camareros comenzaron a servir la mesa y una orquesta empezó a tocar música bailable. Malu estaba radiante, como en éxtasis. Odiaba arruinarle la fiesta, pero no podía ser tan irresponsable como para callarme.

— Malu... —Mi voz sonó más baja—. Te quiero demasiado como para no avisarte.

Ella torció la boca como solía hacer cuando pensaba: «Ya viene a arruinar mi felicidad». Felipe intentó callarme.

— Ay, no, amor, ya viene a arruinar la fiesta. — Puse los ojos en blanco y respiré hondo.

— Alguien tiene que tener sentido común en este trío, ¿no? — Ella sonrió, puso la mano sobre mi brazo y dijo:

— Dime, mi ángel protector, ¿cuál es el problema ahora?

— ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Estamos hablando de un juez. No es un hombre cualquiera. Tiene poder, influencia... esto puede salirse de control.

Ella giró la copa entre sus dedos, con los ojos brillantes como si realmente estuviera saboreando el momento.

— Él también tenía poder cuando me rechazó, ¿no? ¿Cuando me acusó de ser una estafadora? ¿Cuando me hizo pasar por los peores meses de mi vida?

— Malu... — Intenté insistir.

Dejó la copa sobre la mesa con un seco clic y se volvió hacia mí.

— ¿Sabes lo que es mirar a los ojos al hombre que más has deseado en tu vida y ver cómo te acusa de estar gestando un golpe bajo? ¿De ser una interesada, una mentirosa...? Estaba enamorada de ese desgraciado. Le dije que estaba embarazada y me miró como si fuera basura. Como si me lo estuviera inventando todo para encerrarlo.

Felipe frunció el ceño y sus ojos se oscurecieron.

— ¿Te dijo eso? —Ella se rió, sin humor.

— Dijo que estaba seguro de que no era el padre y me echó de su despacho. — Me miró directamente—. ¿De verdad crees que voy a dejarlo pasar?

— Malu... — Empecé, pero Felipe me interrumpió antes de que pudiera continuar.

— Creo que deberías hacer que se arrepienta. — Felipe se inclinó hacia ella, con los ojos llenos de determinación—. Si alguien merece que le den su merecido, es él.

Miré a uno y a otro, incrédulo.

— ¿Hablan en serio? ¡Está a punto de meterse con un juez! Y no es cualquier juez, es Alexander Stéphanos, ¡el griego más temible del tribunal! Puede arruinar su carrera, su reputación...

— ¿Ya la ha jodido antes, nena? —replicó Felipe, entrecerrando los ojos—. Ese dios pensó que podía pisotearla y salirse con la suya. Ahora verá que no puede.

Malu sonrió, con ese tipo de sonrisa que ponía a cualquiera en alerta.

— Y lo mejor... —Tomó otro sorbo de champán—. Es que esta vez tengo al sistema de mi lado. Estoy en la posición perfecta para saldar todas las cuentas que él dejó pendientes.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo cómo la tensión subía por mi cuello.

— ¿Y si sale mal? — Se inclinó hacia mí:

— Daniel... — Sonrió, con los ojos brillantes—. Saldrá bien.

Felipe chocó su copa contra la mía.

— Yo estoy con ella. — Solté un suspiro cansado.

— Están locos.

— Somos leales — corrigió Felipe, sonriendo a Malu como si fuera una fuerza de la naturaleza.

— Sabes lo que significa todo este odio, ¿verdad? —Me lanzó una mirada de reprobación.

— No. Y creo que es mejor que dejemos esta conversación aburrida, porque esta noche es mía. — Malu deslizó los dedos por el tallo de la copa, con la mirada bailando por el salón hasta posarse en el juez.

Él se había levantado y estaba apoyado en una columna de mármol, bebiendo una copa, con la mirada clavada en ella, con una expresión que solo podría describir como atemorizada.

— Te está mirando —dije, observando el rostro tenso del juez.

Malu sonrió.

— Genial. Que mire bien. Está a punto de descubrir lo que se ha perdido.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Felipe.

Ella se levantó, ajustándose el vestido.

— Ahora vamos a disfrutar del cóctel. Al fin y al cabo, es mi noche, ¿no?

Felipe y yo intercambiamos una mirada llena de preocupación. Pero eso no la detuvo.

Seguimos a Malu hasta la zona cercana al espacio reservado para el baile. Los camareros circulaban con bandejas de champán y canapés. La música suave llenaba el espacio y el ruido de las conversaciones se mezclaba con el sonido de las copas tintineando.

— Bueno, ahora quiero probar esas mini *bruschettas* —dijo Malu, cogiendo un canapé de la bandeja de un camarero.

— Voy a por una ronda de champán —anunció Felipe, desapareciendo en dirección a la barra.

Me quedé al lado de Malu, observándola mientras mordía la *bruschetta* con un placer casi teatral.

— Te lo estás tomando muy en serio, ¿no?

— Por supuesto —ella pestañeó—. Primo, tú me conoces bien y sabes que no me gusta perder.

De repente, sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal. Fue instintivo, como una señal de alarma. Miré hacia el juez y él venía en nuestra dirección, cruzando el salón con una mirada letal en los ojos.

— Malu... —dije, tocándole el brazo.

— ¿Qué?

— Viene hacia aquí. — Malu se giró lentamente, con una sonrisa creciendo en sus labios como la de un depredador.

— Perfecto. — Felipe reapareció con dos copas de champán y siguió la mirada de Malu hasta el juez.

— Oh, esto va a ser divertido. — Malu giró el cuerpo, lista para afrontar el enfrentamiento.

Y yo sabía que nada, absolutamente nada, impediría la tragedia que estaba a punto de ocurrir.



Capítulo 14

La curiosidad que mueve a l

Debería haberme ido de esa maldita entrega de premios en cuanto anunciaron su nombre, pero no, preferí quedarme para ver qué pasaba.

Me quedé movido por la curiosidad de saber más sobre la doctora Maria Luiza Mendonça. Fiscal.

La mujer a la que descarté sin pensarlo dos veces. La misma a la que acusé de ser una estafadora, una interesada... y que en ese momento estaba en una posición perfecta para acabar conmigo.

Estaba de pie entre los dos hombres como si ese fuera su lugar. Hablaban con ella con una naturalidad irritante. El mismo tipo que había visto con ella cuatro años atrás le puso la mano en la cintura y le dijo algo al oído que la hizo reír.

¿Quién era el otro?

Él les sonrió a ambos antes de ponerle la mano en el hombro. Ella no se apartó. Y sentí que se me revolvió el estómago.

La mujer se inclinó hacia el otro, susurrándole algo al oído. Luego él se rió, y los tres se rieron juntos.

— Pero qué mierda... — murmuré mientras daba un sorbo al whisky.

No sabía qué me molestaba más: el hecho de no poder apartar los ojos de ella o el hecho de no poder entender qué demonios estaba pasando.

¿Eran pareja? ¿Un trío?

No tenía ni idea... y eso me estaba volviendo loco.

Malu se acercó al camarero, con el vestido negro ajustándose a su cuerpo como una segunda piel, y se sirvió champán. Los dos hombres parecían acompañarla con total naturalidad.

Y esa mujer hermosa parecía tener el control.

Acabé haciendo una tontería y me moví antes de pensar.

Dejé la copa vacía sobre la mesa y crucé el salón, ignorando las miradas curiosas. Cuando me acerqué a ella, los dos se callaron, con los ojos atentos.

Ella se volvió como si ya supiera que yo estaba allí.

Sus ojos se deslizaron por mi traje, deteniéndose en la corbata, y luego subieron hasta mi rostro con una sonrisa perezosa que me hizo querer acercarla y borrarle esa expresión de la cara.

— Fiscal Mendonça... — Mi voz sonó más ronca de lo que me hubiera gustado.

Ella arqueó una ceja.

— Su Señoría. — La palabra sonó dulce, pero cargada de veneno.

Uno de ellos se puso en alerta a su lado, mientras el otro cruzaba los brazos, como si estuviera evaluando la situación.

— ¿Podría hablar con usted un momento? — Mantuve el tono frío, a pesar de que mi corazón latía con fuerza en mi pecho. — Para bailar.

Ella parpadeó lentamente, y sus labios se curvaron en una sonrisa.

— ¿Bailar? —Inclinó la cabeza, dejándese caer el pelo sobre uno de los hombros—. ¿Con Su Señoría?

— Conmigo, Malu. — Ella se rió.

— Maria Luíza Mendonça, por favor —Se acercó, con los ojos brillantes como si acabara de lanzarle un desafío—. Para el doctor, siempre con formalidades.

Le tendí la mano.

— Baile conmigo, por favor. — Ella me evaluó durante unos segundos y luego me tomó la mano sin dudar.

Sus dedos delicados, su piel cálida, el contacto casi me dejó sin aliento.

Guiándola hacia la pista de baile, coloqué mi mano en la curva de su cintura, sintiendo la tensión en los músculos bajo la fina tela. La otra mano sujetó sus dedos con firmeza.

La música era un jazz lento y sensual.

Su cuerpo se ajustó al mío sin esfuerzo, como si estuviera hecho para ello.

— Entonces... — Empecé manteniendo mi rostro cerca del suyo. — No sabía que eras fiscal.

— ¿En serio? —Sonrió con la barbilla levantada—. Pensaba que lo sabías todo sobre el mundo jurídico, al fin y al cabo, siempre has sido muy... certero en tus conclusiones.

Le apreté ligeramente la mano.

— ¿Qué estás haciendo, Malu?

— Bailando con el señor —susurró, con los ojos fijos en los míos.

— ¿Y crees que es inteligente seguir fingiendo que no pasó nada entre nosotros? — Ella sonrió de nuevo, con los ojos brillantes de cinismo.

— ¿Fingir? No, querido. Lejos de mí perder el tiempo con fingimientos. Solo estoy siendo sincera.

— Está bien, si prefieres seguir así.

— Lo prefiero, doctor. Ahora dime: ¿qué es más peligroso? ¿Bailar con un juez... o enfrentarse a él en los tribunales?

Mi mano se deslizó hasta la mitad de su espalda, atrayéndola hacia mí.

— No querrás jugar con eso, Malu.

— Fiscal Mendonça, doctor. No es de buen tono llamar a una fiscal por el apodo que solo usa su familia... —dijo seria.

— Está bien, doctora, pero le repito: no me desafíe. — Ella se rió en voz baja, el sonido como un veneno caliente en mi piel.

— No te estoy desafiando. Soy la fiscal encargada del caso. Eso significa que ahora estás... bajo mi autoridad. — Contuve el aire.

— ¿De verdad crees que puedes derrotarme? —Ella inclinó la cara, rozando peligrosamente mis labios con los suyos.

— No solo lo creo... sino que estoy deseándolo. — Dejé de moverme y la sujeté con fuerza.

— Cuidado, Malu. — Ella echó la cabeza hacia atrás, clavándome los ojos con una mirada penetrante.

— ¿Sabes lo que pienso, doctor? Que estás asustado.

— Estás equivocada.

— ¿De verdad? —Sonrió de nuevo—. Porque la última vez fuiste lo suficientemente rápido como para huir... en lugar de enfrentarte a lo que estaba pasando.

Mi mandíbula se bloqueó.

— Estabas con él.

— ¿Con Daniel? —Ella soltó una risita—. Ah, sí. Claro. Porque siempre has sido muy bueno sacando conclusiones precipitadas.

Miré a Daniel, que nos observaba desde lejos, con expresión tensa. El otro estaba a su lado, listo para intervenir si fuera necesario.

— ¿Y el otro? —pregunté.

— ¿Felipe? ¿Qué pasa con él? —preguntó Malu, maliciosa.

— ¿Son pareja? —La pregunta salió antes de que pudiera contenerme—. ¿O son un trío?

Malu abrió mucho los ojos... y luego se echó a reír.

— Ay, señor juez... —Me sujetó la cara entre los dedos—. De mi vida, me ocupo yo.

Soltó mi cara, se dio la vuelta y se alejó hacia sus amigos. Yo me quedé allí parado, con el pecho subiendo y bajando con fuerza.

Uno de los hombres levantó la copa hacia mí con una sonrisa cargada de cinismo.

Ella me lanzó una última mirada por encima del hombro, el tipo de mirada que decía que el juego apenas había comenzado.

— Muy honorable —dijo solo con el movimiento de los labios, con un veneno dulce.

Respiré hondo. Negué con la cabeza y decidí marcharme de allí.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 15

Noche loca

La noche perdió un poco de su encanto tras la marcha del juez, que no se quedó después de nuestro baile. Me sentía eufórica, como si hubiera ganado una maratón. Había fantaseado millones de veces con nuestro reencuentro, pero fue mucho mejor de lo esperado. Esperaba encontrarlo en algún momento, pero no en esas circunstancias.

Un camarero se acercó con una bandeja llena de bebidas coloridas y decoradas. Me sonrió ofreciéndome una bebida y, por primera vez desde que había sido madre, decidí beber sin pensar mucho en las consecuencias. Mi hijo estaba al cuidado de su madrina. Fernanda se ofreció a pasar la noche con su ahijado, siempre y cuando yo disfrutara sin moderación.

Apenas probé el trago, mi primo vino a sermonearme.

— Prima, ve despacio, no aguantas el alcohol, Malu.

— Ay, Dani, tío, qué pesado eres. Relájate, vamos a disfrutar de la noche.

— No soy pesado, solo te estoy cuidando, guapa. — Felipe me miró, respiró hondo y asintió con la cabeza, de acuerdo con su novio.

— Ahhh no, sin enigmas, Dani, ¿qué estás entendiendo?

— Malu, estás ahí toda triunfante, creyendo que acabaste con el todopoderoso juez... — Lo interrumpí.

— No lo crees, nena, lo he acabado. — Dani me miró seria y fue cruel al darme una bofetada con sus palabras.

— ¿Acabaste? ¿Quién estaba llorando en un rincón hace menos de cuatro días porque no podía olvidar a ese hombre? — Mi sangre hirvió al instante.

— Ese no era el motivo, Dani. No siento nada por él, solo odio la forma en que me humilló... — Me interrumpió con actitud.

— ¡Basta ya, Malu! Eres inteligente, guapa y te estás engañando a ti misma. No es ninguna vergüenza admitir que amas a ese juez desgraciado. — Abrí la boca para seguir con la pelea, pero Felipe nos salvó con un grito estridente.

— Guauuuuu, vamos a bailar... No puedo resistirme a esta canción... *you can dance, you can jive. Having the time of your life.* — La canción Dancing Queen de ABBA animó el lugar.

Todas las personas que estaban vestidas con trajes negros se lanzaron a la pista. Felipe se fue llevándome junto con Daniel. Empezamos a bailar y a beber. Cada vez que el camarero pasaba cerca de mí, no rechazaba las bebidas.

Mis amigos se sintieron libres con la marcha del juez. Pudieron dejar de hacer de mis acompañantes y estaban bailando un poco más lejos de mí. Me quedé bailando sola y observándolos mientras se besaban. Su amor era tan bonito. Yo no había nacido para ser amada.

Cerré los ojos y me moví al ritmo de la música. Solo me quedaba disfrutar del resto de la noche sola... al menos eso era lo que pensaba.



Capítulo 16

El destino dándome una bofetada en la cara

Debería haber rechazado la invitación de esa noche. Solo tenía que inventarme que no me encontraba bien o que tenía que viajar. Cuando salí del cóctel, lo mejor que podía hacer era desaparecer de allí y olvidar que Malu existía. Pero no pude.

Entré en el coche con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho al recordar el baile. Su olor impregnaba mi traje. Su mirada desafiante antes de abandonarme en medio de la canción, como si fuera desechable, todavía me molestaba.

Estaba listo para arrancar el coche cuando me di cuenta de que me había olvidado el móvil.

— Joder, Alexander, no la cagues, tío. ¿Cómo has podido olvidarte el puto móvil? — maldije entre dientes y golpeé el volante frustrado por tener que volver.

Salí del coche lleno de rabia, caminando con pasos largos e irritados por el pasillo del salón de convenciones.

En la entrada, me quedé de piedra al ver la escena que tenía delante.

Felipe y Daniel.

Besándose.

En medio del salón, sin importarles las miradas a su alrededor, los dos se entregaban al beso con una naturalidad que me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Me quedé paralizado.

Daniel. El hombre que yo creía que era el padre del hijo de Malu. La razón por la que eché a la mujer de mi vida sin dudarlo, sin siquiera darle la oportunidad de explicarse.

Mi sangre se heló en las venas y luego ardió.

— Hijo de puta... — murmuré.

La verdad me golpeó con tanta fuerza que sentí que el aire se me escapaba de los pulmones. La duda surgió rápidamente en mi pecho: ¿y si estaba embarazada de mí? Nunca usamos condones. Fuimos irresponsables todas las veces que nos acostamos.

Sacudí la cabeza de lado a lado tratando de alejar ese pensamiento. No fui un idiota ni un completo imbécil. Del mismo modo que ella se entregó a mí, podría haber hecho lo mismo con otro hombre. Sin embargo, el monstruo del «y si» comenzó a actuar rápidamente: ¿y si el hijo era mío? ¿Había destruido a Malu por un maldito error o por ego masculino?

Me quedé paralizado observándolos a los dos. Esa hipótesis acabaría con la historia que había creado y alimentado durante años sobre que el hijo era suyo.

Y entonces la vi.

Malu estaba en el centro del salón, con una copa de champán en la mano, los ojos cerrados mientras su escultural cuerpo, lleno de curvas, se movía al son de la música.

Ese vestido ajustado y provocativo se ceñía a cada centímetro de su piel. La tenue luz se reflejaba en su cabello, que caía en ondas perezosas sobre su espalda. Su boca entreabierta y sus caderas balanceándose lenta y rítmicamente eran una completa perdición.

La rabia, los celos, la frustración y una tentación arrebatadora circulaban por mi cuerpo. Malu parecía en trance. Perdida en la música. Perdida en sí misma.

No pensé.

No razoné.

Simplemente fui hacia ella.

— ¿Qué diablos estás haciendo conmigo, Malu? —mi voz sonó baja y áspera cuando le agarré el brazo.

Ella abrió los ojos y me miró con una mezcla de sorpresa y desafío.

— ¿Qué dices? ¿Estás loco?

— Tú me estás poniendo así. — Ella me observó durante unos segundos antes de volver a provocarme.

— ¿Yo? Estás equivocado, juez. Estaba disfrutando de la noche hasta que volviste y me arruinaste el momento. ¿Y por qué volviste?

— Me olvidé el móvil.

— Vaya, muy conveniente, ¿no crees? — Me pasé la lengua por los labios secos y repetí la pregunta:

— ¿Qué estás haciendo conmigo, Maria Luiza Mendonça?

— Nada contigo. Solo estoy bailando, Alexander Stéphanos

. — Las palabras salieron de sus labios con una suavidad venenosa—. ¿Tiene algún problema con eso, su señoría?

Apreté la mandíbula.

— ¿A quién le estás haciendo gala? —gruñí, apretando con los dedos la piel caliente de su brazo.

Ella sonrió.

Esa maldita sonrisa que sabía que me destrozaba por dentro.

— ¿Estás celoso, Alexander? —Su voz sonó irónica. Sus ojos brillaron, peligrosos—. Qué gracioso... Si mal no recuerdo, hace cuatro años me llamaste mentirosa, estafadora y me cerraste la puerta en las narices. ¿Ahora te molesta verme bailar sola? Explícate mejor, Meritísimo.

Me acerqué aún más. Mi cuerpo casi pegado al suyo.

— No tengo nada que explicar —mi voz sonó grave, tensa—. Pero no vas a provocarme así, fiscal.

— ¿No? —Ella ladeó la cabeza—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Vi el desafío en sus ojos. El veneno. La rabia.

E hice exactamente lo que no debía hacer.

Acerqué a Malu hacia mí, su cuerpo chocando contra el mío. Ella jadeó, con los ojos muy abiertos por un segundo, solo un segundo, antes de recuperarse.

— ¿Ahora juegas sucio, juez? —Su voz sonó baja, ronca, pero sin perder el tono burlón.

— No, Malu, pero tú quieres venganza, así que hagámoslo bien. — Mi boca rozó su oído.

— Vaya, casi me asustas, juez, pero descubrirás que después de todo lo que he pasado, ese sentimiento ya no existe en mi diccionario —dijo mirándome con esos ojos oscuros y peligrosos.

Permanecimos en un duelo silencioso entre nosotros, como si no hubiera nadie más que nosotros en la pista de baile. Después de unos segundos interminables, respiré hondo y me armé de valor para hacer la pregunta que se me atascaba en la garganta.

— Malu, ¿el niño es mío? —Ella soltó una carcajada estridente.

Entonces, sin dudarlo, me rodeó los hombros con los brazos y acercó su rostro al mío.

— Si crees que puedes interrogarme, Alexander... — Sus labios rozaron los míos ligeramente, provocándome. — Buena suerte.

Perdí el resto del juicio y la besé.

No fue un beso suave ni delicado. Fue posesivo, bruto, cargado de todo el dolor, la rabia y el deseo acumulados en los últimos años.

Malu me correspondió con la misma intensidad. Sus dedos tiraron de mi pelo, sus uñas arañando mi nuca. Me mordió el labio inferior y gemí contra su boca.

— Hija de puta... — murmuré, deslizando mi mano por la curva de su cintura y atrayéndola hacia mí.

Ella se rió, con los ojos salvajes.

— Tienes razón, señoría. Lo soy.

— Te voy a enseñar cómo se juega sucio en un interrogatorio, Malu. — La arrastré fuera del salón, ignorando las miradas y los murmullos de quienes nos vieron salir.

Me llevó menos de un minuto llevarla al baño de hombres. Por suerte, no había nadie. Cerré la puerta con llave y me abalancé sobre ella.

La empujé contra la pared, bajando las manos por el fino tirante de su vestido. Malu respondió con la misma urgencia. Me arrancó la corbata con desesperación, me quitó la chaqueta del traje y la tiró al suelo, y me desabrochó los primeros botones de la camisa.

Sus uñas afiladas recorrieron mi pecho hasta llegar a la cintura de mis pantalones, pero esa noche yo mandaba. La presioné contra la pared, sujetándole las muñecas por encima de la cabeza con una de mis manos.

— Aquí mando yo, Malu.

— No vas a domarme, Alexander.

— Ya lo veremos, doctora.

— Con mucho gusto, su señoría —dijo llena de rabia mezclada con lujuria.

Ella jadeó cuando mi boca se deslizó por su garganta hasta el escote del vestido. Mis manos recorrieron su cuerpo, tirando de la tela hacia arriba hasta sentir la piel caliente bajo mis dedos.

— Te odio, Alex —susurró.

— Lo sé —dije y rasgué el costado de su ajustado vestido.

Malu contuvo la respiración, con la mirada brillante por esa mezcla de shock y deseo.

— ¡Hijo de puta!

— Ya me lo dirás después. — La levanté, su cuerpo moldeándose al mío.

Ella gimió cuando la presioné contra la pared, con las piernas enroscadas en mi cintura.

— Te arrepentirás —me amenazó.

— Ya me arrepiento. — Hundí los dientes en su hombro y ella se arqueó, gimiendo fuerte.

Después bajé la boca hasta su pezón y lo mordisqueé, chupé y succioné. Malu gemía sin pudor. Una de mis manos exploraba su pequeña braguita. La tela estaba empapada, mostrando lo mucho que ella lo deseaba tanto como yo.

Empujé la tela a un lado y metí el dedo en su coño mojado. Fue una sensación de anticipación surrealista. Joder, cómo echaba de menos a esa mujer. No podía mentirme a mí mismo.

Volví a besar su boca con fuerza, casi haciéndole sangrar. Aún manteniéndola pegada a la pared con las piernas alrededor de

mi cintura, solté sus manos y volvimos a besarnos con todo nuestro deseo acumulado.

Durante el beso, una de mis manos se dirigió a su garganta y comencé a presionar lentamente al ritmo del beso. Como si estuviera apretándole el cuello.

Ella se agitó aún más, gimiendo entre nuestros labios. En un lapso de racionalidad, decidí alejar un poco mi boca de la suya y le di la oportunidad de parar.

— Solo tienes que decir no, Malu.

— Lo quiero, Alex.

Bastó con escuchar su permiso para meter mi polla con toda la fuerza en esa cavidad caliente y muy húmeda. Esa noche fue rápida, brutal y adictiva.

No fue amor. Fue venganza, rabia y lujuria.

Cuando terminé, estaba sin aliento, con el cuerpo de Malu aún caliente bajo el mío. Ella me empujó, con los labios hinchados y los ojos oscurecidos por el deseo.

— Nunca volverá a repetirse —dijo mientras sus pies tocaban el suelo.

Se arregló el pelo, el vestido, se sujetó la abertura que se le había abierto hasta casi el ombligo.

Sonreí satisfecho.

— Ya veremos, Malu. — Ella me miró desafiante.

Poco después se marchó, dejando solo su aroma, el recuerdo de su piel caliente bajo la mía...

Y la certeza de que estaba jodido.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 17

Fin de la noche

El silencio de la madrugada parecía resonar en las paredes mientras llenaba el vaso con agua.

La cocina estaba a oscuras, solo la luz de la nevera iluminaba la estancia. Mis manos aún temblaban. Tenía los labios hinchados, el cuerpo dolorido, y no era por el cansancio. Era él.

Alexander Maldito Stéphanos.

Bebí el agua de un trago, tratando de borrar su sabor de mis labios. Pero no era tan fácil. Él estaba en mí, impregnado en mi piel, en mis músculos tensos, en mi respiración entrecortada. En el niño que dormía en la habitación.

— Te odio, Alexander. Entonces, ¿por qué demonios te sientes así?

— ¿Ya puedes hablar sola, amiga? — Me asusté al ver a Fernanda en pijama con la cara marcada por el sueño.

— ¿El pequeño te ha dado trabajo?

Se dejó caer en la banqueta de la barra americana, frotándose los ojos hinchados.

— ¿El angelito? Ni hablar. Ha dormido como un tronco —dijo con voz ronca—. Ahora tú... — Levantó una ceja y entrecerró los ojos mientras me miraba—. No parece que hayas dormido.

Me volví hacia el fregadero, sin sostener su penetrante mirada.

— Solo estoy cansada. Llegué hace unos veinte minutos.

— ¿Y cómo estuvo la noche de la homenajeada?

— Bien. Nada del otro día. Lo de siempre.

— Ajá. — Apoyó el codo en la encimera, con la cara sostenida por la mano—. Entonces, ¿qué pasó con el vestido roto? ¿Una batalla con la cremallera?

Resoplé y me llevé el vaso a la boca.

— No fue nada.

— Ah, claro. Porque tú siempre vuelves de un evento importante con el vestido roto por un lado y marcas de besos en el cuello. — Automáticamente me llevé la mano al cuello. Infierno.

— No ha pasado nada, Fernanda.

— ¿De verdad? — soltó una risita burlona—. Porque a mí me parece que has tenido una noche muy... intensa.

Me apoyé en la barra, sintiendo el peso de su mirada sobre mí.

— No pasó nada de lo que debas preocuparte.

— Lo preocupante es que creas que me voy a tragar esa mierda. — Fernanda descruzó los brazos e inclinándose hacia mí. — Estuviste con él, ¿verdad?

Apreté la mandíbula.

— No quiero hablar de eso.

— Te acostaste con Alexander. — Cerré los ojos. Respiré hondo.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? —Se levantó, golpeando la encimera con las manos—. Llevas años huyendo de él. Lloraste durante meses cuando te humilló y te llamó mentirosa. ¿Y ahora qué? ¿Has decidido acostarte con él para vengarte?

La miré fijamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

— Solo fue sexo. — Fernanda arqueó las cejas.

— Ah, claro. Porque el sexo con un hombre como Alexander siempre es «solo sexo», ¿no? — Apreté el vaso con fuerza.

— No soy idiota. Sé exactamente lo que hice.

— Crees que lo sabes. — Fernanda cruzó los brazos—. Pero, Malu, estás jugando con fuego. Él no es cualquier hombre. Esto es un duelo de gigantes, y tú sabes quién va a salir herida de esta historia.

— ¡No siento nada por él! —prácticamente grité.

Fernanda sonrió, esa sonrisa irritante de quien ya sabe la verdad incluso antes de que tú la admitas.

— ¿Lo jures? Entonces, ¿por qué estás tan nerviosa?

— ¡Porque me irrita! — solté, sintiendo que se me oprimía el pecho—. ¡Porque me destrozó una vez y ahora cree que puede volver y tenerme así, sin más!

— ¿Y crees que él no va a intentar descubrir la verdad? — dijo Fernanda, bajando el tono de voz.

Me quedé paralizada.

— ¿Qué verdad?

— Sabes perfectamente a qué verdad me refiero. — Mi corazón se aceleró.

— Él no lo sabe. No sospecha nada.

— Todavía. — Fernanda se acercó, con los ojos oscurecidos —. ¿Pero crees que Alexander, juez, uno de los hombres más poderosos del país, no tiene forma de descubrirlo? — Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

— No lo hará...

— ¿Estás segura? —Me interrumpió, con la voz afilada como una navaja—. Porque yo no estaría tan segura. Si decide investigar, puede acceder a todo. Análisis de sangre, historial médico...

— Él no haría eso.

— Ya ha hecho cosas peores —dijo Fernanda con brutal sinceridad—. Y tú sabes que no acepta perder.

Me llevé la mano a la boca, con el cuerpo empezando a temblar.

— Mierda...

— Si descubre que tu hijo es suyo... — continuó Fernanda sin piedad —, te llevará a los tribunales. Tendrás un maldito ejército de abogados. Te destruirá.

— ¡Él no haría eso!

— Te llamó mentirosa. Te humilló. Te echó de su vida como si fueras basura. ¿Y ahora confías en que no lo haría?

Hundí la cara entre las manos. La sensación de desesperación comenzaba a apoderarse de mí.

— No sé qué hacer... — Fernanda se acercó y me tocó el brazo con su mano cálida.

— Tienes que decidir qué quieres, Malu. Porque, si él se entera... — Respiró hondo—. Puede que sea demasiado tarde para impedirlo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

— Yo... yo no quería que esto pasara. Solo quiero que sufra un poco. — Fernanda me sujetó la cara, obligándome a mirarla.

— Entonces tienes que parar ahora. Antes de que sea demasiado tarde. — Negué con la cabeza, con una lágrima resbalándome por la mejilla.

— No puedo. — Mi voz se quebró—. No puedo resistirme a él.

— Entonces prepárate para lo peor. Porque Alexander no juega para perder. — Dejé caer mi cuerpo sobre la encimera, sintiendo cómo las lágrimas corrían por mi rostro.

— Fê, estaba celoso de Daniel y Felipe. Incluso preguntó si éramos un trío. — Mi amiga abrió mucho los ojos y se echó a reír.

— ¿En serio? ¿No sabe que los dos son pareja?

— Creo que no.

— Entonces mantén esa idea en su cabeza. Es tu única salida. De repente, sembrar la duda sobre la paternidad de mi ahijado.

— ¿Cómo? Mateus es igualito a él. — Volví a llorar. Estaba tan cansada.

Fernanda se quedó en silencio, solo acariciándome el pelo mientras yo intentaba calmar la respiración.

— ¿Y si se entera, Fê? —susurré.

— Entonces luchas —dijo Fernanda con fría determinación—. Y haces que se arrepienta de haberte subestimado otra vez.

Cerré los ojos, con el sabor amargo del miedo en la boca.

Alexander no podía descubrirlo.

No podía perder a mi hijo.



Capítulo 18

Dos semanas después

No la había vuelto a ver desde la noche del homenaje. Era increíble que nunca nos encontráramos por los pasillos del juzgado. Trabajábamos en el mismo sitio y nunca nos cruzábamos. Tenía la sensación de que el destino estaba en mi contra.

Esa mañana era la primera audiencia del caso de malversación de fondos públicos.

La sala del jurado estaba en completo silencio.

Sentía el peso del aire, el nerviosismo palpable entre los abogados y las partes implicadas. Quería alargar el caso todo lo posible, pero había oído en los pasillos del tribunal que la fiscal trabajaba muchas horas para que todo se resolviera el primer día.

Ella era el tema del momento en el tribunal. Algunos la desacreditaban por su juventud, otros por puro machismo. El

patriarcado era el causante de nuestro sistema prejuicioso, cruel e incluso criminal hacia las mujeres.

El proceso que estaba a punto de juzgar no era un caso cualquiera, se trataba de uno de los mayores escándalos de malversación de fondos públicos del estado, en el que estaba involucrado uno de los bufetes de abogados más prestigiosos del país.

Y al frente de la acusación, con el cuerpo erguido, la mirada fría y una postura impecable, estaba ella.

La fiscal Maria Luiza Mendonça.

O simplemente Malu para mí.

Llevaba un traje azul marino ajustado al cuerpo. El pelo recogido en un moño firme, las gafas de montura fina sobre la nariz. El rostro inexpresivo, profesional al extremo.

Si no la conociera tan bien, podría incluso creer que era indiferente a lo que estaba a punto de suceder. Pero yo lo sabía. Veía el brillo en sus ojos. Era el típico de alguien que está a punto de atacar.

— ¿Podemos comenzar, señor juez? — La voz del abogado defensor resonó en la sala.

Levanté la vista y me ajusté las gafas sobre la nariz.

— Señoras y señores, daremos inicio a la audiencia de instrucción y juicio relativa al proceso número veinte mil cuatrocientos ochenta y siete de dos mil veinticinco, que trata de malversación de fondos públicos y corrupción activa y pasiva, con denuncia presentada por el Ministerio Público Estatal. —Mi voz resonó en la sala—. Fiscalía, ¿están listos para continuar?

— Sí, Su Señoría —dijo Malu con voz firme y segura.

— ¿La defensa?

— Listos, Su Señoría. — El abogado defensor, André Silveira, se levantó, ajustándose la corbata roja.

— Presente sus alegaciones iniciales, doctor Silveira. — Hice un gesto con la mano.

Caminó hasta el centro de la sala con una sonrisa calculada en los labios.

— Meritísimo, señoras y señores, lo que tenemos aquí es un malentendido. Mi cliente, el señor Álvaro Neves, es un profesional ejemplar, con más de treinta años de impecable trayectoria en el ejercicio de la abogacía. Ha sido injustamente implicado en este caso por una serie de fallos procesales y testimoniales, y hoy, en esta sala, vamos a demostrar que las acusaciones contra él no son más que conjeturas sin fundamento.

Observé a Malu desde mi asiento. Permaneció impasible, sin mover un músculo.

— Fiscalía, sus alegaciones iniciales. — Asentí ligeramente con la cabeza.

Malu se levantó y caminó con pasos controlados hasta el centro de la sala. Se quitó los anteojos con calma, sosteniéndolos entre los dedos mientras me miraba directamente, o tal vez a través de mí.

— Su Señoría, lo que tenemos aquí no es un simple malentendido. — Su voz era baja, fría y absolutamente segura—. El señor Álvaro Neves, en su calidad de socio mayoritario del bufete Neves & Associados, está directamente involucrado en un plan de desvío de fondos públicos que ha supuesto un perjuicio de más de veinticinco millones de reales a las arcas públicas. Tenemos pruebas documentales, registros bancarios, testigos y, lo que es más importante, confesiones de personas directamente implicadas que señalan al acusado como el autor intelectual y beneficiario de este plan.

Se detuvo un segundo, dejando que el impacto de sus palabras se extendiera por la sala.

— Hoy presentaremos esas pruebas. Y al final de esta audiencia, la fiscalía no tendrá ninguna duda de que el señor Álvaro

Neves es culpable. — Malu regresó a su asiento sin prisa, sin siquiera mirar al abogado defensor.

Me acomodé en la silla.

— ¿La fiscalía desea escuchar al primer testigo? — Malu se levantó de nuevo.

— Sí, Su Señoría. Me gustaría llamar al estrado al señor Eduardo Martins, exdirector financiero del bufete Neves & Associados.

Eduardo Martins se dirigió al estrado con evidente incomodidad. Parecía nervioso, jugueteando con los puños de la camisa mientras prestaba juramento.

— Señor Martins —comenzó Malu, con voz tranquila—, ¿puede confirmar su cargo en el bufete Neves & Associados durante el periodo comprendido entre los años dos mil veintidós y dos mil veinticuatro?

— Sí —respondió con voz ligeramente temblorosa.

— ¿Era usted consciente de movimientos financieros irregulares durante ese periodo?

— Yo... no estaba seguro. — Malu entrecerró los ojos, manteniendo un tono de voz tranquilo, pero incisivo.

— Pero usted firmó los documentos que autorizaron esas transferencias, ¿verdad? — Eduardo respiró hondo.

— Sí...

— A cuentas a nombre de terceros, con origen en contratos públicos, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Quién le autorizó a realizar esas transferencias? — Eduardo se quedó en silencio, con el rostro empezando a sudar.

— Señor Martins —Malu se inclinó ligeramente hacia delante —, voy a repetir la pregunta. ¿Quién le autorizó a realizar esas transferencias?

Él miró al suelo.

— El doctor Álvaro. — Un murmullo recorrió la sala.

Golpeé el martillo.

— Orden en la sala. — Malu permaneció inmóvil, con la mirada fija en el testigo.

— ¿Y por qué no lo denunció antes?

— Porque él... él amenazó con despedirme. Dijo que destruiría mi carrera. — Malu cruzó los brazos, con los ojos afilados como cuchillas.

— Entonces, ¿está confirmando, bajo juramento, que el acusado Álvaro Neves fue el autor intelectual del desvío de fondos? — Eduardo cerró los ojos.

— Sí.

— Nada más, Su Señoría. — dijo Malu, volviendo a su asiento con la expresión de quien ya sabía que había ganado.

André Silveira se levantó de inmediato.

— Excelencia, quisiera impugnar el testimonio del testigo. Está claro que el señor Martins está bajo presión de la fiscalía y...

— Denegada —lo interrumpí—. El testigo ha confirmado, bajo juramento, la implicación directa del acusado. El testimonio será admitido en acta.

El abogado defensor respiró hondo, con los labios tensos.

— Su Señoría, solicito un receso para que la defensa pueda reevaluar la línea de interrogatorio.

Miré a Malu. Ni siquiera movió un músculo.

— Se concede un receso de quince minutos —dije golpeando el martillo.

Los murmullos volvieron a la sala. El abogado defensor se alejó, mientras Malu recogía sus notas.

— Fiscal Mendonça. — Ella levantó los ojos hacia mí, con ese brillo peligroso aún presente en ellos.

— ¿Su Señoría?

— Buen trabajo. — Arqueó una ceja.

— Solo he empezado, señor. — Sonrió levemente, se dio la vuelta y salió de la sala, con el tacone de sus zapatos resonando en el pasillo.

Y yo me quedé allí, observando cómo se cerraba la puerta, sintiendo esa incómoda sensación que crecía en mi pecho.

Malu tenía el control.

Y eso me asustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 19

Primera victoria

Sentía el peso de las miradas sobre mí mientras me ajustaba las gafas y analizaba las notas de mi carpeta. La sala del tribunal estaba tensa. Demasiado silenciosa.

Las paredes de madera oscura, los bancos alineados, el ruido lejano de los tacones contra el suelo pulido, todo contribuía al ambiente pesado de aquel juicio.

Al otro lado de la sala, André Silveira, el abogado defensor, mantenía una sonrisa presuntuosa en los labios mientras se ajustaba la corbata. Creía que tenía una oportunidad. Que el juego estaba equilibrado.

No tenía ni idea de lo que se avecinaba.

Levanté la cara y mis ojos se cruzaron con los de Alexander, en el centro de la sala. Estaba en su sitio, con el rostro impasible, las

manos entrelazadas sobre la mesa y el traje perfectamente ajustado al cuerpo.

Pero lo que me molestaba no era su postura rígida de juez, sino su mirada. Sus ojos oscuros no perdían ni uno solo de mis movimientos. Demasiado concentrados. Como si pudiera ver a través de mí.

Me levanté, respiré hondo y comencé decidida a ganar ese caso.

— Meritísimo, me gustaría escuchar al siguiente testigo. — Alexander me miró fijamente durante un segundo antes de decir:

— Concedido. Fiscalía, puede llamar al testigo.

— Llamo al estrado al señor Carlos Soares, contable de la oficina Neves & Associados.

El hombre entró vacilante, con los hombros tensos y la mirada baja mientras se dirigía al estrado de los testigos. El alguacil le pidió que jurara decir la verdad, y Carlos asintió con un breve movimiento de cabeza.

Me acerqué con calma, sosteniendo la carpeta abierta en mis manos.

— Señor Soares, usted era responsable de las transacciones bancarias entre la oficina y las cuentas a nombre de terceros. ¿Es eso correcto?

— Sí... —respondió con voz vacilante.

— ¿Puede describir al tribunal cómo se realizaban esas transacciones? — Se aclaró la garganta.

— Yo... yo recibía las órdenes directamente del doctor Álvaro. Él decía que eran transferencias para cubrir gastos de clientes...

— ¿Y usted revisaba los contratos para confirmar esos gastos?

— No, señora...

— Entonces, ¿solo confiaba en la palabra del doctor Álvaro?

— ¡Objeción! — André Silveira se levantó de inmediato—. Coacción al testigo.

— Denegada —dijo Alexander con voz baja y firme—. La fiscalía puede continuar.

— Señor Soares —me acerqué un poco más—, ¿es usted consciente de que esas transferencias ascendieron a un total de veinticinco millones de reales en dos años?

Carlos respiró hondo, con las manos sudorosas sobre el banco.

— Sí...

— ¿Y sabía usted que esas cuentas pertenecían a empresas fantasma? — El hombre se puso pálido, como si fuera a desmayarse en cualquier momento.

— Yo... yo sospechaba...

— Entonces, ¿admite que participó activamente en el desvío de fondos públicos?

— ¡Objeción! —gritó André Silveira—. ¡Conclusivo!

— Denegada —respondió Alexander sin pestañear.

Carlos se quedó callado por un segundo. Luego, negó con la cabeza.

— Solo seguía órdenes...

— ¿Órdenes de quién? —lo presioné con voz incisiva.

Tragó saliva.

— Álvaro Neves. — Un murmullo recorrió la sala.

Me alejé, ajustándome las gafas sobre la nariz, y le dediqué una sutil sonrisa a mi colega abogado defensor.

— Nada más, Su Señoría. — Carlos salió con los hombros caídos.

— ¿La defensa desea interrogar al testigo? —preguntó Alexander.

— No, Su Señoría —respondió Silveira con los dientes apretados.

— ¿Siguiente testigo? — Alexander me miró directamente a los ojos.

Levanté la barbilla.

— Llamo al estrado a la señora Adriana Monteiro, secretaria del bufete Neves & Associados.

Adriana entró en la sala, el tacón fino de sus zapatos resonaba en el suelo. Se sentó en la tribuna, se arregló el largo cabello y respiró hondo. Me acerqué.

Me miró a los ojos como si pudiera desafiarme. Era increíble cómo las mujeres podían ser mucho más fuertes en momentos como ese. Ninguno de los hombres se atrevió a mirarme, pero allí estaba la señorita Adriana mirándome como si pudiera inhibirme.

— Señora Monteiro, ¿trabajaba usted directamente con el señor Álvaro Neves?

— Sí.

— ¿Era usted la responsable de organizar los contratos y las autorizaciones de transferencia?

— Sí —dijo con tono cínico.

Hice una pausa de unos segundos mirándola como si fuera un águila lista para atacar.

— ¿Y puede confirmar que el señor Álvaro firmaba esas autorizaciones personalmente?

Por primera vez, ella dudó.

— Yo... no lo sé con certeza...

— ¿Cómo que no lo sabe? — entrecerré los ojos.

André Silveira se levantó de inmediato.

— ¡Protesto! ¡La testigo está claramente confundida y bajo presión!

— Denegada —dijo Alexander, sin apartar la mirada de mí—. Responda a la fiscalía, señora Monteiro. Y recuerde: está bajo juramento.

— Yo... creo que sí... sí, firmaba.

— ¡Objeción! —gritó André Silveira—. ¡Eso es inducir al testigo, Su Señoría!

— Denegada —dijo Alexander con un tono más severo—. ¿Quiere cambiarse de lugar conmigo, abogado?

Alex habló en un tono tan amenazador que, por unos segundos, me sentí muy excitada.

Joder, Malu, concéntrate, joder.

Respiré lentamente y me acerqué aún más a Adriana.

— ¿Y usted puede confirmar que el señor Álvaro orientaba directamente el destino de esos fondos a cuentas vinculadas a él? — Adriana cerró los ojos.

— Sí.

Abrí mi carpeta y saqué un documento plastificado.

— Esta es una copia autenticada del contrato de prestación de servicios, firmado por el señor Álvaro Neves, en el que autoriza el pago directo a empresas fantasma. El documento fue obtenido directamente de los archivos del banco. — André Silveira dio un salto en la silla, casi tirándola.

— ¡Protesto! ¡Esa prueba ha sido obtenida de forma ilícita!

— Denegada —dijo Alexander de inmediato—. La prueba es legítima y admisible en el expediente.

André Silveira se sentó resoplando de rabia.

— Nada más, Su Señoría. — Volví a mi asiento con una leve sonrisa en los labios.

Alexander respiró hondo.

— Considerando las pruebas presentadas y los testimonios de los testigos, el tribunal concederá un receso de dos días para las consideraciones finales.

Todos salimos de la audiencia en silencio. Daniel me había invitado a almorzar con él y me estaba esperando en la puerta del juzgado. En cuanto me vio, me dedicó una hermosa sonrisa. Mi amigo era un hombre maravilloso.

Se acercó a mí, me dio un abrazo, un beso y me quitó el maletín de la mano.

— ¿Qué tal, fiscal? ¿Vamos a comer comida árabe?

— Vaya, me apetece mucho. Me encanta. — Sonrió con aire convencido.

— Sé lo que te gusta, prima.

Caminamos hacia el coche y, nada más entrar, empezó a interrogarme.

— ¿Ya atacaste a los pobres desgraciados que están en tu caso? — Me reí.

— Ya, como si fuera posible. No hay ningún pobre en el proceso, solo un montón de gente corrupta que pensó que desviar veinticinco millones quedaría impune.

— ¡Vaya! Un buen dinerito. ¿Cuándo será la próxima audiencia?

— Dentro de dos días.

— Hum, ya veo. ¿Y cómo están la fiscal y el juez en el mismo ambiente? — Me reí, porque sabía que quería llegar a ese tema.

— Normal. Un juez y una colega de la fiscalía trabajando en un caso.

— Ahhhhh, claro. Todo normal en la tierra de Malu y Alex. — Él se echó a reír y yo le di un golpecito en el brazo.

Apenas entramos en el coche, él cogió el móvil.

— Mira, vosotros dos sois el tema del momento. — No me lo podía creer cuando vi nuestra foto uno al lado del otro.

Lo peor era el título del artículo.

El abogado defensor insinúa que el juez Alexander Stéphanos está facilitando el proceso a su colega de la fiscalía. ¿Tenemos aquí una pareja en ciernes en los pasillos del tribunal?

— Hijo de puta. ¿No sabes perder?

— Bueno, échale un vistazo a los comentarios.

Empecé a pasar el dedo por la pantalla y me asusté al ver tanta gente ociosa en el mundo.

«Banda de machos escrotos, no pueden ver a una mujer en el poder».

«Solo porque la mujer es guapa, la gente empieza a decir que se está acostando con alguien».

«Esa mujer debe ser comunista. El bufete del doctor Álvaro es uno de los mejores despachos de abogados de la ciudad».

«Las mujeres tienen que quedarse en casa. La justicia es cosa de hombres».

«El ambiente entre ellos parece realmente lleno de tensión sexual».

«Es por culpa de estas zorras que Brasil está así».

«Es culpa de la ley Maria da Penha, que ha dado moral a las mujeres».

«Apuesto a que sedujo al juez para salirse con la suya. Tiene cara de esas».

Dejé de mirar el móvil con el corazón a punto de salírseme del pecho.

— Dios mío, ¿hasta cuándo nos tratarán así a las mujeres?

— No le des importancia, Malu. No quería enseñártelo, pero pensé que era importante que lo supieras.

— ¿En mi primer caso y con toda esta repercusión negativa? Dani, yo no soy la acusada en este caso. Todavía hay gente defendiendo a Álvaro.

— Malu, no te aferres a eso. Internet es tierra de nadie. La gente se vuelve valiente cuando está protegida por pantallas.

— Lo que más me entristece es la falta de apoyo de las propias mujeres.

— Prima, eres muy inteligente y sabes que el sistema patriarcal ha hecho esto. Somos un pueblo colonizado por los hombres europeos.

— Es verdad, tienes razón. — Me puso la mano en la pierna y me dio un ligero apretón en señal de cariño.

— No dejes que los comentarios de gente que no tiene pensamiento crítico arruinen nuestra comida árabe. — Respiré hondo, estiré el cuello y asentí con la cabeza.

El almuerzo con mi primo me salvó el día. Dani tenía el don de hacerme reír y olvidarme del caos que se estaba gestando en mi mente y en mi corazón.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 20

Dos días después

El momento más esperado de mi primer caso como fiscal amaneció nublado y frío. Me puse un abrigo negro sobre un vestido ajustado de color terracota y completé el look con unos zapatos de tacón del mismo color.

Comenzamos con una petición impredecible del abogado.

— Meritísimo —comenzó André Silveira—. La defensa alega que no hay pruebas suficientes para confirmar la implicación directa del señor Álvaro Neves. Solicitamos que el tribunal descarte los testimonios de los testigos debido a la presión ejercida por la fiscalía...

— Solicitud denegada, señor abogado —dijo Alexander, interrumpiéndole—. ¿Desea hacer sus consideraciones finales?

— Sí, Su Señoría —El hombre se levantó, me miró con desprecio y comenzó su discurso—. Mi cliente es un empresario idóneo, con una carrera jurídica intachable, y en este caso ha sido profundamente menospreciado por la Fiscalía. Los testigos fueron coaccionados y, en muchas ocasiones, se hizo patente su incomodidad ante la contundente conducta de la Fiscalía. No se pueden borrar veinte años de servicio a la sociedad. No hay ni una sola mancha en la conducta de mi cliente. Por ello, reafirmo mi convicción de que mi cliente es inocente, Su Señoría.

— Fiscalía, es su turno para presentar sus consideraciones finales. — Me levanté llena de seguridad y me dirigí a mi colega de la defensa.

— Su Señoría, la Fiscalía ha presentado pruebas documentales, declaraciones juradas y registros bancarios que demuestran la participación directa del acusado en el desvío de fondos públicos. El noble colega alega que la carrera del señor Álvaro es intachable. Muy bien, puede que todo eso sea cierto, pero dejó de serlo cuando se registraron los desvíos de fondos públicos. La ley debe ser igual para todos los ciudadanos. Por lo tanto, la fiscalía confía en la condena del cliente y en la devolución de todo lo que ha costado al erario público, Su Señoría.

Alexander se ajustó las gafas.

— Tras analizar todas las piezas del proceso, el tribunal condena al acusado Álvaro Neves a la devolución íntegra de los fondos desviados, con intereses y recargo. El acusado también cumplirá dos años de pena alternativa como profesor de ciudadanía en el Colegio Estatal. — Se levanta la sesión.

Al final de la audiencia, Alexander se acercó a mí.

— Fiscal Mendonça, ¿podría acompañarme a mi despacho? — Lo seguí con el corazón acelerado.

Cuando se cerró la puerta, se apoyó en la mesa, con los ojos oscuros fijos en mí.

— Excelente trabajo —dijo en voz baja.

— Solo mi deber, pero gracias —respondí secamente.

— Malu. —Se acercó—. ¿Es mi hijo?

Sentí que se me cortaba la respiración. Esperaba cualquier pregunta, menos esa.

— ¿Hijo? ¿Tu hijo? No lo conozco.

— Malu, quiero la verdad —dijo con voz baja y peligrosa.

Lo miré fijamente, tratando de no mostrar debilidad.

— ¿Y si lo es? —Sus ojos brillaron—. No estoy afirmando que lo sea, solo especulando.

— Entonces, querida... acabas de crear un problema mucho mayor. — Se me revolvió el estómago, tragué saliva y mantuve la postura.

Me quedé quieta, con el corazón latiendo tan fuerte que parecía resonar dentro de mi pecho. Alexander estaba frente a mí, con su cuerpo alto y rígido apoyado en la mesa de madera oscura. La habitación estaba en silencio, iluminada solo por el tenue brillo de las luces empotradas en el techo.

Sus ojos estaban clavados en los míos. Intensos, peligrosos.

— ¿Algún problema? —Logré mantener la voz fría y controlada.

— Sí. — Descruzó los brazos y dio un paso hacia mí, con las manos metidas en los bolsillos del traje—. Porque si el hijo es mío... eso lo cambia todo.

Apreté los puños, sintiendo cómo el calor subía por mi cuerpo.

— Te equivocas, Alexander, no cambia nada. — Se rió entre dientes, sin humor, pasándose la mano por la barbilla.

— ¿De verdad te lo crees, Malu? ¿Que eso no cambia nada? — Lo miré con frialdad.

— No solo lo creo, estoy segura. No puedes volver después de todos estos años y... ¿qué? ¿Reescribir la historia?

Alexander respiró hondo y se pasó la mano por el pelo con aire cansado. Cuando levantó los ojos hacia mí, su mirada era más suave. Menos dura.

— No quería que las cosas acabaran así, Malu.

— Aun así terminaron. — Mi voz sonó cortante.

Me estudió durante un segundo, sus ojos oscuros recorriendo mi rostro como si buscaran alguna grieta en mi fachada.

— He pensado en ti todos estos años. — Su voz sonó baja, casi un susurro—. Más veces de las que debería admitir.

Me reí sin humor.

— Ah, por favor...

— Es verdad. — Dio un paso más—. Me pregunté tantas veces cómo habría sido si te hubiera creído. Si te hubiera escuchado en lugar de...

— ¿En lugar de echarme de tu vida como si fuera una aprovechada cualquiera? — Crucé los brazos—. ¿Quieres un premio por eso, Alexander?

Él cerró los ojos por un segundo.

— Me equivoqué.

— Te equivocaste mucho. — Di un paso adelante, con el pecho subiendo y bajando—. Pero no intentes justificar tu acto, porque tu tiempo se acabó hace cuatro años.

— Pensé que era de Daniel. — Abrió los ojos, con una mirada vulnerable y sombría al mismo tiempo.

Mi respiración era entrecortada y mi pecho subía y bajaba rápidamente. Abrí y cerré la boca varias veces. Era increíble escuchar eso.

— ¿De dónde lo sacaste? Nunca me habías visto con él. — Alexander bajó la cabeza, dejando que un mechón de su flequillo cayera sobre su frente.

— Os vi abrazados en el mismo lugar donde tú y yo nos conocimos.

— ¿Cómo que besándose?

— Estaba en el bar, hablando con el camarero. Volví a ese lugar con la esperanza de volver a verte. Y cuando miré hacia la pista de baile, lo vi acercándose a ti. — Me acordé de la noche en que Daniel regresó a Brasil.

— Es mi primo, Alexander. — Dejó de hablar, abrió mucho los ojos y, acto seguido, se frotó la frente.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 21

El comienzo de una guerra

Cerré los ojos sin poder creer lo que estaba pasando. Cuando Alexander me llamó para hablar, nunca imaginé que llegaríamos a ese tema.

Quería salir corriendo, pero mis pies estaban clavados en el suelo.

— Yo no lo sabía, y entonces apareciste embarazada... — Apreté la mandíbula, con la sangre pulsando con fuerza en mis oídos.

— Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarte... — Se frotó la cara con la mano, con el cuerpo tenso.

— ¿Crees que fue fácil para mí? —Su voz subió un tono—. Te vi con él. Apenas nos conocíamos. Y ya habíamos tenido sexo...

— Y sacaste tus propias conclusiones machistas, ¿no? Debiste pensar: si se acostó conmigo sin condón, se acostará con

otros... ¿no es así?

— Nos conocíamos desde hacía poco, Malu. —Gritó—. ¿Tan difícil te resulta entenderme?

Me reí con sorna y negué con la cabeza, incrédula ante todo lo que estaba pasando.

— Diálogo, Alex. Una conversación civilizada. Respeto. Los dos éramos adultos, todo fue consensuado.

— No entiendes lo difícil que es para nosotros los hombres... — Lo interrumpí aplaudiéndolo.

— Claro. Pobres hombres. Seducidos por nosotras, las brujas que los engañamos. La maldita Eva que mordió la manzana... Vete a la mierda, Alex.

— Estás cambiando mis palabras. Yo no he dicho eso.

— Ahhhh, es verdad. Solo dije que es difícil para ustedes asumir su participación en un polvo, ¿no?

— Malu, estoy tratando de explicarme... — No le dejé continuar.

— Demasiado tarde, Alex. Estamos en pleno siglo XXI y vosotros seguís con esa idea de que las mujeres deben ser castas.

— Malu, déjame hablar. Entiendo que me equivoqué. ¿Puedes escucharme? — Respiré profundamente por la nariz.

Me dolía la garganta de tanto contener las ganas de llorar.

— ¿Tan difícil era hablar conmigo ese día? ¿Sin humillarme? ¿Sin pensar que soy una puta solo porque me acosté contigo sin usar un maldito condón? Estábamos en la misma onda... nosotros... — No pude contener las lágrimas y empezaron a correr por mi rostro.

— Sé que fui un idiota. No quería creerlo. No estoy tratando de minimizar mi error, Malu, pero mi vida con las mujeres antes de conocerte era una mierda. — Lo miré fijamente, con la rabia y el dolor subiéndome por el pecho como fuego.

— Me has destrozado, Alexander. — Mi voz sonó baja, fría—. Me llamaste estafadora, me echaste de tu despacho. ¿Y ahora quieres que lo olvide todo porque te has dado cuenta de que te has equivocado?

Dio un paso más, quedándose tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

— Nunca te olvidé, Malu. No ha pasado un solo día sin pensar en ti. — Su voz sonaba ronca—. Por Dios, lo intenté. Pero tú... tú te quedaste aquí. — Se tocó el pecho, sobre el corazón—. Todos estos años hice todo lo posible por olvidarte, pero ninguna otra mujer era tú.

Mi corazón se aceleró, el aire atrapado en mis pulmones me hacía sentir dolor.

— ¿Y qué quieres que haga con eso?

— Dame una oportunidad. — Me reí, sin creerlo.

— ¿Una oportunidad? ¿Después de todo lo que has hecho? ¿Después de hacerme criar a mi hijo sola? — Se quedó en silencio, con los ojos brillando con un fuego oscuro.

— Tengo derecho a formar parte de su vida. — Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

— No. — Mi voz sonó temblorosa—. De ninguna manera permitiré que te acerques a Mateus y le confundas la cabeza a mi hijo.

Él entrecerró los ojos.

— Nuestro hijo...

— Es muy fácil para ti, ¿no?

— No, Malu, no es fácil... Joder, ¿por qué no intentas entenderme?

— Si no tuviera a mi primo, a tu marido y a mi amiga, probablemente no estaría aquí. Son la única familia que Mateus conoce.

— Lo siento mucho, Malu. — La rabia me cegaba, a pesar de sentir el pesar en su voz. — Imagino que ha sido muy difícil, pero eso no cambia el hecho de que es mi hijo.

— No es tuyo, ¿entiendes? Yo lo parí, lo crié, lo cuidé. Estuve con él cada maldita noche que tuvo fiebre. Estuve allí cuando dio sus primeros pasos, cuando se cayó de la bicicleta. Yo. No tú —dije golpeándome el pecho con la mano cerrada.

— Porque tú me mantuviste alejado —gruñó—. Porque no insististe.

— ¿Que no insistí? —grité—. Estás loco. ¡Nunca me diste la oportunidad de decir la verdad!

Se quedó inmóvil durante un segundo. Luego, sus ojos se oscurecieron.

— Voy a luchar por él, Malu.

— ¿Y si no te lo permito? —Alexander dio un paso adelante, deslizando las manos hacia los bolsillos.

— Conoces la ley tan bien como yo, Malu. Puedo iniciar un proceso de investigación de paternidad. Pedir una prueba de ADN. — Se me hizo un nudo en la garganta.

— No lo harías.

— Sí que lo harías. — Acercó su rostro al mío, con la boca a pocos centímetros de la mía. — Haría cualquier cosa por tener a mi hijo y a su madre conmigo.

— Dios mío, eso solo puede ser una locura. Una pesadilla.

— Es la realidad. — Sus ojos brillaban con una intensidad peligrosa—. No voy a perderos dos veces.

— Alexander... — Mi voz sonó débil.

Levantó la mano y me sujetó la barbilla con delicadeza.

— Puedes odiarme. Pero sabes que tengo razón. — Aparté la cara con el pecho subiendo y bajando rápidamente.

— No dejaré que le hagas daño. — Sonrió de lado, una sonrisa sombría.

— Nunca haría daño a mi hijo.

— ¿Y yo? —Mi voz sonó temblorosa—. ¿Crees que ya no me has hecho suficiente daño? —Me miró durante un segundo, y la sonrisa desapareció.

— Solo quiero la verdad.

— ¿Y si la verdad me destruye? —Se acercó, con la mirada sombría y afilada.

— Estoy dispuesto a arriesgarme. — Sentí que mi corazón se aceleraba, las lágrimas volvían a correr por mi rostro como un torrente.

— ¿Y si yo no lo estoy? — Bajó la cara hasta que su nariz rozó la mía.

— Entonces estás a punto de descubrir lo que pasa cuando realmente quiero algo, Malu.

— Y tú quieres destruirme, ¿verdad? —Me miró a los ojos.

— No. — La palabra salió baja, cargada de intención. — Te quiero a ti. Y quiero a mi hijo. Juntos.

Me alejé de él, con el pecho subiendo y bajando.

— Eso no va a pasar.

— Ya lo veremos. — Me di la vuelta y salí de la habitación, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas podía respirar.

Pero sabía que hablaba en serio.

Y eso... eso me aterrorizaba.



Capítulo 22

No voy a renunciar a ellos

Malu salió del despacho muy alterada, dejándome con un sabor amargo en la boca. ¡Qué tonto fui! ¡Dios mío!

El sonido de sus tacones resonando por el pasillo quedó grabado en mi mente como un disparo de alarma: ella me odiaba. Destruí cualquier posibilidad de reconquistarla cuando la amenacé con la paternidad.

Me quedé allí, parado, sintiendo el vacío que ella había dejado en el ambiente. Malu tenía ese poder: llegar y marcharse dejando tras de sí una tormenta que lo arrasaba todo a su paso.

Su olor aún flotaba en el aire. Una mezcla de ira, perfume caro y el antiguo dolor que le causé. Apoyé las dos manos en la mesa, el cuerpo inclinado hacia adelante, los ojos fijos en la puerta cerrada. El corazón latía con fuerza en mi pecho como si intentara salir.

—Mateus, hijo mío.

Solté un taco ronco y golpeé la mesa con fuerza. La madera tembló, pero no tanto como lo que sentía por dentro. Era como si me hubieran quitado una venda de los ojos y lo que veía era insoportable.

Había perdido tantos años...

Todas las noches en las que intenté llenar un vacío sin nombre con otras mujeres, con otras aventuras. La incomodidad que sentía cuando pensaba en ello me recordaba al pasado. Todo tenía sentido. La incomodidad tenía nombre. Y apellido.

Maria Luiza Mendonça. La mujer a la que expulsé de mi vida como si fuera desechable. Y el embarazo que ignoré era mi hijo. El niño al que dejé crecer lejos de mí.

Respiré con fuerza, tratando de recomponerme. La sensación era de ahogo, como si alguien me presionara el pecho con la palma de la mano. Me estaba asfixiando.

Caminé hasta el aparador del escritorio y me serví un vaso de whisky. Casi lo derramo. Me temblaban las manos.

Bajé la mirada hacia el líquido ámbar y, por un segundo, deseé que tuviera el poder de borrarlo todo. Borrar lo que había dicho. Lo que había hecho. Lo que había dejado de hacer, pero ya era demasiado tarde.

Me lo bebí de un trago. El calor de la bebida bajó como una bofetada, diciéndome en mi cara que me lo merecía. Luego me dejé caer en el sillón de cuero negro, con la cabeza echada hacia atrás. El techo blanco parecía burlarse de mí, tan limpio, tan perfecto, al contrario que el desastre que había dentro de mí.

Había sido un canalla.

Llamarla estafadora. Echarla. Negarme a escucharla.

Y ahora, como si la vida fuera un tribunal cósmico, yo era el acusado condenado, esperando la sentencia de una mujer a la que

debería haber protegido.

Pero yo era el juez, joder. Y si había algo que sabía hacer... era luchar por la justicia. Aunque, en ese momento, la justicia significara sumergirme en mi propio infierno para recuperar lo que había perdido.

Me levanté de nuevo, caminé hasta mi cajón y saqué un papel. Anotaciones de un antiguo caso que involucraba el derecho de familia. Sabía el camino. Sabía que no sería fácil. Que ella reaccionaría con la fuerza de una madre herida. Pero ahora ya no era una cuestión de querer.

Era una cuestión de necesidad. Mi hijo Mateus tenía derecho a conocer a su padre. Siempre luché por causas como esa. Los adultos mezclaban las relaciones afectivas con la paternidad y la maternidad.

Y Malu tenía que entender que no se puede huir para siempre de lo que está destinado. Cogí el móvil y marqué rápidamente.

— ¿Alencar? —La voz de mi abogado de confianza sonó al otro lado.

— Necesito que inicies un proceso de investigación de paternidad. Ahora mismo.

— Alexander... ¿estás seguro?

— Absoluta. — No preguntó nada más.

Colgué y tiré el móvil sobre la mesa, con el corazón aún latiendo con fuerza.

Quizás ella me odie por esto.

Pero algún día... algún día lo entenderá.

Lo único que me quedaba era tender un puente entre la ruina que había causado... y el futuro que deseaba desesperadamente tener.

Tres horas más tarde, apoyado en el balcón de mi ático, la ciudad abajo parecía una maqueta iluminada.

Coches yendo y viniendo. Gente que no tenía ni idea de la guerra emocional que se estaba librando dentro de mí. Cogí el pequeño colgante que llevaba años guardado en el bolsillo. Nunca se lo había contado a nadie.

Era suyo. Un pendiente que perdió aquella noche. Lo guardé. Como recuerdo de lo que tuve... y tiré por cobardía.

Apreté el colgante en la palma de la mano y murmuré:

— Te voy a reconquistar, Malu. Aunque sea lo último que haga.

Al día siguiente, llegué temprano al juzgado. La noticia del premio aún circulaba por los pasillos, pero todos notaron mi silencio más denso.

Los empleados evitaban el contacto directo. No era miedo. Era respeto. El juez Alexander Stéphanos en su versión más fría, más decidida.

Nadie sabía lo que estaba pasando. Y yo prefería que fuera así.

En la sala de audiencias, me senté en mi silla habitual. Pero nada era como antes. La veía en cada detalle. En el aroma del café. En el bolígrafo olvidado sobre la mesa. En la sonrisa sarcástica que utilizaba como escudo.

Ella era un huracán. Y yo fui tan tonto como para intentar detenerlo con una valla de alambre de púas.

Cuando comenzó la audiencia, me mantuve firme, directo, sin distracciones. Pero por dentro... cada palabra que se decía resonaba junto con su nombre.

Malu.

Necesitaba volver a verla. Encontrar una brecha. Un nuevo movimiento. Ella podía escapar... pero yo la alcanzaría. Más tarde, en la oficina, me quedé mirando la pantalla del ordenador sin poder escribir.

Abrí la carpeta del caso. No se trataba solo del ADN. Se trataba de asumir mi historia. De arreglar lo que había destruido.

Por la noche, encendí el equipo de música y dejé que Nina Simone cantara en voz baja. Me senté con un vaso de whisky, con la mirada fija en las luces de la ciudad. Y escribí.

Mateus,

todavía no lo sabes, pero estuve presente en cada decisión que tomó tu madre para protegerte. Por desgracia, siempre al otro lado de la puerta.

Pero estoy llegando, hijo. No con excusas... sino con mi presencia.

Perdóname por no estar allí cuando diste tus primeros pasos. Pero estaré cuando des los siguientes.

Y tu madre... tu madre es la mujer más fuerte que he conocido.

Y solo le pido a Dios que algún día me permita demostrarle que también soy digno de ustedes.

Doblé el papel y lo guardé en una carpeta. No sabía si algún día se lo entregaría. Él aún era un niño y no entendía el drama en el que estaban involucrados sus padres.

Pero yo sabía que esa era solo la primera página de la guerra más importante de su vida.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 23

No puedo creerlo

Cuatro días.

Cuatro malditos días.

Eso fue lo que tardé en intentar respirar sin recordar la última conversación con Alexander. La forma en que dijo *«nuestro hijo»*. Como si tuviera derecho a conjugar esa frase después de todo lo que me había hecho.

Estaba anocheciendo... Por primera vez había dejado a mi hijo dormir en casa de un amigo del colegio. Iban a jugar a la videoconsola, comer palomitas y hacer brigadeiro. La madre de Dudu era una joven empresaria y su marido estaba de viaje.

Aproveché la tarde para adelantar algunos procesos que tenía que estudiar. Estaba terminando de leer una acusación cuando llegó la citación.

Recibí el sobre beige de manos de un oficial de justicia al que aún no conocía. Sostener ese papel fue como abrir una herida que sangraba incluso antes de abrirla.

Mis dedos temblaban tanto al leer las primeras palabras... en el fondo sabía lo que era. La sangre me hervía en las venas.

Proceso de investigación de paternidad acumulado con solicitud de prueba de ADN

Ese desgraciado tuvo valor.

— Hijo de puta...

— ¿Malu? — Daniel apareció en mi oficina con un paño de cocina sobre el hombro—. ¿Qué ha pasado, prima?

Él y su marido estaban cocinando para mí esa noche. Íbamos a comer pasta y beber vino.

No pude responder.

Tiré el papel sobre la mesa como si me quemara. Él lo leyó. Sus ojos se volvieron serios.

— Él presentó la solicitud, ¿verdad?

Asentí. Las palabras se me atragantaron en la garganta. Una mezcla de angustia, asco, miedo y una rabia que amenazaba con estallar.

— ¿Y qué vas a hacer?

Caminé hasta la encimera de la cocina. Abrí el cajón con fuerza y cogí mi iPad.

— Estudiar. Entender. No puedo permitir que confunda a Mateus.

— Malu... — Daniel se acercó—. Sabes que tiene derecho.

Lo miré como si quisiera atravesarlo con la mirada.

— No lo tiene, Daniel.

— Solo digo la verdad. Eres fiscal, por Dios. Sabes que no hay forma de escapar.

Dejé el iPad con violencia, me levanté y tiré una copa que estaba sobre el aparador. Cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

— ¡Maldita sea! —grité.

Daniel intentó acercarse, pero levanté la mano.

— No. No digas nada más. ¡Él me echó de su vida! ¡Me llamó estafadora! ¿Y ahora quiere hacerse el padre del año?

— Se equivocó. Sí. Pero eso no cambia el hecho de que Mateus es su hijo.

— ¿Ahora estás de su lado?

— No, mi amor. Yo estoy del lado de Mateus. — Daniel me miró con firmeza—. Y, aunque te duela, él también es parte de Alexander.

Mi cuerpo se estremeció. Como si una tormenta eléctrica hubiera estallado dentro de mi pecho.

Me volví hacia el armario, abrí la puerta y saqué una botella de vino tinto. Sin pensar. Sin medir. Lo vertí en la copa y lo bebí como si fuera agua.

Daniel suspiró.

— Malu... ve a descansar. Yo me encargo de todo aquí.

— No quiero descansar, necesito anestesiarme —dije con lágrimas de rabia corriendo por mi rostro.

— Prima, no te hagas más daño. Vamos a intentar hacerlo de la mejor manera posible.

Me reí con amargura. Dejé el vaso a un lado y me llevé la botella a la boca. Me senté en el sofá, con la mirada perdida. Su nombre no se me iba de la cabeza.

Alexander. Hijo de puta. El juez implacable. El hombre que me tiró al suelo con palabras. El padre de mi hijo. El idiota que jugaba con mi cuerpo incluso cuando yo quería odiarlo.

Me bebí el resto del vino y empecé a reír.

— Qué mierda, Malu —susurré.

Me levanté de un impulso, fui a la bodega y cogí otra botella de vino.

— ¿Te vas a matar bebiendo? Qué bonito, Malu. — Le extendí la palma de la mano y le hablé con voz suave.

— Dani, déjame tranquila, lo necesito.

— Está bien, ve. Estaré aquí por ti.

Me bebí casi la mitad de la botella, me levanté de nuevo, tambaleándome un poco.

— ¿Dónde está tu marido?

— Hoy llegará un poco tarde.

Miré a mi primo y sonreí. Se me ocurrió una idea loca, pero tendría que mentir.

— Me voy a mi habitación. Necesito una ducha y una siesta.

Daniel se acercó, me dio un fuerte abrazo y me besó en la frente.

— Sí, descansa un poco, te sentará bien.

Fui a mi habitación, me cambié de ropa, me puse una chaqueta cualquiera y me recogí el pelo en un moño desordenado. Cogí mi móvil, el bolso, dejé los zapatos en la mano y salí a hurtadillas. Daniel seguía en la cocina. Sabía que intentaría impedírmelo.

La ventaja de vivir en un ático enorme era poder salir sin que nadie te viera. Pedí un coche con destino al ático del juez arrogante.

Cuando llegué a la entrada, el conductor ya me estaba esperando.

— Perfecto.

Durante el trayecto, sentí cómo la rabia crecía junto con el alcohol en mi sangre.

Las manos sudorosas, el corazón acelerado, el olor del asiento de cuero del coche mezclado con el exceso de perfume del conductor. Todo parecía empujarme hacia un enfrentamiento. Y yo lo necesitaba.

Cuando el coche se detuvo, bajé con paso firme, aunque todo daba vueltas un poco. El portero me reconoció. El premio aún estaba fresco en mi memoria.

— Buenas noches, doctora. Enhorabuena por el homenaje, lo vi en el periódico.

— Buenas noches, gracias. Alexander me está esperando.

Una pequeña mentira no haría daño.

— Ah, sí, puede subir —respondí con una sonrisa falsa y los ojos en llamas.

El ascensor subió lentamente. Me veía en el espejo de la cabina.

Despejada, sin maquillaje y con una mirada furiosa que se desbordaba por sus ojos. Cuando llegué al último piso, golpeé la puerta del vestíbulo como si quisiera derribarla. Él abrió y el tiempo se detuvo.

Llevaba una camiseta negra y pantalones de chándal. Descalzo. Con los ojos sorprendidos.

— ¿Malu?

— ¡Hijo de puta! —grité.

Antes de que pudiera decir nada, le di una bofetada y enseguida empecé a darle puñetazos en el pecho. No reaccionó. Solo me miró, atónito.

Le di otro. Y otro.

— ¡No tienes derecho! —grité—. ¡No tienes derecho a invadir mi vida después de destruirme!

Me agarró los muñecos, pero sin fuerza. Solo lo suficiente para contenerme.

— Malu, para.

— ¡Vete a la mierda! — Me debatí—. ¡Me odias! ¡Me odias y ahora quieres a mi hijo!

— ¡Nunca te he odiado! —gritó él a su vez.

Nos miramos jadeando.

El silencio después del grito fue como un trueno.

Y entonces me empujó.

Con rabia. Con urgencia.

Y yo le dejé.

Nuestros cuerpos chocaron como si fuéramos dos huracanes encontrándose en medio de la destrucción.

Su boca chocó contra la mía, caliente, furiosa, desesperada.

— Te odio — murmuré entre besos.

— Mentirosa —dijo empujándome contra la pared.

Sus manos se dirigieron a mi chaqueta y la abrió con fuerza. Le levanté la camiseta y le arañé la espalda con las uñas. Seguimos besándonos de forma agresiva, como si nuestras lenguas lucharan con todo el odio que yo llevaba en las venas.

Me empujó hacia el salón y caímos sobre el sofá. Lo destrozamos todo. La compostura. El orgullo. El tiempo. Era como si el pasado gritara dentro de nosotros.

—Eres un desgraciado —murmuré con los ojos en llamas.

— Y tú eres la mujer que me vuelve loco —gruñó mientras me arrancaba las bragas con los dientes.

Nuestro sexo fue crudo. Intenso. Caliente y rápido como una pelea. Pero lleno de historia, de todo lo que se había acumulado durante años.

Al final, me quedé tumbada sobre su pecho, sudorosa, temblorosa, sin saber aún si lo que había hecho era lo correcto o si era otra cicatriz más. No pude salir de allí. El vino me había mareado, me había vuelto loca, y sabía que al día siguiente comenzaría la verdadera batalla.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 24

Maldito vino

Abrí los ojos y supe que había hecho una mierda. La luz del sol atravesaba las cortinas como cuchillas doradas, calentándome la piel... pero el calor que subió por mi cuerpo no era agradable.

Era de pánico.

Giré la cara lentamente y encontré lo que más temía: Alexander dormía a mi lado, con el rostro tranquilo, el pecho subiendo y bajando rítmicamente, el brazo sobre la almohada... como si el mundo estuviera en paz.

Yo... no... Maldita sea, Malu, ¿qué se te ha metido en la cabeza?

Miré debajo de la sábana y vi mi cuerpo desnudo. Cerré los ojos con fuerza e intenté calmar mi corazón. Mi cabeza comenzó a latir como si fuera la campana de una iglesia antigua.

Respiré hondo para poder pensar con claridad. Un dolor insoportable me martilleaba la nuca.

Me levanté casi inmóvil, como si estuviera en un campo minado. Los músculos tensos, el corazón latiendo con fuerza, la sábana se deslizó de mi cuerpo, revelando las señales de la noche anterior: marcas de mordiscos en mi pecho, arañazos en la cintura, el sabor amargo de la entrega.

No encontré mi ropa en el suelo de la habitación y recordé que la habíamos quitado en el salón. Corrí de puntillas al baño, evitando mirarme en el espejo.

Dios mío. ¿Qué he hecho?

Me lavé la cara, intenté recomponerme, asomé la cabeza por la puerta del baño y Alexander seguía durmiendo.

Salvada por el sueño profundo de los hombres. Salí desnuda al salón, cogí la ropa y me vestí apresuradamente, su olor impregnaba cada prenda. Cada caricia aún ardía. Cada recuerdo me avergonzaba. Mi vientre dolorido traía recuerdos siniestros del sexo más salvaje de mi vida.

¿Y lo peor? Yo quise.

Salí en silencio, sin dejar ninguna nota, sin mirar atrás. Pedí un coche desde el vestíbulo del edificio.

Cuando me senté en el asiento trasero, la vergüenza se mezcló con una rabia que me hacía querer llorar y gritar al mismo tiempo. Marqué el número de la única persona que sabría qué decirme.

— Fernanda... ¿puedo pasar por ahí?

La voz de mi amiga sonaba somnolienta y preocupada.

— Claro, Malu. ¿Ha pasado algo?

— Solo prepara el café... y el hombro.

Media hora más tarde, estaba sentada en el sofá de Fernanda, con una sudadera prestada y una manta sobre las

piernas. El aroma del café recién hecho inundaba el aire, pero no podía tragar nada.

Ella puso la taza sobre la mesa y se sentó a mi lado, mirándome como si estuviera esperando que estallara una bomba.

Exploté.

— Me acosté con él —murmuré.

— ¿Con quién? —frunció el ceño—. ¿Con el juez?

Asentí con la cabeza y sus ojos se agrandaron.

— ¿Tú... te acostaste con Alexander?

— Fue horrible —mis manos temblaban—. Quiero decir... fue bueno. Muy bueno. ¡Pero horrible! Como si fuera una venganza. Como si lo estuviera castigando... y a mí también.

Fernanda me abrazó con fuerza, pero yo estaba tensa, bloqueada, como si mi cuerpo aún estuviera bajo los efectos de aquella maldita noche.

— Te estás culpando, ¿verdad?

— Soy una fiscal, Fernanda. Una mujer que luchó por criar a su hijo sola, que enfrentó el desprecio de un hombre que me humilló. Y ahora, después de años, recibo una citación para hacerme la prueba de ADN, voy allí y... ¿y me acuesto con él?

— Eres humana, Malu. No una máquina inmune a los sentimientos antiguos. Al deseo, al dolor, a la nostalgia...

— Él solicitó la prueba de ADN. ¿Lo has oído? —dije llena de rabia.

Fernanda suspiró profundamente.

— Sabías que no había forma de escapar de esto, ¿verdad?

Levanté los ojos hacia ella, sintiendo un nudo en la garganta.

— Lo odio, Fê. Con todas mis fuerzas. Pero al mismo tiempo... — Las lágrimas brotaron — ... es como si el Alexander de antes todavía existiera, aunque sea debajo de toda esa arrogancia.

Me dio un pañuelo y me tomó la mano.

— Puedes odiar al hombre. Pero tienes que entender que el padre de Mateus está tratando de reparar su error. Y si huyes ahora...

— No voy a huir —repliqué.

— Sí, lo estás haciendo —dijo con dulzura, pero con firmeza —. ¿Y sabes lo que puede pasar si sigues resistiéndote? Puede solicitar una orden judicial. Y te obligarán a hacerte la prueba.

— Pero tengo miedo —susurré—. Miedo de cómo afectará a Mateus. De que se confunda. De que sufra.

— Es solo un niño, Malu. Todavía cree en historias fantásticas.

— ¿Cómo, Fê?

— Siempre le dijiste que su padre trabajaba mucho, ahora su papá ha vuelto. Ya está. Los niños son prácticos, amiga.

— No puedo aceptarlo.

— Malu, si lo impides ahora, puede ser aún peor para él después. Crecerá y descubrirá que tenía un padre que quería luchar por él... y una madre que le ocultó la verdad. Puede malinterpretarlo.

Las palabras me atravesaron como una navaja.

— Solo quería protegerlo —mi voz falló.

— Y quizá ahora sea el momento de protegerlo dándole espacio. De afrontar lo que venga... con valentía. Como siempre has hecho.

Cerré los ojos, respirando profundamente, tragándome el llanto.

— No sé cómo decírselo. Cómo explicárselo...

— Ya lo sabrás. Cuando llegue el momento, encontrarás las palabras. Porque tú eres Malu. La mujer más fuerte que conozco.

— Estoy cansada, Fê.

— Quédate conmigo hoy, yo te cuido.

Envié un mensaje sin dar muchas explicaciones y le pedí a Daniel que fuera a buscar a mi hijo. Con mi primo era así. Me conocía muy bien y sabía exactamente dónde había pasado la noche. No hacían falta palabras.

Ese día me quedé allí con Fernanda hasta el final de la tarde. Tomando café, llorando de nuevo, riéndonos de nuestras desgracias e imaginando el caos que sería una convivencia civilizada con Alexander.

Pero en el fondo... en el fondo, algo en mí ya lo sabía.

La guerra apenas estaba comenzando. Y tal vez yo necesitaba, por primera vez en años, aceptar que no podía controlarlo todo. Ni el pasado. Ni el corazón.

Y mucho menos... el amor de mi hijo por un padre que acababa de regresar.



Capítulo 25

Ella se escapó de nuevo

Me desperté y supe que se había ido. La sábana a mi lado estaba fría. La almohada aún impregnada de su perfume, pero vacía. Abrí los ojos lentamente, sin moverme, como si mi cuerpo se negara a aceptar lo que mi mente ya sabía.

Se había ido. Otra vez. Me giré lentamente, mirando el espacio donde Malu estaba hacía unas horas.

El pelo tirado sobre mi pecho. Las uñas clavadas en mi espalda. La respiración pesada, los ojos húmedos de rabia... y deseo.

Cerré los ojos con fuerza. Como si pudiera retener las imágenes. Como si pudiera revivir cada segundo de la noche anterior. Porque fue la mejor y la peor noche de mi vida.

Ella me odiaba, y aun así gemía mi nombre como si fuera una confesión forzada. Había rabia en los besos, desesperación en

las manos y una petición muda entre las piernas que se abrieron para mí como si quisieran expulsar el dolor.

Cuando la agarré por las caderas y la tiré sobre el sofá, nuestros cuerpos chocaron como una sentencia que se cumplía. Malu me arañaba como si quisiera borrar su propia voluntad, y yo la tomaba como si pudiera devolverle todo lo que le había arrancado con la misma boca que ahora marcaba su piel.

Era sexo, era castigo, era historia. Y cuando ella se derrumbó, gritando contra mi boca, comprendí que, en ese momento, no había juez ni fiscal, solo dos supervivientes de una guerra que aún no había terminado.

Respiré hondo y me levanté. Los músculos del cuerpo doloridos, marcados por el enfrentamiento más erótico y cruel que jamás había vivido. Entré en el baño y me miré en el espejo.

Ojos rojos. Cuello arañado. La expresión de quien ha ganado una guerra y se da cuenta de que, aun así, ha perdido algo por el camino.

— Maldita mujer. No dejó ninguna nota, ningún mensaje... nada —le dije a mi reflejo en el espejo.

Pero no hacía falta. Malu nunca tuvo que decirlo, sus ojos siempre decían lo que se escondía detrás de la furia.

Anoche vino a destrozarme. La bofetada en la cara, los puñetazos... y yo la dejé, porque, en el fondo, yo también quería castigarme.

Toqué el cristal helado del espejo, como si quisiera atravesarlo hacia una realidad alternativa en la que hubiera hecho todo diferente. Podría haberla escuchado, haberle dado el beneficio de la duda, haber actuado como un maldito adulto, pero no... dejé que mi orgullo de macho hablara más alto y me jodí.

La llamé estafadora, la eché de mi vida. No podía esperar una mejor acogida.

Me apoyé en el lavabo, con el pecho aún desnudo y el cuerpo sudando frío.

— Joder, Malu... —susurré, como si ella pudiera oírme.

Me di una ducha fría, me puse los calzoncillos y fui al salón. Miré hacia el sofá donde la había tirado la noche anterior. Vi la lámpara torcida y un pequeño trozo de su blusa todavía en el suelo.

Cogí el botón, cerré la mano con fuerza. Y respiré hondo. Tenía un proceso en marcha. Un hijo que aún no sabía que existía y una mujer que me odiaba tanto como aún me deseaba.

El móvil vibró.

Era Alencar, mi abogado.

Proceso registrado. Fecha de la primera audiencia en análisis. Ya recibió la citación para hacerse la prueba de ADN. Te aviso pronto.

Genial. Esa era la razón por la que me había golpeado tanto. Pero qué más daba. Si había que librar una guerra, que fuera con todas las armas. Porque yo no iba a renunciar a mi hijo ni a ella.

Pasé el resto de la mañana inmóvil. Necesitaba hablar con alguien. Solo cogí el móvil y llamé, sin mirar la hora, el huso horario, nada. Solo necesitaba a mi primo, él me entendería.

— ¿Arthur? ¿[3] — La voz al otro lado sonaba ronca, cargada de ese acento elegante que solo él tenía.

— Alex... cuánto tiempo, juez. ¿Qué te trae por aquí? ¿La Interpol?

Esbocé una débil sonrisa.

— Casi. Se llama Malu.

Silencio. Arthur lo entendió al instante.

— ¿Ha vuelto?

— Sí... y ahora es fiscal. Estoy intentando empezar de nuevo, pero ella no quiere aceptarlo. Solo huye. Y tenemos un hijo.

— Vaya, ¿en serio?

— Un niño. Mateus tiene cuatro años. Y un alma que lo ve todo.

Arthur suspiró.

— Sé muy bien lo que es eso. ¿Te acuerdas de Bella?

— ¿Cómo olvidarlo? Acompañé cada drama que viviste con ella. Te vi sangrar en silencio durante años.

— Y yo la rechacé cuando estaba embarazada, Alex. El miedo a perderla me hizo actuar sin pensar. La alejé de mí. Le dije cosas que ni el tiempo pudo borrar. Pero un día... ella volvió. Y tuve que volver a aprender a ser un hombre ante la mujer a la que había hecho daño.

Apreté los ojos y respiré hondo.

— ¿Cómo lo hiciste?

— Con sinceridad, presencia, constancia. Con la humildad que nunca me enseñaron en el BOPE. Y con amor... el tipo de amor que no grita, no exige. El tipo de amor que construye, incluso pisando ruinas.

— ¿Te perdonó?

— Un día, dejó de odiarme. Otro día, me vio como el padre de nuestra hija. Y solo después de mucho tiempo... me miró como a un hombre de nuevo. Pero, Alex... cuando me miró, fue como ver el sol salir dentro de mí.

— ¿Y si no lo consigo, tío? Pasó la noche aquí... y se escapó. — Solo oí una risa.

— Lo siento, primo, pero me río porque eso fue lo que pasó conmigo y con Mayra.

— ¿En serio? Dios mío... cómo son de complicadas las mujeres.

— No, primo, nosotros somos tontos, así de simple.

— Está bien. ¿Y qué hiciste después de que se escapó?

— Lo intenté de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Porque cuando se ama de verdad... no se puede abandonar a mitad de camino. — Me quedé en silencio. Arthur completó con firmeza: — La única mujer que vale la pena es aquella que te obliga a evolucionar para estar a su altura. Y si Malu es esa mujer... entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

— Gracias, Arthur.

— Deme las gracias cuando ella diga que sí. Y si pasa por Atenas... ya sabe dónde encontrarme. Hay un pedacito de paraíso esperándote, primo.

— Y una promesa de redención también.

— Exacto. Ve a por ella. Y esta vez... no la dejes escapar.

Nos despedimos acordando encontrarnos en Grecia. Cerré los ojos. Intenté imaginar cómo habría sido nuestra vida si hubiera actuado de otra manera.

Intenté ver a Malu embarazada. Riendo por alguna tontería. Provocándome con ese sarcasmo que solo ella sabía usar. Intenté imaginar a Mateus llamándome papá. Pero todo parecía tan lejano... improbable.

Porque incluso cuando ella vino a mí... se marchó sin decir una palabra. Y cada vez que se marchaba, se llevaba un poco más de mí.

Pero después de la noche anterior, comprendí que había odio, pero también amor. Ella no podía huir para siempre y yo estaba dispuesto a todo para conseguir su perdón.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 26

La verdad no duele más que la omisión. Solo duele de otra manera.

Mi primo y mi amiga decidieron ponerme en el banquillo de los acusados. Me sentía como si nadie entendiera lo cruel que había sido Alexander conmigo.

— Malu, tienes que contárselo —dijo Daniel con voz firme, con los brazos cruzados, de pie en la puerta de la cocina.

— Ya lo has probado, amiga —añadió Fernanda, sentada a la mesa con una taza de té en la mano—. No podrás ocultarlo mucho más tiempo. Y si se entera por otra persona... te dolerá mucho más.

— Solo tiene cuatro años —repliqué, sintiendo que me ardía la garganta—. No entiende lo que está pasando. No entiende el desastre que ha causado este hombre.

— Pero lo siente —insistió Daniel—. Los niños sienten cuando algo es diferente. Cuando el aire cambia dentro de casa.

Me senté lentamente, sin mirarlos. Me ardían los ojos y jugueteaba con el cordón de la blusa, como si ese movimiento me mantuviera en pie.

— Tengo miedo —confesé—. Miedo de confundir a mi hijo y hacerle daño.

— No tienes adónde huir, amiga —dijo Fernanda con cariño —. El ADN ya está hecho. Sabes que Mateus es suyo. Y Alexander no va a desaparecer.

Daniel se arrodilló a mi lado y me tomó de la mano.

— Malu, es tu hijo. Encontrarás la manera adecuada de explicárselo. A tu manera. Con tu voz. Con tu amor.

Cerré los ojos y respiré hondo. Por dentro, un torbellino. Por fuera, un ligero gesto con la cabeza.

— Lo hablaré.

Esperé hasta la noche.

Después de bañarse, con su pijama de dinosaurios y descalzo, corriendo por la casa, lo cogí en brazos y lo llevé al sofá.

Mateus apoyó la cabeza en mi hombro, como siempre hacía, y empezó a jugar con mis mechones de pelo.

— Mamá... hoy la profesora ha dicho que el papá de Gustavo ha contado una historia en el colegio.

— ¿En serio?

— Sí. Sabe hacer voces graciosas. La del dragón era muy chula.

Tragué saliva. Había llegado el momento.

— Hijo... ¿puedo contarte una historia también?

— ¿De dragones?

— Hay un héroe, pero sin dragones. ¿Te parece?

Él aceptó, tirando del Capitán Azul hacia su regazo y acomodándose. Sus ojitos atentos, con ese brillo de curiosidad tan

típico en él.

— Érase una vez... una estrella muy especial. Esa estrellita vivía en un cielo solo para ella, donde todo era tranquilo y estaba lleno de amor. Un día, conoció otra luz, muy diferente, que apareció por sorpresa e hizo que todo brillara más fuerte.

— ¿Como un cohete?

— Como un cometa. — Sonreí—. Pero ese cometa se fue muy rápido. Y la estrella se quedó sola. Solo que descubrió que dentro de ella crecía una nueva luz. Una luz muy pequeña y fuerte... que un día se convertiría en un sol.

Mateus se rió en voz baja.

— ¿Es mi solcito?

— Sí, mi amor. Tú eres ese sol.

— ¿Y el cometa en qué se convirtió?

Me detuve un segundo. Las palabras pesaban. Pero él se merecía la verdad, aunque fuera en forma de cielo.

— El cometa vagó por el espacio durante un tiempo. Pensando que nunca podría volver. Pero estaba tratando de encontrar el camino de vuelta. Porque descubrió que ese solcito... era la parte más importante de su vida.

Mateus se quedó callado. Pensando. Luego me miró con esa seriedad que solo tienen los niños.

— Mamá... ¿ese cometa es mi papá?

Mi corazón se derrumbó. Pero logré sonreír con los ojos húmedos.

— Sí, mi amor. El cometa es tu papá. No ha estado con nosotros todo este tiempo, pero ahora... quiere conocerte. Quiere escucharte. Conocer tus historias. Aprender quién eres.

Apoyó la barbilla en el Capitán Azul.

— Pero ¿por qué no vino antes?

Le acaricié la cara con delicadeza.

— Porque a veces, hijo, los adultos se equivocan. Se asustan. Huyen de lo que sienten. Pero lo importante es que ahora lo ha entendido. Y quiere hacerlo diferente.

— ¿Me quiere?

— Sí, mucho. Aunque no te conoce bien, su corazón ya estaba lleno de amor por ti.

Mateus se pasó los dedos por la nariz.

— ¿Sabrá que tengo miedo a la oscuridad? ¿Y a los truenos?

— Sí. Si se lo cuentas, lo oirá. Y lo entenderá todo sobre ti. Incluso las cosas que nadie ve.

Hizo un puchero pensativo.

— ¿Y si no me gusta?

Sonreí, con los ojos húmedos.

— No tienes por qué gustarte desde el primer momento. Puedes sentir un poco de miedo. De duda. Pero él estará cerca y podrás ir conociendo a tu papá poco a poco, a tu ritmo.

— ¿Me llamará Mateus o solzinho?

Me reí entre dientes.

— Creo que querrá llamarte por los dos nombres.

Mateus me abrazó con fuerza, con la carita escondida en mi cuello.

— ¿Puedo pensar?

— Claro que puedes. — Le besé la frente—. Pensar, preguntar, sentir. Todo está permitido.

Se acurrucó en mi regazo y suspiró.

— ¿Mamá?

— ¿Sí?

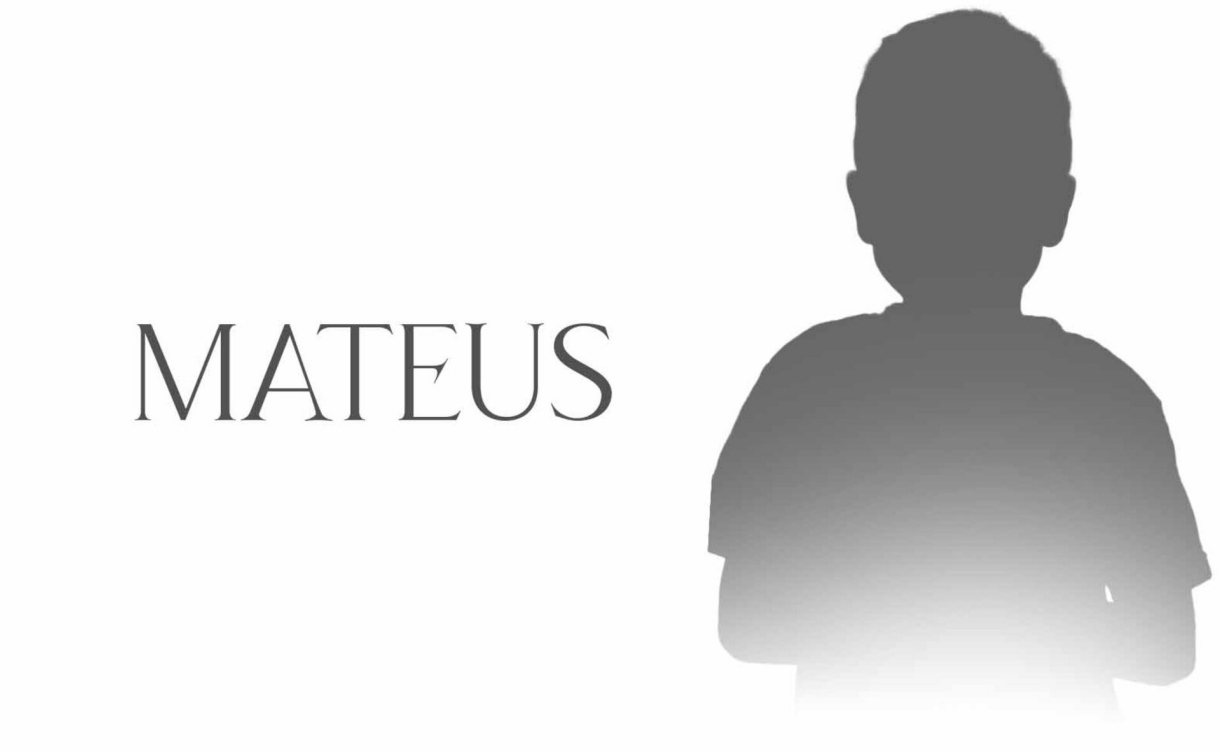
— Si es simpático, ¿puedo contarle la historia del Capitán Azul?

— Creo que le encantará.

Y entonces, en ese cálido silencio de la noche, con un corazón infantil latiendo pegado a mi pecho, comprendí:

La verdad nunca destruiría lo que se hacía con amor. Solo abría las puertas para que él pudiera encontrar el camino correcto.

Y Mateus... me enseñó que incluso los corazones pequeños son lo suficientemente grandes como para volver a empezar.



Capítulo 27

Papá me encontró

Hoy estuve pensando mucho con mi cabecita. Mamá me dijo ayer que tengo un papá. No vive aquí, tardó en encontrarme, pero ahora quiere verme.

Me lo dijo con palabras bonitas, contándome una historia de estrellas y cometas, y lo entendí casi todo. Casi. Porque a veces las palabras de mamá son demasiado largas. Después de dormir, mi corazón se quedó despierto.

Tenía ganas de contárselo a mis tíos. El tío Daniel y el tío Fê son mis héroes desde que era pequeño, mamá dice que todavía lo soy, pero ya soy mayor, ¿no?

Estaban tomando café cuando fui a la cocina con mi Capitán Azul en el brazo.

— Tío Dani... tío Fê... —dije en voz baja, deteniéndome en la puerta.

El tío Daniel me miró con su cara de siempre, como si supiera que algo pasa.

— ¿Qué pasa, solcito?

Solzinho es como me llama cuando me levanto triste.

— ¿Puedo contarte un secreto?

El tío Felipe cerró el periódico y me hizo sitio en su regazo.

— Ven aquí, general. Cuéntanoslo.

Me senté en su regazo y miré a los dos.

— Voy a tener un papá nuevo.

Los dos se quedaron con una mirada diferente. Un brillo que no sé si era de llanto o de miedo.

— Mamá dijo que vendrá a conocerme. Él no sabía nada de mí antes. Ahora lo sabe.

El tío Daniel respiró hondo.

— ¿Y cómo te sientes al respecto?

Movi los pies, golpeando ligeramente la rodilla del tío Fê.

— Un poco bien... un poco mal.

— ¿Quieres contarme por qué?

Lo pensé. Intenté ordenarlo en mi cabeza primero.

Luego dije:

— Porque ya os tengo a ustedes. Y a la tía Nanda. Y si viene este nuevo papá, ¿se irán?

Se hizo un gran silencio.

El tío Fê me abrazó fuerte, con la mejilla apoyada en mi cabeza.

— Oye, pequeño. Nunca. Nunca nos iremos.

— Pero, ¿y si él quiere ser el único?

El tío Daniel se arrodilló delante de mí.

— Nadie nos va a quitar de tu lado, Matheuzinho. Aunque llegue un papá, seguirás siendo nuestro niño. Nuestro pequeño corazón que cabe en todas partes.

— Pero... ¿el corazón tiene espacio para tanta gente?

— Sí que tiene. — Tío Fê sonrió—. Y el tuyo es enorme.

— ¿Como una casa?

— Como un castillo —dijo el tío Daniel—. Donde caben reyes, reinas, caballeros, dragones buenos y también un nuevo papá, si tú quieres.

Me quedé callado.

Luego dije:

— ¿Sabrá que me gusta el pan sin corteza?

— Se lo diremos. — El tío Fê me besó en la frente—. Y estará contigo cuando llegue, si quieres que estemos juntos.

— Sí, quiero.

Me quedé allí, sentado entre ellos. Sentía que mi corazón latía más tranquilo.

Porque ahora sabía que, aunque llegara algo nuevo... Las cosas antiguas no se irían. Y mi castillo... seguiría lleno de amor.



MARIA LUÍZA Mendonça

Capítulo 28

Yo reparto las cartas

Ser madre era renunciar al orgullo para proteger un corazón que aún no sabía defenderse. Estaba sentada al borde de la cama, con el proceso abierto en el portátil.

Leía y releía las palabras secas, jurídicas, impersonales.

«Demandado», «progenitor», «informe pericial».

Todo tan lejos de la verdad que vivía dentro de mi casa. Cerré el ordenador. Ya no necesitaba más pruebas, sabía lo que había que hacer.

La única pregunta que importaba era: ¿cómo evitar que Mateus saliera herido por nuestras decisiones equivocadas?

Salí de la habitación y fui a la sala. Daniel estaba sentado en el sofá, leyendo alguna noticia en el celular. Cuando me vio, puso esa cara que solo él ponía cuando sabía que se avecinaba algo malo.

— Tu cara me dice que vas a pedirme algo —dijo, bajando el teléfono.

— Necesito que vengas conmigo al despacho de Alexander —le dije sin rodeos.

Frunció el ceño.

— ¿Ya lo has decidido?

Negué con la cabeza.

— No quiero que este proceso siga adelante. No así. De esta manera no. Solo le causará más dolor a Mateus.

Daniel suspiró.

— Tienes razón. Pero esto... esto es importante, Malu.

— Lo sé. Por eso quiero hablar con él. Con calma. Quiero proponerle un acuerdo.

— ¿Estás preparada para esto?

— Nunca lo estaré —dije cruzando los brazos—. Pero es la mejor decisión como madre. Y sé que me entiendes.

— Siempre. — Se levantó y cogió las llaves del coche—. Vamos.

La secretaria nos anunció. Atravesamos la puerta cargados con ese silencio pesado.

Llevaba una camisa blanca doblada hasta los codos, la chaqueta colgada en la silla y la mirada fija en mis ojos en el momento en que entré.

— Malu. — Su voz sonó baja, tensa.

— Juez —respondí manteniendo un tono neutro.

— Daniel. — Nos saludó con un breve gesto.

— Quiero proponerte algo. — Fui directo al grano. — Y necesito que me escuches hasta el final.

Alexander asintió. No sonrió. No intentó ser cortés. Solo... esperó.

— Lo he pensado mucho —dije manteniéndome de pie, con las manos entrelazadas delante del cuerpo—. Sobre el proceso, el examen de ADN, lo que todo esto significa para Mateus.

Él mantuvo la mirada fija en mí. Esos ojos que alguna vez fueron seductores... y en ese momento eran solo un campo minado.

— ¿Y? —preguntó.

— He comprendido que este camino... no llevará a nadie a ninguna parte. Solo hará daño a un niño que aún no comprende el significado de las palabras que estamos diciendo —respiré hondo—. Por eso, quiero llegar a un acuerdo.

Daniel se quedó en silencio a mi lado, como una sombra protectora.

— ¿Un acuerdo? —Alexander levantó una ceja.

— ¿Quieres ejercer tu paternidad? Está bien —dije con voz firme—. Pero será a mi manera. A su tiempo. Sin prisas, sin imposiciones, sin romper la burbuja de seguridad que he construido con tanto esfuerzo alrededor de mi hijo.

Él se inclinó hacia delante, con mirada de águila.

— ¿Cuál sería tu manera?

— Un almuerzo. En casa. En la azotea. El domingo, a mediodía. Será en la zona de la piscina. Algo ligero. Yo, Daniel, Felipe, Fernanda. Gente a la que quiere y en la que confía.

— ¿Y yo?

— Tú serás el invitado. La cara nueva.

Bajó la barbilla, procesando la información.

— ¿Y qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer?

— Él ya sabe que tiene un padre, Alexander. Se lo conté con una historia que tuviera sentido.

— ¿Y cómo recibió la noticia?

— Como un niño de cuatro años. Curioso, asustado, emocionado, con miedo...

— ¿Y cómo puedo actuar?

— Como él quiera. Responde a sus preguntas. Escúchale. No fuerces los lazos. No intentes ganarte su afecto con regalos. Simplemente... estate ahí.

Hubo una pausa.

— ¿Me estás dando esa oportunidad? ¿Así, sin proceso?

— Alexander... — Tragué saliva—. Tienes el derecho legal. Pero lo que te estoy ofreciendo es más grande. Te estoy dando el derecho emocional. Y eso no viene en un papel. Viene en la confianza.

Se mordió los labios y negó lentamente con la cabeza. Luego me miró como si pudiera atravesar mi alma.

— ¿Y nosotros?

— No hay ningún nosotros —dije cortante—. Yo no formo parte del paquete. La madre de Mateus no es un extra. No habrá nada entre la fiscal y el juez. Nunca más.

Su mandíbula se tensó, pero se mantuvo en silencio.

— Entendido.

— ¿Tengo que repetirlo? —pregunté secamente.

— No hace falta. —Su voz sonó casi como un susurro—. Solo me dolió un poco oírlo.

— Ya no siento dolor, Alexander.

Permanecimos en silencio. Daniel nos observaba, atento. Era como si cada palabra pronunciada allí dibujara el futuro de un niño que aún no sabía que le esperaba un nuevo mundo.

Cogí el bolso y me preparé para salir.

— Domingo. Mediodía. No llegues tarde.

— Allí estaré. — Dijo con una expresión cargada de todo lo que no se había dicho.

Salí sin mirar atrás. El tacón resonaba en el pasillo como un golpe final. Porque el juego había cambiado. Y, una vez más, quien tenía el control era yo.



Capítulo 29

Nace un padre

No hay toga que proteja a un hombre ante su propio hijo. Deseaba tanto ese momento, pero estaba aterrorizado como un adolescente en su primera cita. Domingo. Miré el reloj y aún eran las nueve y cuarenta y siete de la mañana.

Estaba listo desde las siete. Ya me había duchado dos veces, cambiado tres camisas y peinado cinco veces. Y ahora me miraba al espejo como un acusado a punto de ser juzgado. Pero el juez era un niño de cuatro años.

Cogí la corbata, la miré... y la dejé caer de nuevo sobre la cama.

— Idiota —me dije a mí mismo—. Tiene cuatro años, no cuatro cargos públicos.

Abrí el armario de nuevo y elegí una camisa polo azul, vaqueros y zapatillas blancas. Algo sencillo, ligero, como había

pedido Malu. Como necesitaba Mateus. Mateus. Mi hijo.

Solo de pensarlo se me revolvió el estómago.

Me senté en el sillón del salón con un vaso de zumo, el café me pondría aún más tenso, y observé el regalo que había sobre la mesa.

Un librito ilustrado.

El niño que coleccionaba nubes.

Lo elegí después de pasar dos horas en la librería infantil, escuchando los consejos de una dependienta que me hablaba como si fuera un padre primerizo.

Tenía razón. Porque era exactamente lo que era. No sabía cómo mirarlo. Qué decirle. Cómo no asustarlo.

Cogí el libro y lo abrí por la dedicatoria que había garabateado con letra temblorosa:

Para el niño con el nombre más bonito que he oído nunca. Que tu vida esté llena de nubes bonitas, de esas que se convierten en castillos. Con cariño, Alexander.

Cerré el libro y respiré hondo. Dios mío, ¿es una tontería? ¿Me va a encontrar viejo? ¿Me va a odiar? Me levanté y empecé a caminar por la sala como un león enjaulado. Hice una llamada.

— ¿Alencar? En serio, necesito que te parezcas a mí cuando tenía cuatro años. ¿Qué le gusta a un niño de cuatro años?

— Alexander... buenos días, tío, son casi las diez de la mañana de un domingo.

— Responde.

— Los dinosaurios. Los coches. Los superhéroes. La gelatina de colores.

— ¿Gelatina? —Anoté mentalmente—. Vale. Gracias. Lo siento.

Colgué y me quedé allí parado, mirando al balcón. Cuatro años. Años que no vuelven. Me perdí sus primeras palabras, sus primeros pasos, sus primeros llantos... todo sin mí.

Tragué saliva. No se trataba de mí. Se trataba de estar, de ser, de demostrarle que, aunque llegara tarde, venía de verdad.

10:58.

— Maldita sea, todavía es muy temprano.

Me senté de nuevo. Me levanté. Me pasé la mano por el pelo.

Dios mío, ¿qué le diré cuando lo vea?

— Hola, ¿soy tu padre?

Parecía una revelación de una telenovela mala. Pensé en Malu.

La forma en que ella dijo:

«Serás el invitado. La cara nueva».

No puedo meter la pata, entrometerme. Tengo que formar parte sin imponerme.

Toqué el marco de la única foto que tenía de ella en la oficina. Un recuerdo del evento en el que nos reencontramos. El rostro serio, los ojos llenos de guerra.

Pero detrás de su armadura... sabía que había una mujer a la que había perdido.

Y el niño que aún podía ganar.

11:42.

Llamé al conductor. Me comí tres caramelos de menta en el coche. Ninguno sirvió.

Su edificio era más alto de lo que recordaba. Pero tal vez era solo el peso de la expectativa lo que lo hacía parecer más grande. En el ascensor, repasé mentalmente:

Sonreír. Agacharme a su altura. Hablar despacio. Respetar el tiempo.

Respiré hondo.

Cuando se abrió la puerta y vi a Malu esperándome con los brazos cruzados y el pelo recogido en un moño sencillo, tuve ganas de darle las gracias. Pero me limité a saludarla con la mano.

— Alexander —dijo ella.

— Malu —respondí.

Ella señaló hacia dentro.

— Están todos en la piscina. El almuerzo está casi listo. Él aún no sabe que vendrás.

— Entendido. Iré con calma.

Me miró de arriba abajo. Silenciosa aprobación. Entré.

Los primeros sonidos que oí fueron risas.

Y luego... Su voz.

— ¡Tía Nanda! ¡Mira cómo salto sin mojarme el pelo!

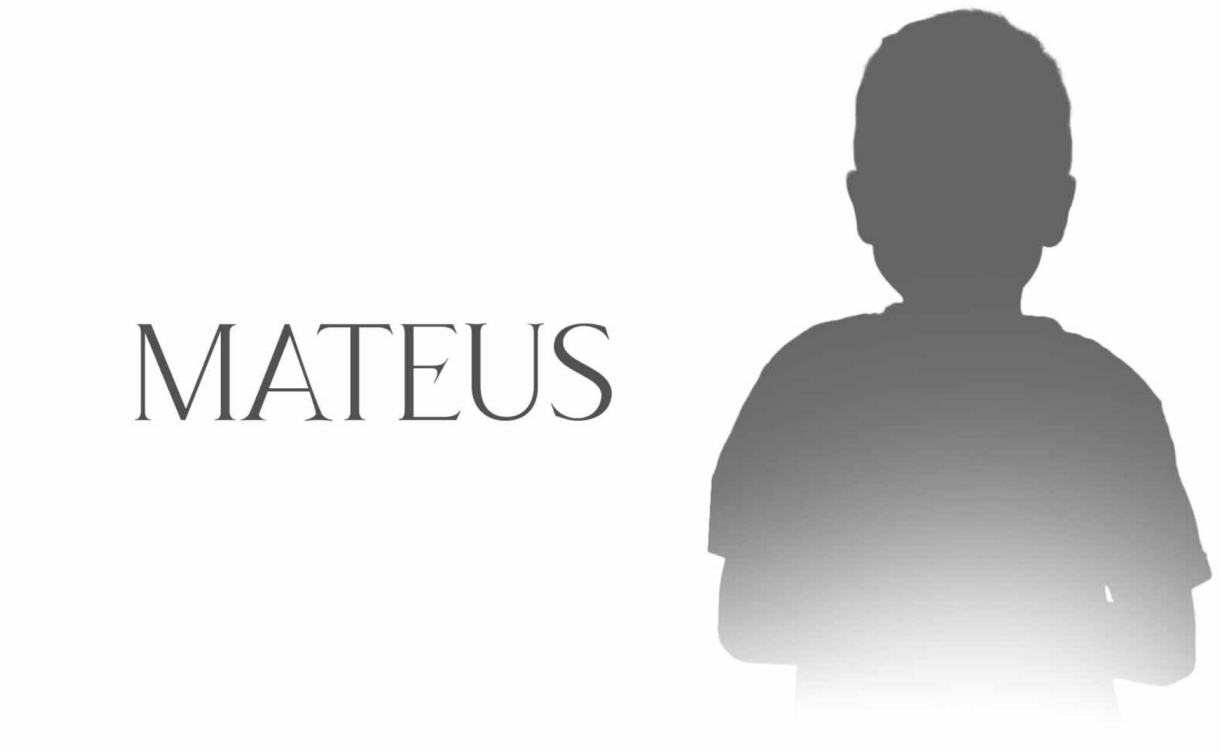
Me detuve en el pasillo. El libro apretado entre las manos. El corazón a punto de salírseme por la boca. Allí estaba él. Pequeño. Fuerte. Sonriente. Con los rizos de ella. Y un brillo en la mirada que habría reconocido sin necesidad de pruebas.

— ¿Lista? —preguntó Malu a mi lado.

— No — respondí—. Pero voy a ir así.

Y di el primer paso. Porque allí, el primer paso no era el de un juez, ni el de un hombre. Era el de un padre.

Y en ese momento... Era mi turno de ser solo eso.



Capítulo 30

El chico era mi papá

Me encantaban los domingos con almuerzo en la piscina. Mamá lo preparaba todo, incluso cortaba la sandía en forma de estrellitas.

Me desperté y la casa ya olía a comida rica. La tía Nanda *estaba* cortando fruta y diciendo que «*hoy va a* brillar *el sol*», y yo pensé que *se* refería al cielo, pero luego me di cuenta de que se refería a mí.

Todo el mundo *estaba* allí.

El tío Fê me ayudó a ponerme protector solar, el tío Dani se quejaba de que la tumbona estaba torcida y mamá... ah, mamá tenía esa cara de quien *está* haciendo algo difícil. Como matemáticas.

— Mamá, ¿puedo comer uvas antes de comer?

— Solo una, solcito —dijo mientras me acariciaba el pelo de una forma que solo hacía cuando *estaba* un poco enfadada.

Cogí dos. Ella no se dio cuenta.

Una me la comí a escondidas. La otra se la di al Capitán Azul, mi oso. Pero él no la masticó, así que se quedó encima de la mesa.

Miré hacia la puerta de cristal y vi a un chico diferente, grande y con aire de no conocer a nadie, igual que yo cuando llegué al colegio.

—Mateus, ven aquí—me llamó mamá—. Quiero presentarte a alguien.

Caminé despacio, pensando que era el chico de la sandía o el que arreglaba la nevera, pero era diferente.

Tenía el pelo muy bien peinado y una camisa azul limpia. *L*levaba un libro en la mano. Me miró como si fuera la primera vez que me veía. O como si fuera un pastel bonito. Qué raro.

Me detuve. Lo miré. Miré a mamá. Volví a mirarlo. No entendía ese misterio.

— Hola —dijo con una voz que parecía sacada de una película.

— Hola —dije con mi voz de niña.

— Yo... te traje un libro.

— ¿Es de dinosaurios?

— Sí... de nubes.

Puse cara de *«ah*, vale», pero fui educado, tal y como me había enseñado mi madre cuando no me gustaba un regalo.

Cogí el libro despacio. La portada era bonita.

— ¿Eres el nuevo novio de mi madre?

Todos pusieron cara de hielo. *No* entendía nada.

El tío Fê tosió. La tía Nanda casi tira la bandeja de patatas. Mamá se quedó con la boca abierta como un pez. El chico se rió. En voz baja.

— No, pequeño. Yo soy... tu papá.

Me quedé mirándolo.

— ¿Hablas en serio o es como cuando el tío Dani dice que el conejo de Pascua es mágico?

— En serio. — Sus ojos parecían brillar.

Mamá se agachó delante de mí y me dijo:

— ¿Te acuerdas de lo que te conté, Solzinho?

— Sí.

Acerqué el libro a mi barriga y me quedé quieto. Miré a mamá. Ella volvió a hablar.

— Él es tu papá, sí. El cometa de nuestra historia, ¿te acuerdas?

Lo recordaba. Pero era extraño. Papá era una palabra que no sabía usar bien.

— ¿Sabes que me gusta el pan sin corteza?

Él sonrió.

— Ahora sí.

— ¿Y que no me gusta que me mojen sin avisar?

— Prometo que nunca te mojaré sin preguntarte.

— ¿Y que tengo un Capitán Azul que es mi mejor amigo desde que era bebé?

— Espero que él también me quiera.

— Es un oso. No habla. Pero si le das palomitas, te deja sentarte cerca.

Se rió. Tenía una risa bonita. Parecía un poco de alivio, un poco de llanto.

— ¿Y sabes hacer la voz de un dragón gracioso?

— Puedo intentarlo.

Lo hizo. No era tan buena como la del padre de Gustavo, pero valió la pena intentarlo.

— Eres un poco gracioso —le dije.

Se agachó hasta quedar a mi altura. Me tocó la punta de la nariz.

— Y tú eres más increíble de lo que imaginaba.

— ¿Ya me imaginaste?

— Muchas veces.

Me quedé callada. Luego le pregunté:

— ¿Te vas después de comer?

— Solo si tú quieres.

— ¿Y si quiero que te quedes un poco más?

— Entonces me quedo.

Miré al Capitán. Parecía tranquilo. Entonces hice lo que solo hago cuando alguien me gusta mucho:

Extendí el brazo y le acaricié el pelo con el dedo.

— Tu pelo es liso. Me gusta el mío, que es rizado —comenté.

— Tu pelo es perfecto —respondió él.

Entonces sonreí. Porque fue bonito cómo lo dijo.

— ¿Vamos a nadar?

Él abrió mucho los ojos.

— ¿Ahora?

— ¿Has traído el bañador?

— No...

— El tío Dani te prestará unos pantalones cortos, ¿verdad, tío?

— Sí, te lo presto.

Le agarré de la mano y me fui tirando de él. Di dos pasos, me detuve y miré hacia atrás.

Mamá *estaba* llorando. Pero era ese llanto que ella tiene con una sonrisa en los labios. El tío Dani *la abrazó* por detrás. La tía Nanda se secó los ojos. El tío Fê solo dijo:

— Ya está.

Yo no entendí nada, pero ese día mi castillo creció.

Y ganó un nuevo caballero.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 31

Los niños hacen que todo parezca tan fácil

El dolor que nos tragamos con clase suele arder por dentro con mucha más fuerza.

Me senté en la tumbona con la sensación de que el mundo, fuera de mi piel, estaba demasiado tranquilo... pero por dentro... yo era un volcán en erupción.

Alexander solo llevaba unos pantalones cortos de Daniel. Le quedaban cortos y se le pegaban a los muslos fuertes. Mateus le pidió que se metiera en la piscina y fue implacable:

— O te metes o pierdes todos los puntos con el Capitán Azul.

Él estaba allí, en el agua, sosteniendo a mi hijo por los hombros como si ya lo hubiera hecho mil veces. Como si... fuera parte de nuestra vida. Eso me dolió mucho. El dolor de haber sido humillada y haber pasado por todo eso sin él, me consumía.

Cerré los ojos por un segundo y respiré hondo, porque mis ganas de sonreír eran superadas por las de vomitar.

— ¿Respirando o solo fingiendo? — Fernanda se sentó a mi lado y me ofreció un vaso de agua helada con limón—. Toma, te estás poniendo verde.

Esbocé una pequeña sonrisa que no llegó a mis ojos. Cogí el vaso y respiré hondo antes de responder:

— Las dos cosas.

— Se metió en el agua, ¿eh? — Sonrió, observándome—. Vaya, qué cuerpo, amiga. Joder, delicioso.

— No empieces, Fernanda.

Ella se quedó callada, solo mirando la escena: Mateus riendo a carcajadas, con los rizos mojados pegados a la frente, mientras Alexander fingía ser una ballena y lo llevaba de un lado a otro de la piscina.

— Esto debería haber pasado hace cuatro años —dije en voz baja, más para mí misma.

— Pero está pasando ahora —respondió ella, en el mismo tono—. Y a veces... eso es suficiente.

Me quedé callada. Con los ojos clavados en ellos dos.

— ¿De qué tienes miedo, Malu?

— De todo — confesé—. De que él engañe a mi hijo. De que se vaya cuando pase este entusiasmo. De que intente ser el padre perfecto para limpiar su propia culpa.

Fernanda me miró de reojo.

— ¿Y de volver a sentirlo?

Tragué saliva.

— Ya no siento nada por él.

— Lo repites como si fuera un mantra. Pero, amiga... nadie habla tanto de lo que no siente. Solo intentamos convencer a los

demás cuando todavía estamos intentando convencernos a nosotros mismos.

— No me estoy convenciendo de nada.

Ella levantó una ceja.

— Malu Mendonça... tienes el corazón en un puño. Y solo alguien que nunca ha tenido el suyo destrozado no se da cuenta.

Aparté la mirada.

— Es solo por Mateus. Solo por él.

— ¿Y follar furiosamente con el juez guapo fue por quién?

— Vete a la mierda, Nanda.

— Sí, lo necesito, pero volviendo al tema, estás haciendo lo correcto con mi ahijado, pero no lo olvides: a veces, lo que es correcto... también es lo que más duele.

Me quedé en silencio. El sonido del agua, las risas infantiles, los chapoteos, todo sonaba como una melodía demasiado bonita para una historia que había comenzado con tanto desacuerdo.

Alexander salió de la piscina con el niño en brazos. Lo envolvió en una toalla azul y le secó el pelo como si lo hubiera hecho toda su vida.

Mateus decía algo sobre tortitas y nombres de dinosaurios. Y Alexander... sonreía con los ojos. Me dolió el pecho.

— Está siendo bueno con mi hijo —murmuré.

— Sí. ¿Y contigo?

— Eso ya no importa.

— Si crees eso... entonces ya has perdido.

— ¿He perdido qué, mujer?

Se levantó con el vaso vacío en las manos y respondió:

— El control. Lo cual, viniendo de ti... es inédito.

Me dio la espalda y me dejó allí, sola en la tumbona, con el corazón roto y lleno de dolor. Respiré hondo y sonreí, aunque sin

ganas, cuando Mateus corrió hacia mí con los pies mojados, me abrazó por la barriga y dijo:

— Mamá, ha hecho la voz de un robot. ¡Ha sido muy gracioso!

Abrí a mi hijo con fuerza.

— Qué bien, mi amor.

— ¿Puedo contarle cómo te tiras pedos en voz baja en el sofá?

— ¡No! —exclamé, riéndome sin poder evitarlo—. ¡Eso es nuestro secreto!

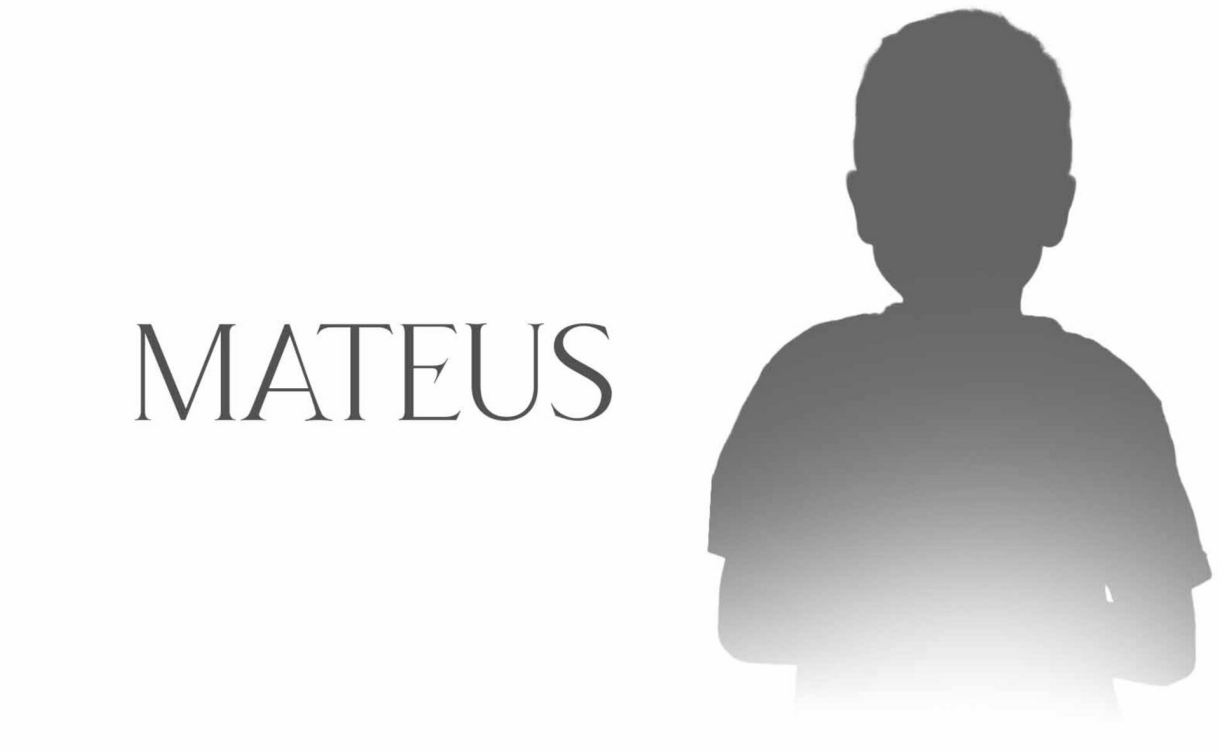
— Pero él es mi papá, mamá. Puede saber esas cosas.

Y salió corriendo. Alexander vino justo detrás de él y solo intercambiamos una mirada. No hubo sonrisas... solo un silencio respetuoso. Pero en el fondo... todo estaba tan lleno de significado que casi me mata.

Volví a mirar hacia la piscina, como si él no estuviera allí, en mi casa, con mi hijo y mis amigos. Y lo sentí. Aunque no quería, aunque luchaba con todas mis fuerzas, lo sentí.

Y la rabia se apoderó de mí. Necesitaba acabar con cualquier rastro de sentimiento...

Solo que no sabía cómo.



Capítulo 32

Un papá y una mamá para mí – Mateus

Cuando mamá se quedaba callada de esa manera tan extraña, parecía que el mundo se entristecía con ella. Y no me gustaba ver a mamá así.

Después del almuerzo, todo el mundo *se* reía.

El tío Fê contó una historia graciosa sobre el ascensor, la tía Nanda casi escupe el zumo de sandía y el tío Dani puso cara de asco porque la cebolla de la ensalada *estaba* cruda y él la odiaba.

Pero mamá... Ella solo miraba. Ni siquiera sonreía. Y yo sabía cuándo *estaba* triste. Incluso cuando quería ocultar que *estaba* triste.

Papá, ahora ya podía llamarle así, intentaba ayudar. Elogió el pollo, habló del zumo, incluso bromeó con el postre que había

preparado, que era solo gelatina con nubes mágicas. Esa cosa blanca que no sabía cómo se llamaba.

Aun así, mamá puso esa cara que pone cuando ve películas tristes de gente besándose bajo la lluvia.

Entonces hice lo que el Capitán Azul siempre me decía que hiciera: me dijo que me sentara entre los dos.

— Mamá, siéntate aquí —le dije señalando la silla a mi lado.

— ¡Papá, aquí! —Golpeé la silla del otro lado.

Se miraron. Creo que no sabían si podían. Pero yo les sonreí ampliamente. Y cuando me reía así, nadie se ponía triste.

Los dos se sentaron. Empecé a jugar con sus dedos. Luego, cogí la mano de papá y la puse sobre la mano de mamá.

Me extrañó que todos se quedaran callados mirando raro. Pero entonces mamá me habló.

— ¿Qué pasa, hijo?

— Estoy haciendo un castillo. Mano sobre mano se hace una torre. Como los Lego.

Se rieron de una manera muy extraña. Los adultos eran muy raros. Sostuve sus dos manos con las mías y las balanceé.

— ¿Ves? Una torre de amor.

Papá miró *a* mamá. Mamá miró *el* vaso. Y yo fingí no darme cuenta.

Luego inventé un juego en el que tenía que hacerles preguntas *a* los dos al mismo tiempo.

— ¿Cuál es la capital de Japón?

— ¿Qué animal tiene más patas?

— Si fueran un superhéroe, ¿qué poder tendrían?

Mamá respondió:

— Desaparecer.

El papá dijo:

— Retroceder en el tiempo.

Entonces me detuve, porque no entendía.

— ¿Por qué queréis eso?

— Es solo una broma, hijo —dijo papá.

Pero no parecía una broma. Entonces mis tíos y mi tía se metieron en la conversación.

— Yo quería volar —dijo el tío Dani.

— Yo quería todos los chocolates del mundo —dijo la tía y todos se rieron.

— Ahhh, tía, así te va a doler la barriga, ¿verdad, mamá?

— Sí, tía Nanda es muy golosa. — Me eché a reír.

— Y vas a tirarte pedos apestosos.

— Ni hablar, chico, mis pedos huelen bien.

Los adultos se pusieron un poco más contentos, menos mamá, que *estaba* muy rara. Cuando terminamos de comer, decidí cambiar de juego.

— Mamá, tú y papá pueden llevarme volando hasta el sofá. Uno a cada lado. Yo soy un avión.

Ellos obedecieron.

Aunque les daba vergüenza, se rieron y me levantaron hasta el sofá, y yo grité:

— ¡Volandooooooo! Fue la mejor parte del día.

Después de eso, me empezaron a doler los ojitos. *Me tumbé* un rato en el sofá y abracé al Capitán Azul.

— Mamá... ¿puedo pedirte algo?

— Claro, mi amor.

— ¿Dejas que papá me lleve *a* la habitación?

Ella me miró con los ojos muy brillantes, como si quisiera llorar, pero me dejó.

— Sí, Solcito.

Papá me cogió en brazos. Olía diferente al tío Dani. Olía como a hojas mojadas y a perfume de hombre importante.

Cuando llegamos al cuarto, me acostó con cuidado. Me cubrió los pies y me arregló el osito. Le agarré el dedo. Era muy pequeño, solo el meñique. Pero lo agarré.

— Papá...

— ¿Sí?

— ¿Por qué tardaste tanto *en* encontrarnos a mamá y a mí?

No respondió enseguida. Se quedó callado. Muy callado. Pensé que no me había oído.

— ¿Papá?

— Te he oído —dijo en voz baja—. Es que... es difícil de explicar.

— Pero tú eres adulto. Los adultos lo saben todo.

Él se rió. Pero era una risa dolorosa.

— A veces, hijo... los adultos se equivocan. A veces, tenemos tanto miedo de equivocarnos que acabamos equivocándonos de la peor manera.

— ¿Tenías miedo de mí?

— No. Nunca. Tenía miedo de mí mismo. De no ser lo suficientemente bueno para ti. De no saber qué hacer y... — Dejó de hablar y llenó sus pulmones de aire—. De haberlo estropeado todo con tu madre. La he hecho daño.

— Hacerle... ¿qué?

— Le hiciste daño. Es como cuando le rompes el corazón a alguien por dentro, pero no con un martillo. Con palabras.

— ¿Fuiste malo con ella?

Se pasó la mano por los ojos.

— Sí, hijo. Lo fui.

— ¿Pero quieres arreglarlo?

— Sí. Más que nada en el mundo.

— Entonces... te voy a ayudar porque pareces un buen papá, pero tienes que prometerme que no volverás a ser malo.

Él sonrió.

— Trato hecho.

— Tienes que jurarlo con el dedito.

Hizo lo que le dije. Cerré los ojos porque me pesaban mucho.

— ¿Papá?

— ¿Sí?

— Si sueño con un dragón, ¿me proteges?

— Siempre.

Y entonces me dormí. Con su dedito aún agarrado al mío.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 33

Corazón en pedazos

Hay cosas que no necesitamos ver con nuestros propios ojos. Pero cuando las vemos... ya no podemos dejar de verlas.

Cuando escuché la voz de Mateus diciendo *«mamá, deja que papá me* lleve», sentí un nudo en la garganta. Asentí con una sonrisa que me dolía en los músculos de la cara. Alexander lo cargó como quien carga el mundo, y tal vez en ese momento era así.

Me quedé allí parada unos segundos, luego caminé hasta la cocina, cogí mi móvil y abrí la aplicación de la cámara. Un hábito. Un instinto. Una costumbre de madre soltera. Y entonces... lo vi.

Los dos hablando con Mateus tumbado en la cama, sujetando el meñique de Alexander como si fuera lo más natural del mundo. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si ese vínculo siempre hubiera existido.

Nunca imaginé que interactuaría tan rápido con su padre y que incluso lo llamaría papá en su primer encuentro. Quizás mi hijo quería una presencia paterna más de lo que yo podía imaginar.

Oí a mi hijo preguntar por qué papá había tardado tanto en encontrarnos. Y vi lo difícil que le resultaba a Alexander explicarlo con palabras.

«A veces, tenemos tanto miedo de equivocarnos que acabamos equivocándonos de la peor manera».

Se me encogió el corazón. Mateus lo escuchó todo y, con toda su inocencia, dijo:

«Entonces... te voy a ayudar porque pareces un buen papá, pero tienes que prometerme que no volverás a ser malo».

Cerré el móvil con la mano temblorosa. Me senté en el suelo de la cocina. La espalda apoyada en la nevera. Todo mi cuerpo pedía silencio. Pero los ojos... los ojos gritaban.

Lloré sola. Con rabia hacia mí, hacia él, hacia la vida, hacia la suerte, hacia el tiempo perdido. Era más fácil llorar a escondidas que admitir que algo en mí todavía dolía cuando oía su voz diciendo *«hijo*».

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero cuando oí pasos, no tuve tiempo de levantarme. Él me vio.

Alexander se detuvo en la puerta de la cocina. No dijo nada. Me encontró allí, en el suelo. Frágil. Exhausta. Tal y como más odiaba que me vieran.

— ¿Has oído? —preguntó, con la voz más baja de lo habitual.

Negué con la cabeza mientras me secaba los ojos con la manga de la blusa. Se acercó. Despacio. Como si no quisiera asustarme.

— No sabía que él... que era tan... — Se detuvo, como si la emoción le rasgara la garganta.

— Tan qué?

— Tan mío —dijo—. Tan nuestro.

Cerré los ojos.

— No empieces, Alexander.

— Solo estoy tratando de hablar, Malu.

— Y yo solo estoy tratando de sobrevivir.

Se arrodilló a mi lado. Nos quedamos allí. Uno al lado del otro. Como si el suelo fuera un terreno neutral.

— Te odié —murmuré.

— Yo también me odié.

— Has matado todo lo que sentía. Con palabras. Con desprecio. Con juicios. ¿Te das cuenta de lo que es que te llamen estafadora? ¿Y más aún a una mujer que siempre ha luchado en la vida como yo?

— Lo sé —susurró él.

— No lo sabes. Cargué sola con Mateus. Con miedo, vergüenza, con todo el mundo mirándome mal. Y tú... tú me echaste. Como si mi cuerpo, mi historia, mi dolor... fueran inventos.

Él no dijo nada. Solo bajó la cabeza y dejó caer una lágrima sobre el azulejo.

— No tienes ni idea de lo que es dar a luz con el corazón sangrando —continué—. Y después, amamantar mientras te tragas la humillación de haber sido rechazada por alguien que creías diferente... y decidiste no quedarte. Pero las expectativas eran mías, ¿no? Entonces, el juez Alexander solo se defendió, ¿no?

Respiró hondo. Lento. Dolorido.

— No tengo cómo defenderme, Malu. Sé que fui un cobarde. Y no espero que me perdones por eso.

— Muy bien. Porque yo no tengo perdón que darte.

Otro silencio. Denso. Opresivo. Me miró con los ojos enrojecidos.

— Pero todavía hay algo ahí. Lo veo. Lo siento.

— Es resentimiento —dije—. Es lo que queda cuando el amor se consume.

— No. —Negó con la cabeza—. Es lo que queda cuando el amor aún está vivo, pero intentas sofocarlo. No quieres aceptarlo, darle una oportunidad.

Me levanté, respirando con fuerza.

— Tuviste tu oportunidad. Ahora lo que tenemos es a Mateus. Solo él.

— Lo sé. Y voy a cuidar de él. Aunque eso signifique vivir con el hecho de que me odias.

— No te odio, Alexander —dije con voz quebrada—. Solo que ya no confío en ti.

Él negó con la cabeza, totalmente derrotado, y se levantó lentamente.

— Está bien —dijo—, pero algún día... espero recuperar esto. Aunque solo sea una parte.

— Buena suerte —susurré.

Dio dos pasos. Se detuvo. Me miró una vez más.

— Parecías un huracán cuando entraste en mi vida. Hoy... pareces el hogar que nunca tuve.

Y se fue... dejándome allí, con el sabor salado de la pena y el corazón latiendo más rápido de lo que debería.



Capítulo 34

El cumpleaños de Mateus

Algunas mujeres se van todos los días. Incluso cuando siguen viviendo al otro lado de la ciudad.

Hace diez meses y catorce días sostuve el dedito de Mateus por primera vez mientras se dormía. Desde entonces, mi vida se convirtió en una carretera de un solo sentido: solo sabía ir hacia él.

Malu, por otro lado... solo sabía irme.

Nunca de forma cruel, con palabras duras, sino con ausencias elegantes. Con excusas impecables. Con el tipo de silencio que deja marcas más profundas que un grito.

Siempre escapaba como una sombra que desaparecía con la luz del sol. En aquellos meses, evitó cualquier vínculo más allá de lo necesario. Nunca aceptó salir con nosotros en un paseo a tres. Siempre tenía algo entre manos. Un caso importante. Una reunión en el fin del mundo.

Llegó a viajar durante toda una semana, según ella, un viaje de trabajo. Dejó a Mateus conmigo y le pidió a su amiga Fernanda que me ayudara en lo necesario. Pero quien acostaba al niño todas las noches era yo. Quien se encargaba de bañarlo, de los dibujos, de los cuentos antes de dormir, de los juguetes esparcidos por el suelo... era yo.

Y aun así... Ella se fue apagando y yo la fui amando más. Sin poder tocarla. Amando a alguien que me miraba como si fuera demasiado peligroso para ser amado de nuevo.

Ese día era el cumpleaños de Mateus. Mi hijo cumplía cinco años. Mi niño al que le encantaba mirar las nubes. Que sonreía con el alma y decía frases como: *«mi corazón es más grande que todo el planeta*».

El niño que se enamoró de los dragones después de que viéramos las tres películas de Cómo entrenar a mi dragón. Decidió que él sería «Banguela» y yo *«Soluço*».

Acepté el papel con orgullo. Aunque Malu insistió en que no participaría en los disfraces.

«Yo iré como madre civil», dijo en broma, pero sin sonreír.

Llegué al salón de fiestas a las cuatro de la tarde. Todo el salón estaba decorado con banderines vikingos, colas de dragón y una réplica inflable gigante de Banguela en el centro.

Mateus me vio desde lejos y corrió hacia mí. Llevaba una capa roja y un escudo de espuma.

— ¡Papá! —gritó.

Me arrodillé para abrazarlo.

— ¡Hoy es el día del guerrero más increíble del reino! —le dije, y él se rió con los ojos brillantes.

Malu llegó poco después.

Estaba preciosa.

Llevaba una camisa negra, pantalones de vestir beige y el pelo recogido en un moño desordenado. Era el tipo de belleza que

no pedía atención, pero siempre llamaba la atención.

Saludó a los invitados con delicadeza. Pero no me miró más de dos segundos.

La observé todo el tiempo. La forma en que arreglaba el cuello del disfraz de su hijo, cómo sonreía a los padres de la escuela. La forma en que pasaba a mi lado sin dejar rastro.

Era como estar ante un amor... de cristal. Lo veías. Casi lo tocabas. Pero si intentabas agarrarlo... se hacía añicos.

Hacia las seis de la tarde, ocurrió lo impredecible. Mateus subió al escenario montado para la obra de teatro de la fiesta. Cogió el micrófono de juguete y, con una sonrisa pícara, anunció:

— ¡Quiero decir algo!

La maestra de ceremonias bajó el volumen y pidió atención a todos. Todos se volvieron hacia él.

Malu, a mi lado, cruzó los brazos, sorprendida.

— ¿Sabes algo que yo no sé?

— No. Estoy tan sorprendida como tú.

Mateus me señaló y dijo, con voz firme y los ojos llenos de orgullo:

— Este es mi papá. Él me ama. Y me llama general del corazón. Y yo también *lo amo*... porque sabe hacer la voz del dragón y me abraza fuerte cuando truena.

Risas emocionadas. Aplausos suaves. Pero entonces...

Se volvió hacia Malu, aún sosteniendo el micrófono, y le preguntó con toda la inocencia del mundo:

— Mamá... ¿por qué nunca besas a papá? — La sala se quedó en silencio como si alguien hubiera pulsado un botón mágico. — Las mamás y los papás de mis amiguitos se besan siempre.

Malu se quedó inmóvil. Yo también.

Mateus la miró con expresión confundida, como si intentara entender lo que los adultos complicaban tanto:

— ¿Ya no lo quieres? ¿O te ha hecho daño?

Malu abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Yo tampoco podía moverme. Solo respiraba profundamente, tratando de contener el nudo en la garganta. Los invitados no se atrevían a respirar.

Mateus bajó entonces el micrófono y habló con voz suave, como solo un niño sabe hacerlo:

— Porque, si ya no queréis ser novios, no pasa nada... Pero yo todavía quería tener un papá y una mamá viviendo juntos conmigo. Ese será mi deseo cuando sople la vela. Quiero que estéis bien, porque cuando estáis tristes, parece que mi corazón también se entristece... y no sé dónde apretar *para* que deje de doler.

Y allí, en ese instante, el mundo se detuvo. No fue un discurso. No fue una acusación. Fue una petición.

Una petición hecha con unos ojos demasiado grandes y un pecho demasiado pequeño para contener tanto amor dividido. Y supe: no importaba quién tuviera razón, ni el pasado.

Porque una niña nos enseñó, con la pureza de quien ama con todo su ser, que a veces... o nos cuidamos... o dejamos el corazón de quien más nos ama triste para siempre.



MARIA LUÍZA
Mendonça

Capítulo 35

Mi mundo se derrumbó

Había días en que no nos derrumbábamos. Nos desplomábamos.

Daniel se las ingenió para salir del paso y convocó a los niños a una yincana. Todos se entusiasmaron y los adultos ayudaron a aliviar el momento tenso.

Salí caminando sin rumbo y me encerré en el baño de la sala de ceremonias tan pronto como cesaron los aplausos y las sonrisas volvieron a circular por el salón. Las luces eran demasiado fuertes. Las voces, demasiado altas.

Y mi hijo... mi hijo acababa de preguntar, delante de todos, por qué nunca besaba a su padre. Y más: dijo que le dolía el corazón cuando nos veía tristes.

Me senté en la tapa cerrada del inodoro. Con la mano tapándome la boca, tratando de reprimir el llanto doloroso. El cuerpo

tratando de mantenerse entero. Pero por dentro... estaba destrozada.

Cerré los ojos, tratando de respirar con calma. El maquillaje ya se había corrido. La máscara también.

Oí que se abría la puerta.

— ¿Malu?

Era Fernanda. No respondí.

Golpeó ligeramente la puerta de la ducha y, sin ceremonias, entró. Cuando me vio allí sentada, su mirada se suavizó. Pero solo por un instante.

— Sabía que te encontraría aquí.

— Solo... — se le quebró la voz—. Solo necesitaba silencio.

— No, amiga. Lo que necesitabas era valor. Y lo has estado evitando desde el día en que viste a Alexander con Mateus por primera vez.

Levanté la cara y la miré con los ojos enrojecidos.

— No empieces, por favor.

— Sí que voy a empezar. Porque alguien tiene que decirte lo que tú no te atreves a escuchar.

— Fernanda...

— Lo amas, Malu. Y eso te aterroriza.

— Yo no... — empecé, pero ella me interrumpió.

— Lo amas. Con cada célula de tu cuerpo. Pero preferiste esconderte detrás de los procesos, las causas, las excusas, los viajes. Preferiste desaparecer poco a poco cada día en lugar de admitir que aún sientes algo.

— ¡Él me hizo daño! —grité, levantándome—. ¿Lo has olvidado?

— Nunca lo olvidé. Te vi derrumbarte, te vi criar a Mateus con miedo y fuerza al mismo tiempo. Te vi luchar contra el mundo

entero y vencer. Pero ahora, amiga... te estás saboteando a ti misma. Y Mateus está en medio de todo esto.

Sus palabras me golpeaban como piedras.

— Ya oíste lo que dijo en el escenario. Lo que suplicó con ese cuerpecito y ese corazón enorme.

— ¡Estoy tratando de protegerlo!

— No. Estás intentando protegerte a ti misma del dolor de empezar de nuevo. Del miedo a ser feliz otra vez y del valor de perdonar.

Me quedé en silencio. El aire era pesado. Tenía el pecho oprimido. Ella se acercó, ahora más suave.

— Te quiero, Malu. Pero estás alejando a todo el mundo. Estás construyendo un muro tan alto a tu alrededor que ni siquiera Mateus puede escalarlo.

Cerré los ojos y las lágrimas comenzaron a correr sin pedir permiso.

— No sé cómo hacerlo... — confesé en voz baja—. No sé cómo volver a creer.

Ella me abrazó.

— Empieza por respirar. Después, vive un día a la vez. No tienes que decidirlo todo ahora.

Me solté lentamente.

— Fê... ¿puedes esperar un momento? Solo un poco. Necesito... necesito salir. Respirar.

— Ve —dijo ella—. Yo me encargo de todo. Pero, por favor, no huyas de ti misma.

Asentí con la cabeza, cogí el bolso pequeño, abrí la puerta trasera del baño y me dirigí al jardín lateral del salón de ceremonias.

Nadie me vio. El cielo ya empezaba a cambiar de color. Las luces de las linternas se encendían alrededor de las plantas. Las

flores exhalaban un perfume dulce y cruel, como si supieran que estaba destrozada.

Me senté en el borde de un parterre de piedras. Me quité los zapatos y pisé la hierba. Y allí mismo me derrumbé.

— Dios... —murmuré, casi sin voz—. Si aún me oyes... ayúdame. Porque estoy cansada de ser fuerte. De fingir que puedo. De ser el muro de todo.

Me abracé a mí misma. Las lágrimas mojaban mi blusa y todo mi cuerpo temblaba.

— Solo quería paz. Un hogar. Una oportunidad de ser feliz... sin miedo.

Pero todo me duele. Todo en mí grita que va a terminar de nuevo. Que él se irá. Que me abandonará... otra vez. Lo amo, pero el recuerdo de la humillación me paraliza. Cerré los ojos con fuerza.

— Por favor... muéstrame el camino, Padre.

El mundo pareció girar, mi visión se oscureció. Y, en segundos, la hierba, el cielo, las voces de dentro... todo desapareció.



Capítulo 36

¿Dónde está

El corazón sabe exactamente cuándo es el momento de arrodillarse ante lo que casi se pierde para siempre.

Estaba cerca de la mesa del pastel cuando me di cuenta de que Malu ya no estaba allí. Los niños jugaban, los adultos conversaban... pero ella había desaparecido. Miré a mi alrededor, escaneando los rostros, la ropa, los gestos. Nada. Fui hacia Fernanda.

— ¿Dónde está Malu?

Mi amiga me miró con ojos densos.

— Necesitaba respirar un poco. Se fue al jardín lateral.

— ¿Sola?

— Sí, Alexander... —titubeó— Malu está frágil, más de lo que imaginas.

No esperé más. Salí apresuradamente por los pasillos, dejando atrás el ruido de la fiesta. El jardín estaba en silencio. Faroles de papel colgaban de los arbustos. El aire del atardecer traía un olor a tierra húmeda y jazmín.

Y entonces... lo vi.

El momento exacto en que ella se tambaleó. Su cuerpo se aflojó lentamente, como pidiendo rendición, y cayó sobre la hierba.

— ¡Malu! —grité, corriendo hacia ella.

Me arrodillé a su lado, con el corazón descompasado, los dedos temblando al tocar su rostro.

— Malu, por favor, abre los ojos. Por favor... — Se movió, sutilmente. Respiraba. Débilmente, pero constante. — Oye... soy yo. Alexander. Estoy aquí, háblame.

Sus pestañas se movieron. Sus ojos se abrieron confusos. Empapados. Hermosos. Y entonces susurró, con la voz más devastadora que jamás había oído:

— Ha sido la respuesta de Dios.

Me quedé paralizado, sin entender nada. Ella me miraba como si me viera después de mucho tiempo.

Y antes de que ninguna palabra nos traicionara, llevó su mano a mi nuca... Y me atrajo hacia ella.

El beso fue cálido, urgente, salado por las lágrimas de ambos. Pero no era rabia. No era deseo. Era alivio, reencuentro, una plegaria atendida.

Cuando nuestros labios se separaron, ella apoyó su frente en la mía.

— No podía seguir guardándomelo todo —susurró—. Intenté huir, Alex. Lo juro por Dios, lo intenté. Pero tú seguías en todo.

— Malu...

— En los ojos de nuestro hijo. En su risa. En la forma en que me mira y me dice que eres mi hogar. Eras tú. Siempre lo has sido.

— Te hice daño —dije con voz baja y quebrada—. Fui cobarde, arrogante, cruel. Pero créeme... he pasado cada uno de estos últimos cinco años odiándome por no haberme quedado. Por no haberte escuchado. Por no haber sido lo suficientemente hombre como para afrontar la verdad contigo.

Ella respiraba rápido. Los ojos fijos en los míos.

— ¿Y por qué ahora?

— Porque ahora soy otra persona. Porque tu silencio me ha cambiado. Tu hijo me ha salvado. Y tú... tú sigues siendo todo lo que quiero llamar hogar.

Ella tragó saliva.

— Tengo miedo. Miedo de ser feliz y perderlo todo. Miedo de que un día te despiertes y pienses que fue un error.

— Entonces te prometo que me despertaré cada día recordando que casi te pierdo. Y que nada, absolutamente nada en el mundo, me hará soltar tu mano otra vez.

Ella se rió, llorando.

— Eso ha sido un poco...

— Real, Malu.

— Soy difícil.

— Yo también. Pero juntos... somos más ligeros.

— ¿No vas a huir?

— Solo si es para correr tras de ti.

Ella volvió a sonreír. Y esta vez fue diferente...

Fue una rendición. Le acaricié la cara con los dedos manchados de hierba y sudor.

— ¿Me das la oportunidad de reconstruir? Despacio. A tu manera. A nuestro ritmo.

Ella sonrió entre lágrimas.

— Muéstrame el camino, pero no me presiones.

— No te presionaré, caminaremos juntos. Un paso a la vez.

— ¿Y si tropiezo?

— Te sostendré. Como hoy.

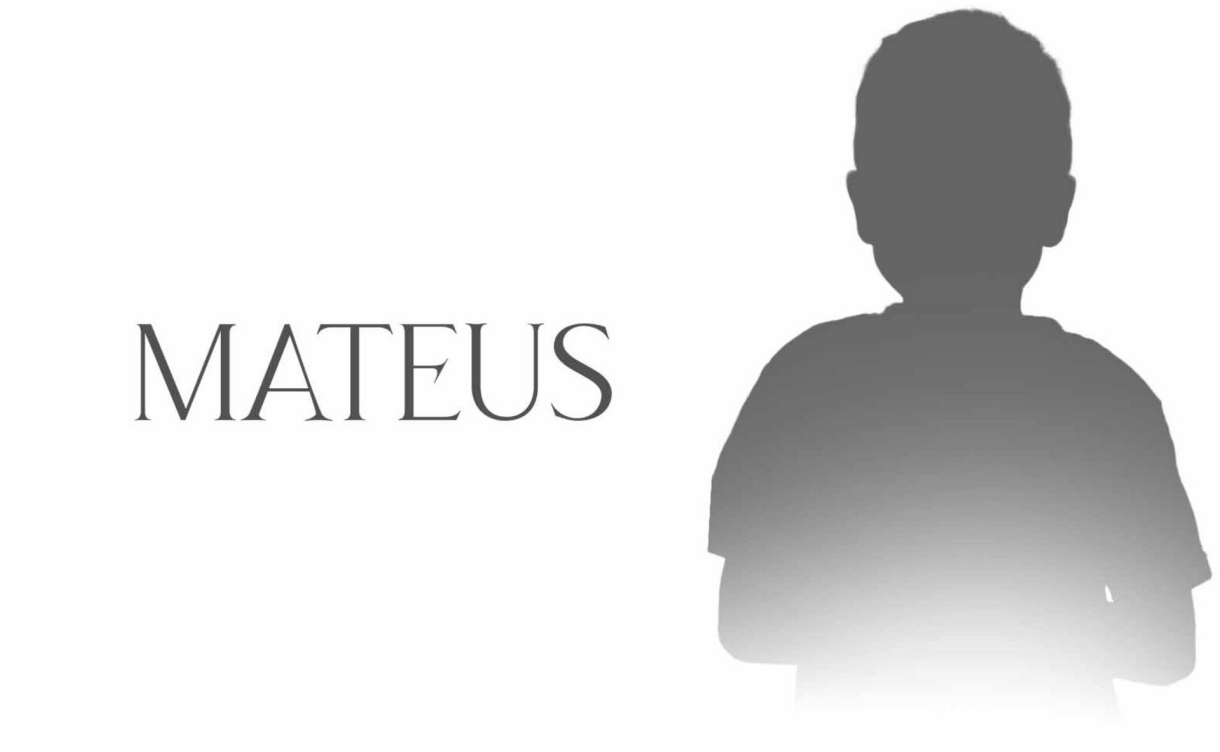
Ella respiró hondo, apoyando la cabeza en mi hombro.

— Entonces quédate conmigo, Alex.

— Nunca volveré a irme, Malu.

Nos quedamos allí, abrazados en el jardín, rodeados de flores que parecían aplaudir en silencio.

Y, por fin... dos corazones, después de tanto ruido, volvieron a latir al mismo ritmo.



Capítulo 37

La mejor fiesta de todas

Nadie me había dicho que cuando el corazón está feliz... parece que salta como un trampolín por dentro.

Estaba comiendo una bolita de queso escondido detrás de la mesa del pastel cuando vi que mamá había desaparecido. La busqué entre la gente, pero no *estaba* en ningún sitio. Ni ella ni papá.

Tuve una sensación extraña.

¿Sabes cuando jugamos al escondite y la persona tarda mucho en ser encontrada? Eso era.

Entonces vi la puerta del jardín abierta. Me acerqué despacio. Sin hacer ruido. Y cuando llegué... Mi corazón se llenó de alegría. Estaban abrazados.

Pegados. Con los ojos cerrados. Con la frente pegada, como en las películas de princesas. Mamá *estaba llorando*... pero riendo.

Papá también. Y yo... sentí algo que no sé explicar. Como un «ufa» dentro del alma.

— ¡MAMÁ! ¡PAPÁ! —grité, corriendo hacia ellos.

Los dos se asustaron, pero sonrieron. Mamá abrió los brazos y yo salté directamente entre los dos.

— ¿Están juntos?

— Sí, hijo —respondió mamá con los ojos brillantes.

— ¿Juntos de verdad?

— Juntos de verdad —dijo papá, besándome en la mejilla.

— ¡Entonces ahora mi corazón está lleno de fuegos artificiales!

Se rieron de verdad. De esas risas que hacen cosquillas en el aire.

— ¿Sabías que se lo pedí a Dios en mi último cumpleaños? Le pedí el juguete para montar, el monopatín... y que apareciera un papá y saliera con mamá.

— Entonces el Papá del Cielo te escuchó, hijo.

— Sí, papá. ¡Lo que más quería era tenerlos a los dos juntos en la misma casa conmigo! — Mamá lloró un poco más.

Pero era ese llanto que hacía cuando *estaba* feliz, igual que cuando comía chocolate escondida en el sofá.

— Vamos a recuperar el tiempo perdido, mi pequeño.

— ¡Pues vamos! —dije emocionado—. ¡Ya casi es la hora de cantar el cumple!

Y hoy vamos a cantar todos juntos. Muy juntos. Porque ahora somos un equipo.

— ¿Un equipo? —preguntó papá.

— Sí. El equipo de Mateus. Solo pueden entrar los que aman mucho.

— Entonces ya somos los fundadores —dijo mamá.

Les di la mano *a* los dos. Una a cada lado.

— Y si volvéis a pelearos...

— No lo haremos —dijeron al unísono.

— Pero si se pelean... los castigaré a los dos sin Wi-Fi en su habitación.

Se rieron tanto que me sentí mágico. Y entonces volvimos al salón. De la mano. Con el corazón unido. Delante de todo el mundo.

Y cuando empezó la canción «Feliz cumpleaños», cerré los ojos... E hice otro deseo.

Pero esa vez no se lo conté *a* nadie.

Porque sabía, en lo más profundo de mi corazón de niño, que mi regalo ya *estaba* allí. A mi derecha. Y a mi izquierda.

Y era más bonito que cualquier dragón de la película.



Epílogo

Un año después, en el

Algunas personas no entran en nuestra vida. Nos atraviesan. Y cuando nos atraviesan... nunca se van.

Doce meses, cuatro estaciones, cientos de días en los que todavía me sorprendía mirándola como si hubiera ganado una guerra solo por merecer verla sonreír de nuevo.

Estaba de pie en el altar. Con traje gris, corbata sencilla —«sin exagerar, Alex», me dijo ella— y el corazón acelerado como si fuera la primera vez que la veía.

Pero no lo era. Vi a esa mujer derrumbarse, luchar, volver a aprender a amar... La vi dormir con nuestro hijo entre nosotros y... con una hija en brazos. Dios me dio la oportunidad de acompañarla durante todo el embarazo. Dos meses después de volver juntos, descubrimos que estaba embarazada de casi cuatro meses.

En esa ocasión pude acompañar la locura de un parto. Tener los dedos casi rotos al sostener a mi mujer en el momento de traer a nuestra hija al mundo. Y lloré más que ella cuando la cogí por primera vez en mis brazos.

Mateus era un caso aparte. Un niño inteligente, sensible y muy intuitivo. Nada pasaba desapercibido ante su mirada atenta.

Beatriz estaba en mi regazo en el altar. Nuestros hijos eran nuestra vida, así que decidimos que estarían con nosotros. Esa bebé de cinco meses era lo más bonito del mundo. Los ojos de su madre, el sueño de su padre, su propio carácter.

Y Mateus... estaba a mi lado, cogido de mi mano, vestido con un mini traje negro y una corbatita de mariposa torcida.

— Mamá debe estar guapísima, ¿verdad, papá? —susurró.

— Claro —le respondí sonriendo—. Siempre estará preciosa.

Empezó la música. La gente se levantó. Las campanitas colgadas en el jardín tintineaban con la suave brisa de la mañana.

Y entonces apareció. Vestido blanco roto, delicado. Encajes que parecían hojas, detalles que solo ella se atrevería a elegir. El pelo recogido con flores blancas. Ojos llorosos, pero firmes. Una pequeña sonrisa en la comisura de los labios, como diciendo *«he venido, pero solo porque lo he decidido yo. Nadie me ha traído*». Esa era la mujer de mi vida.

La fiscal que me ganó en los tribunales, en mi corazón, y ahora caminaba hacia mí como si el mundo se hubiera arreglado por decisión suya... y, en el fondo, así fue.

Cuando llegó al altar, no me dio la mano, sino que entrelazó los dedos con los míos. Mateus contenía la emoción. Beatriz se había quedado dormida. Fernanda intentó sacarla de mis brazos, pero no quise. Quería a toda mi familia en el altar ante Dios.

Y el tiempo se detuvo. El cura sonrió. Comenzó la ceremonia como de costumbre hasta llegar al momento más intenso.

— ¿Vamos a los votos? —preguntó.

Ella me miró y comenzó.

— Alexander... no prometo ser perfecta, fácil, ni siempre dulce, pero prometo que, cuando el mundo se derrumbe, me encontrarás exactamente aquí: firme, a tu lado, con el puño cerrado para lo que venga. Prometo amarte en los días en que te equivoques y recordarte quién eres en los días en que lo olvides. Prometo provocarte solo para ver cómo se te levanta la ceja. Prometo contar nuestros procesos con besos. Y, sobre todo... prometo seguir siendo difícil. Porque sé que te gustan los retos.

Todos aplaudieron y rieron emocionados. Llegó mi turno y mi corazón estaba a punto de salirse de mi boca.

— Malu... te amé primero en silencio. Luego en la ira, en la ausencia... y ahora, te amo en el abrazo más seguro que la vida me ha dado. Hoy prometo ser más que un juez: ser justo con lo que hemos construido. Prometo sostener tu mundo cuando se tambalee, reírme de tus ironías y nunca más huir. Prometo proteger a nuestros hijos, nuestro hogar... y a ti, incluso de ti misma, cuando sea necesario. Y si fallo... prometo luchar. Porque ahora lo entiendo: tu presencia siempre estará donde comienza mi historia.

Malu cerró los ojos y contuvo las lágrimas. Mateus miró al sacerdote y tiró de la manga de la sotana, haciendo reír a todos.

— ¿Puedo pronunciar mis votos ahora?

El cura sonrió y nos emocionamos.

— Claro, Mateus.

Mi hijo se colocó delante, sacó pecho y dijo:

— Mamá y papá, ahora mi corazón está completo. Y creo que el de Beatriz también, aunque ella solo diga *«uéé» y «baaaaa»*. Ustedes son mi felicidad para siempre. — Y nos miró a los dos, firme, y continuó: — ¿Prometen que se amarán *para* siempre? ¿Incluso cuando mamá se enfade y papá sea terco?

Risas. Lágrimas. Mucho amor.

— Lo prometemos —respondimos juntos.

Abrió los brazos como quien sabe mandar desde pequeño.

— Entonces, besaos ya, porque yo soy un niño, pero entiendo todo sobre los finales felices.

Y nos besamos. Besé a la mujer que elegí para compartir mi vida. Con mis hijos en el altar. Con el corazón de rodillas y el alma en paz.

Y finalmente... el sacerdote terminó de casarnos. Un juez y una fiscal. Pero quien selló la historia fue un niño pequeño que solo quería ver a sus padres amándose. Y una niña pequeña... que llegó para enseñarnos lo que aún nos faltaba: que el amor verdadero no empieza de cero. Empieza en el caos y sobrevive a lo imposible.

Fin... ops, esperen, todavía hay una carta mía para ustedes.

Carta para las lectoras

Para todas las mujeres que han amado demasiado, han callado demasiado... y ahora están redescubriendo su propia voz.

Querida lectora:

No soy el héroe perfecto. Soy un hombre que tuvo que perder para comprender. Soy aquel que tuvo que mirar a los ojos a una mujer herida y admitir: «He fallado, pero he aprendido».

Hoy, si puedo contar esta historia con el corazón limpio, es porque he vivido el amor de una mujer íntegra. De una mujer fuerte, brillante, indomable.

Una mujer que me enseñó que el amor no es un lugar de descanso... es un lugar de elección diaria. Y que cuando un hombre ama de verdad, no ata. Deja que ella vuele... y construye con ella un nido al que ella quiera volver.

Te escribo esta carta a ti, que quizá estés cansada. Que ya has cargado más de lo que debías. Que ya te has anulado creyendo que era amor. Que ya te has moldeado para encajar en lugares que nunca fueron tuyos.

Y quiero decirte, con todo lo que he vivido: no tienes que mendigar presencia. No tienes que suplicar por afecto. Mereces ser elegida con valentía. Amada con intención. Y respetada incluso en los silencios.

Malu me enseñó que el amor verdadero desafía, transforma, cura y reconstruye. Me enseñó que ninguna mujer debería tener que rebajarse para ser aceptada. Y que cuando ella decide quedarse... es porque el hombre también ha sabido quedarse.

Si aún cargas con dolores, penas, miedos... te entiendo.

Pero no te rindas. No renuncies al amor.

Y, sobre todo, no renuncies a tu esencia.

Eres especial.
Y el amor que mereces también debe serlo.

Con respeto, gratitud y profunda admiración,

Alexander Stéphanos
(un hombre que aprendió a amar... ¡de la manera correcta!)

Ahora sí, fin

Sobre la autora



Cláudia Castro escribe con el corazón en la piel, el alma en los dedos y elige palabras que dejan huella.

Autora superventas con más de 79 libros publicados, cada una de sus historias refleja la mujer real: fuerte, contradictoria, apasionada, resiliente. Sus personajes no son perfectos, y precisamente por eso son inolvidables. Viven con intensidad, aman con valentía y renacen incluso después de caer.

Conocida por emocionar y provocar, Cláudia es maestra en transformar el dolor en poesía, el silencio en grito y el amor en curación.

Cuando no está escribiendo novelas apasionantes, conecta a las mujeres con sus propias historias a través de palabras, charlas, talleres y, sobre todo, escuchando. Porque Cláudia cree que toda

mujer tiene una historia que late dentro de ella, esperando a ser contada.

Si has llorado, sonreído, contenido la respiración y animado a esta pareja...

Entonces, bienvenida al universo de Cláudia Castro: donde existen los finales felices, pero siempre con hermosas cicatrices en el camino.

Sigue, lee, comparte.

Y nunca lo olvides:

Tú también mereces un amor que te elija con valentía.

Todas las obras de la autora están disponibles en:

https://grupoeditorialportal.com.br/?s=Cl%C3%A1udia+Castro+

Mis libros electrónicos en: https://amz.run/7BBm

Lea también:



Enlace: https://amzn.eu/d/8Jy4CK5

Sinopsis:

Segunda oportunidad, Redención, Jefe y empleada, Embarazo por contrato, De enemigos a amantes

Ethan Davis es joven, rico y dueño de un imperio, pero su vida cambia radicalmente cuando descubre un grave problema de salud que amenaza su futuro. Decidido a asegurarse de que su herencia tenga un sucesor, decide contratar a una mujer para que dé a luz a su heredero, sin lugar a sentimientos ni vínculos afectivos.

Olivia Moore, una aplicada empleada de su empresa, ve cómo su vida se desmorona cuando pierde su casa y se ve ahogada por las deudas. Desesperada, acepta la insólita propuesta de Ethan: un contrato que cambiará sus vidas para siempre.

Pero lo que comienza como un acuerdo estrictamente profesional se complica cuando comparten el mismo techo. Entre gestos inesperados, convivencia forzada y el nacimiento de una

nueva vida, Ethan y Olivia descubren que el corazón no siempre sigue las cláusulas de un contrato.

¿Serán capaces de mantener la cordura o cederán a los sentimientos que insisten en salir a la luz?



Enlace: https://amzn.eu/d/3WX4MNK

Sinopsis:

CEO + Guardaespaldas, Tensión Prohibida, Los Opuestos se Atraen, Enemigos a Amantes, Pasado Oscuro

Un guardaespaldas. Una CEO. Un peligro real. Y un amor que puede cambiarlo todo.

Daniela Vasconcellos nació para liderar.

CEO de un imperio, heredera de un apellido poderoso, domina el mundo de los negocios con elegancia y firmeza. Pero detrás de su postura implacable, se esconde una mujer cansada de luchar sola y atormentada por un exnovio obsesivo, dispuesto a todo para recuperarla.

Cuando las amenazas cruzan los límites, decide contratar protección.

Lo que no esperaba era a Dante Ayres.

Reservado. Intenso. Peligroso.

Un hombre que lleva en el cuerpo las cicatrices de un pasado que se niega a quedar atrás y en los ojos, la promesa de un caos para el que Daniela nunca estuvo preparada.

Lo que comienza como una relación profesional pronto se convierte en un juego de tensión, deseo y sentimientos que ninguno de los dos puede controlar.

Pero cuando el pasado de Dante regresa y el peligro los rodea, deberán tomar una decisión.



Enlace: https://amzn.eu/d/16y4drj

Sinopsis:

Segundas Oportunidades, Slow Burn, Romance Prohibido, Grumpy x Sunshine, Romance en el Trabajo, Enemigos a Amantes

En el renombrado restaurante francés La Flamme, el caos de la cocina está regido por un solo hombre: Gabriel Moreau. Talentoso, perfeccionista e implacable, no tolera fallos y impone una disciplina de hierro a su equipo. Para él, la cocina es un campo de batalla, y él, el rey.

Pero la llegada de Ana Rodrigues lo cambia todo. Determinada, creativa y dueña de un talento innato, no se intimida ante el temperamento feroz de Gabriel. Al contrario, lo enfrenta de igual a igual, desafiando su autoridad en cada plato que prepara. Entre chispas de roce y deseo, ambos se sumergen en un juego peligroso de provocaciones y tensión, donde los límites entre lo profesional y lo personal se vuelven cada vez más difusos.

Sin embargo, Gabriel guarda secretos que amenazan no solo su carrera, sino también la relación que empieza a surgir entre él y Ana. Cuando los fantasmas del pasado regresan para atormentarlo, se ve obligado a tomar una decisión que podría destruir todo lo que ha logrado.

En el calor intenso de la cocina y entre noches ardientes, Ana y Gabriel deberán decidir: ¿estarán dispuestos a arriesgarlo todo por el sabor irresistible del amor?

Redes sociales (de la editorial)

Sitio web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





---

[1] **Nix** no era una diosa muy venerada por los griegos. No existían templos dedicados a Nix. Los mitos griegos cuentan que incluso Zeus temía a Nix, y ella era representada como una mujer joven vestida de negro.

[2] El capitán Arthur Stéphanos es el personaje del libro La hija rechazada del millonario griego. Puedes encontrar el libro físico en la página web www.grupoeditorialportal.com.br y el libro electrónico en el enlace https://amzn.to/40pDxjK

[3]1 Arthur Stéphanos es el primo griego del juez Alexander. Es el personaje principal del libro de la autora La hija rechazada del millonario griego, disponible en formato electrónico y en papel en Amazon Brasil.